

Pablo Martín Sanguiao

"Hijo, no te olvides de las lágrimas de tu Madre"

(Sirácida, 7,27)



de Medjugorje
a Civitavecchia
a Roma :

nueve meses de camino

2ª edición



*“Lo que hemos visto y oído,
nosotros os lo anunciamos,
para que también vosotros estéis
en comunión con nosotros”*

(1ª Jn.1,3)

En Civitavecchia, a 70 km. de Roma, en Italia, yo era párroco de la iglesia de San Agustín, cuando el 2 de febrero de 1995 lloró por primera vez con lágrimas de sangre una pequeña estatua de la Stma. Virgen, que había comprado en Medjugorje (en la antigua Yugoslavia). Trece veces lloró en el jardín de una modesta familia, y la última vez lloró en manos de mi Obispo. Soy por tanto *“el párroco de la Madonnina”*. Animado y asistido por mis superiores, ofrezco el testimonio de lo que yo personalmente he vivido y mis reflexiones acerca de su significado, con el deseo de ayudar a comprender cuanto ha sucedido y, sobre todo, el primer mensaje de las lágrimas de María y su elocuente grito silencioso.

P. Pablo Martín

**El signo y el significado
de las lágrimas de María
y de la Sangre del Cordero
en la interpretación del párroco
en el momento de los hechos**



**Del 16 de septiembre de 1994
al 17 de junio de 1995,
nueve meses de camino...
...Fue como una gestación
antes de salir a la luz**

La primera edición de este libro, examinado y autorizado por el Obispo de Civitavecchia-Tarquinia, Mons. Girolamo Grillo, fue publicada en italiano y en español (“Librería Espiritual”, Quito, Ecuador) en 1998 y pronto agotada. Esta nueva edición –a más de doce años de las lacrimaciones de la “*Madonnina*”, durante los cuales ese signo extraordinario ha proseguido un misterioso desarrollo con la mayor modestia y discreción, bajo el control del Obispo– permanece dentro de los límites temporales de un camino de nueve meses, como una especie de gestación, desde el día que compré la imagen en Medjugorje para satisfacer el deseo de una familia de mi parroquia, hasta el día en que el Obispo quiso exponerla solemnemente a la veneración pública de los fieles en la iglesia parroquial de San Agustín, en Civitavecchia (Roma, Italia). Es decir, desde el 16 de septiembre de 1994 al 17 de junio de 1995.

Mi testimonio se limita, prácticamente, a aquellos nueve meses.

A partir de entonces empezó un nuevo capítulo del cual no puedo decir nada, habiendo seguido sólo de lejos su nuevo curso, por noticias oídas de otras personas. Tras una ausencia de algunos años de apostolado en otros lugares, la Providencia me ha traído de nuevo a esta parroquia, que ahora es oficialmente el santuario de la “*Madonna delle Lacrime*” (desde el 15 de marzo de 2005).

Se dice que la Iglesia todavía no se ha pronunciado, en el sentido de que la Autoridad de la Iglesia aún no ha dado su juicio oficial y definitivo, y tal vez no lo dará nunca. Por lo demás, no está obligada a darlo, ni el Cielo nunca lo ha pedido; no son cosas que comprometen el Magisterio, ni serán nunca parte del “Credo”. Interpelan solamente nuestro sentido común y sirven para descubrir la verdadera actitud de nuestra conciencia, antes de decir que creemos en el Evangelio o en las cosas mucho más trascendentales que decimos en el “Credo”.

El silencio oficial –al menos por lo que se refiere a las 14 veces que “*la Madonnina*” lloró (del 2 de febrero al 15 de marzo de 1995)– se puede interpretar como un permiso: el que calla consiente.

Por su parte, el Obispo Mons. Girolamo Grillo muchas veces ha manifestado públicamente su convicción personal, tras el hecho impresionante del que fue testigo, cuando la vio llorar entre sus manos,

así como se sabe también, por indiscreciones dignas de crédito, que Juan Pablo II pudo orar ante la pequeña imagen en Junio de 1995. Pero la Iglesia en cuanto pueblo de Dios, el “*sentido de fe*” de la gente que en este hecho se ha ido refinando y purificando con el tiempo, desde hace ya doce años que se está expresando con discreción y sin reticencias, aún no siendo en modo alguno alimentado ni estimulado “desde arriba”.

De todas formas debemos distinguir la llamada del Cielo y la respuesta de la Tierra, los hechos constatados y los pensamientos de los hombres.

Y “*contra los hechos no caben argumentos*”.

Don Pablo Martín

“VIENE LA HORA”

*Tu Corazón Materno,
oh dulce Luz,
brilla de llanto: lágrimas reunidas
de todos los siglos,
dolor inmenso
de la humanidad gimiente.
Nosotros te esperamos,
oh Triunfo,
nuestra Reina
y Paz.
Que sea tuya
la gran Alegría,
cuando el Amor
imperará sobre todo
y magno Gozo
dará a su Esposa
en la Tierra.
Corazón traspasado
y Llanto de cada tiempo,
¡que pronto sea tuya
la sonrisa sin fin,
oh Dolorosa,
tuya la Victoria!
Amén.*



(La Hora de María)

“Dios mío, tus manos,
en el secreto de tu Providencia,
no han abandonado mi alma,
porque del Corazón sangrante de mi Madre
se Te ofrecía por mí, noche y día,
el sacrificio de sus lágrimas”

(S. Agustín, “Confesiones”)



Las lágrimas que ves en el rostro de la Stma. Virgen,
en esta imagen procedente de Medjugorje,
han sido casi del todo canceladas,
no por el arrepentimiento de tus pecados,
ni por la súplica de tu corazón,
sino por la ciencia,
que ha pretendido indagar
este misterio de Amor y de Dolor.

La ciencia humana ha quitado esas lágrimas de sangre,
pero no ha podido penetrar en el Misterio que encierran.
Esas lágrimas siguen ahí todavía,
si bien no sean visibles como en los primeros días,
para recordarte que sólo el amor
y la humildad de tu corazón
pueden enjugar las lágrimas de tu Madre,
la Reina de la Paz

F.M.C.

En tres partes divido este libro:

- un “marco”,
- un “cuadro” en el marco,
- y algunas reflexiones mías sobre el probable significado del “cuadro”.

MI TESTIMONIO

- . DEL SIGNO AL SIGNIFICADO. *UN PASAJE PERSONAL OBLIGATORIO... Y URGENTE*
- . TESTIGO DEL SIGNIFICADO. *“QUIEN PUEDA ENTENDER, QUE ENTIENDA”*
- . ¿CON QUÉ CRITERIOS PODEMOS ACERCARNOS A HECHOS EXTRAORDINARIOS?
- . DIOS HABLA SIEMPRE
- . ¡NO NOS ESCONDAMOS! LA ACCIÓN PASTORAL
- . *“SI NO VEIS SIGNOS Y PRODIGIOS...”*
- . SABER VER... Y CREER
- . *“QUE UN ARBOL NO NOS IMPIDA VER EL BOSQUE”*

...OFRECIDO COMO UN POBRE MARCO



DEL SIGNO AL SIGNIFICADO. UN PASAJE PERSONAL OBLIGATORIO... Y URGENTE

“Una imagen de la Virgen llora lágrimas de sangre”. De esta manera la prensa daba noticia de lo que estaba pasando en la parroquia de San Agustín, en Civitavecchia ¹, a partir del 2 de febrero de 1995. Civitavecchia es una pequeña ciudad del centro de Italia, a setenta kilómetros de Roma; con una población de más de 60.000 habitantes, es importante por el puerto de mar, que registra sobre todo un gran tráfico de pasajeros. Constituye una pequeña diócesis, que en lo jurídico depende directamente del Metropolitano de Roma, que es el Papa.

En los primeros días, a partir de ese 2 de febrero de 1995, según el testimonio de más de cincuenta personas, la imagen lloró sangre trece veces. La última, la decimocuarta, tuvo lugar cuarenta días más tarde ², el 15 de marzo, en las manos del Obispo de la diócesis, Monseñor Girólamo Grillo.

El acontecimiento causó revuelo inmediato en los medios de información de todo el mundo. La noticia fue acompañada por toda clase de comentarios. Nunca hasta entonces una cosa como ésta había tenido tanta resonancia, no sólo en Italia, sino en todo el mundo, y eso ya desde el tercer día, independientemente por lo tanto del relieve dado a todas las polémicas entre los magistrados, el Obispo y el alcalde. Noticias de muchos otros casos de lagrimaciones, por más que hayan sido verdaderas o falsas, difundidas sobre todo en los días sucesivos, se apagaron a continuación sin dejar trazas. No ha sido así el caso de Civitavecchia. Es como si la Providencia hubiese querido **subrayarlo** durante un periodo relativamente largo, para que no pudiera pasar inadvertido a nadie y cada uno pudiera hacer su propia evaluación, sacando las debidas consecuencias... En efecto, nadie que haya visto o sabido de este hecho –autoridades eclesíásticas y civiles, magistrados, policías, periodistas, teólogos, sacerdotes, gente común– podrá exentarse de tener que dar **una respuesta suya personal a Dios**, ante el Cual no es posible discutir, decir una cosa por otra o esconderse detrás de pretextos.

... ¿Estás convencido, de buena fe, de que estas lágrimas, en este caso concreto, no sean auténticas, es decir, que no sean obra de Dios? No tienes que decírmelo a mí; tendrás que decírselo a Dios. Un día, en tu vida, tendrás que decírselo. Tendrás que explicárselo. A El.

... Por el contrario, ¿estás seguro de que son un hecho sobrenatural, o sea, obra de Dios? No a mí, repito, sino a Dios se lo tienes que decir. Pero díselo con tu conducta y con tu vida. “No aquel que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la Voluntad del Padre...” (Mt 7, 21).

Quisiera ayudarles a que hagan su evaluación personal; quisiera ayudarles a comprender qué es lo que Dios quiere decirnos, qué SIGNIFICADO tiene este SIGNO, qué nos está diciendo con este grito silencioso, qué cosa expresa este elocuente mensaje sin palabras. Quisiera ayudarles a sacar las lógicas consecuencias para su vida.

Ofreciendo la ayuda de mis reflexiones –a las cuales tengo sin duda derecho– **no es mi intención ponerme por encima de nadie**. Yo no soy un maestro, sino solamente un testigo; testigo, no tanto de los hechos, como de su significado. Testigo –lo digo desde ahora, públicamente– sin haber visto en la imagen el movimiento de las lágrimas, sino solamente el cambio ocurrido.

Mis reflexiones pretenden ser una ayuda a mí mismo, ante todo. De los demás no me espero nada. Sin embargo les deseo **una actitud** de sencillez, de buena voluntad, de honradez intelectual y de “sentido de la Fe” (“*sensus Fidei*”), de esa Fe sobrenatural que es una Gracia de Dios y es propia de la Iglesia.

Sobre esta Fe de la Iglesia, fundada en la Revelación pública, apoyo mis afirmaciones para que mis reflexiones sean lo menos subjetivas posible y nadie vaya a discutir conmigo (¿quién

¹ - En italiano se pronuncia "Chivitavékkia"

² - Calculados al modo bíblico: tardes y mañanas.

soy yo?), sino con la Palabra del Evangelio, *“viva, eficaz y más cortante que una espada de doble filo”* (Hb 4,12).

Haciendo así, oiré al Señor que dice: *“El que os escucha a vosotros, a Mí me escucha; el que os rechaza a vosotros, a Mí me rechaza”* (Lc 10,16).

TESTIGO DEL SIGNIFICADO. “QUIEN PUEDA ENTENDER, QUE ENTIENDA”

En Civitavecchia fui párroco de la iglesia de San Agustín desde marzo de 1993 hasta enero de 1996. Estoy vinculado al hecho extraordinario de las lagrimaciones de la *“Madonnina”* por tres motivos:

- Porque yo compré la imagen en Medjugorje el 16 de septiembre de 1994, para regalarla a una familia de mi parroquia.

- Porque a mí me la entregó oficialmente mi Obispo el 17 de junio de 1995, para exponerla a la veneración pública de los fieles en la iglesia parroquial.

- Y porque, en cuanto párroco, era mi deber explicar a la gente, no tanto lo que estaba ocurriendo y que todos sabían, sino **el significado del signo**, en la medida en que yo mismo lo iba comprendiendo.

Añado que yo fui el primero en ser llamado para ver lo que había sucedido, el primero en observar esas lágrimas, después de la familia en cuya casa había llorado, lo cual está en el justo orden de las cosas.

Al día siguiente escribí la primera narración de los hechos para informar a mi Obispo y, un mes más tarde, a petición suya, redacté otra narración más detallada de todo lo que había pasado durante el primer mes. A partir de esa narración emprendió sus primeros pasos la investigación de la Comisión de teólogos, nombrada por el Obispo y cuyos trabajos terminaron algunos años más tarde.

Al narrar los hechos, me limito a las cosas que yo directamente he visto y vivido en ese periodo, puesto que ya otros han escrito, más o menos exactamente, la historia de la estatuita de María que ha llorado sangre.

Pero actualmente considero necesario pasar más allá de la noticia, sin detenernos más en contar los hechos y sin repetir todas las discusiones y polémicas, falsedades e insinuaciones, en una palabra, las pasiones inútiles que se han ido multiplicando durante estos años en torno a un hecho límpido y transparente.

“Las lágrimas de la Stma. Virgen –dijo el Papa en Siracusa, el 6 de enero de 1994– pertenecen a la categoría de los signos: ellas dan testimonio de la presencia de la Madre en la Iglesia y en el mundo”.

Pues bien, **ya es hora de que todos hagamos el esfuerzo sincero por comprender el significado del signo, el mensaje importantísimo, el grito silencioso de las lágrimas de María.**

Al narrar un hecho ocurrido, me doy cuenta de la dificultad de ser objetivo, fríamente objetivo, al cien por ciento, puesto que el hombre no es como una videocámara. Cada persona relacionada con el hecho, de cerca o de lejos, no sólo es inteligencia modulada por una formación particular y por experiencias de vida absolutamente personales, sino que es a la vez sensibilidad, emotividad y voluntad –buena o no tan buena–, ya que posee una conciencia llamada a responder ante Dios en cada circunstancia de la vida, incluso en situaciones imprevistas y extraordinarias como ésta.

Cada hecho, cada circunstancia que llega a nuestro conocimiento, pasa por fuerza a través del hombre, el cual, al referir y evaluar las cosas, a la vez está revelando lo que él es y dando una valoración de sí mismo.

Por ello, al ofrecer aquí mi testimonio y mis reflexiones, me declaro felizmente Sacerdote e hijo de la Iglesia, cuya Fe es mi criterio supremo de discernimiento.

A más de doce años y medio de distancia, habiendo sido llamado de nuevo a servir en el que ya es de hecho el santuario de la “*Madonna* de las lágrimas” (mi antigua parroquia), tras las numerosas declaraciones positivas del Obispo de Civitavecchia y habiendo concluido sus trabajos de investigación la Comisión teológica, considero que para mí ha llegado el momento de ofrecer mi testimonio público de lo que he visto, vivido y comprendido (Cfr 1ª Jn 1,4).³

Por otra parte, sin embargo, he estado esperando hasta ahora a que alguien, con más autoridad que yo o con mejor preparación, iluminase a nuestros hermanos **respecto a lo que Dios indudablemente nos está diciendo por medio de esas lágrimas de sangre de la Stma. Virgen “aquí y ahora”**, o sea, en Civitavecchia (Italia) y precisamente en la parroquia de San Agustín, en un determinado contexto y en este momento histórico.

En este caso no sirve de nada hacer piadosas consideraciones generales, ni menos aún poéticas sobre María, perdiendonos en vuelos sublimes, sino afrontar el acontecimiento sin superficialidad ni temor, despertando por el contrario en nosotros el amor. Es como si hubiesemos recibido una carta del Cielo: ya es hora de que dejemos de darle vueltas al sobre entre las manos; tenemos que abrirla y leer con atención el contenido. Ha sido dictado por el Amor.

Considero por lo tanto un deber correr el riesgo de dar una interpretación, para ofrecerla a mis hermanos y hermanas, que de varias partes me la han pedido; naturalmente sin tener la pretensión de hacer de maestro, ni de ser infalible, aunque esté más que convencido de mis reflexiones. Si alguien más se convence, me sentiré recompensado en mi esfuerzo y lo consideraré justificado ante Dios.

¿CON QUÉ CRITERIOS PODEMOS ACERCARNOS A HECHOS EXTRAORDINARIOS?

El Obispo de Civitavecchia, Monseñor Girólamo Grillo, en una carta del 2 de marzo de 1995 dirigida a los Sacerdotes de la diócesis, les pedía a todos “una gran oración al Señor y a la Stma. Virgen para que concediera a todos, y especialmente al Obispo, la luz y el discernimiento respecto a lo que había sucedido”. A los Sacerdotes nos pedía, además, que “expliquemos muy claramente a los fieles los motivos por los que la Iglesia debe de comportarse con la máxima cautela” en casos como éste, “aun sin negar que sean posibles”.

Eso es precisamente lo que yo traté de transmitir a la gente con mis palabras, desde el primer momento. Mas ahora, queriendo explicarlo con la máxima claridad, expongo, conforme a la palabra de Dios, algunos criterios doctrinales y prácticos que la Iglesia nos enseña y que debemos seguir, no sólo en el caso que ahora nos ocupa, sino en general, respecto a hechos o manifestaciones que podrían ser tal vez sobrenaturales.

Sobre temas como éste no quisiera hablar en ciertos debates públicos o en programas de televisión, donde fueran tratados o discutidos con ligereza, a través de esos filtros mentales que van desde el racionalismo más agrio, a la así llamada “parapsicología” (que algunos quieren avalar a toda costa y a la que a menudo se recurre para contravenir todo aquello que, pudiendo ser sobrenatural, se quiere hacer que aparezca como subjetivo)...

Antiguamente se echaban a los cristianos a las fieras en el circo romano; pero ahora me da la impresión de que esas mismas fieras y ese mismo circo se ven a veces en algunos de esos programas. El llanto de la Stma. Virgen, nuestra Madre, no se puede echar en las fauces de ciertos personajes que evidencian su mala fe, en ambientes llenos de irreligiosidad y faltos de respeto.

Ante hechos que podrían ser sobrenaturales, el verdadero punto de vista desde el que pueden ser observados no es la credulidad, ni el racionalismo, sino el “*sensus Fidei*”, es decir, **el sentido de la Fe Católica, de la Fe con mayúscula.**

³ - Este libro lo escribí y publiqué en 1998; esta nueva edición corregida y ampliada es de 2007.

Cuando se hace una operación quirúrgica, en el quirófano entran solamente los médicos (cirujanos, anestesiastas, enfermeros); a nadie más se le permite entrar u opinar. Pero en el caso de la “*Madonnina*”, como afectuosamente en Italia es llamada la pequeña imagen de la Stma. Virgen, son demasiados los que diciendo ser “sabios” o “expertos” se han permitido abrir la boca y dogmatizar.

La Santa Iglesia de Jesucristo está formada por Pastores y fieles. Cada uno tiene en ella un grado de responsabilidad: algunos la tienen para con los demás y todos para consigo mismo. Y la Iglesia se tiene que comportar con la máxima **cautela**: “*Sed precavidos con los hombres, porque os entregarán en sus tribunales y os azotarán en sus sinagogas...*” (Mt 10, 17). **Cautela** con los hombres, a menudo engañadores y engañados, incluso en cosas muy serias: “*Cuidado con dejaros engañar –dice el Señor–. Muchos se presentarán en mi nombre diciendo: “Yo soy” y “El tiempo está cerca”; no les sigais*” (Lc 21,8). “*Surgirán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes prodigios y milagros, para extraviar, si fuera posible, incluso a los elegidos*” (Mt 24, 24). “*El mismo Satanás se disfraza de Angel de luz*” (2ª Cor 11, 14). Y San Juan nos dice: “*No deis fe a cualquier inspiración; antes bien, examinad las inspiraciones para ver si de verdad proceden de Dios, porque muchos falsos profetas han surgido en el mundo*” (1ª Jn 4,1). Un proverbio árabe dice: “No digas todo lo que sepas, ni hagas todo lo que puedas, ni creas todo lo que oigas...”.

Actualmente muchos han perdido la fe en Dios y han tirado a la basura el Credo de la Iglesia, tras haberse escandalizado de ella y haberla rechazado. Pero cuando se pierde la Fe se empieza a creer en tonterías. Por eso vemos como crece por todas partes una inundación de supersticiones, como florece “el mundo de lo oculto” (con enorme movimiento de dinero): espiritistas, magos, brujos, clarividentes, santones, etc... Es la cizaña sembrada en el buen campo. Donde Dios hace una casa, enseguida llega el enemigo para abrir una tienda; y Dios se lo permite, porque los hombres se lo merecen y a tantos les gusta más.

En el siglo veinte han habido no pocas manifestaciones sobrenaturales: tantas almas místicas de altísimo nivel espiritual y de extraordinaria doctrina, otras dotadas de carismas extraordinarios, y sobre todo, numerosas manifestaciones de la Stma. Virgen María, algunas de las cuales han sido reconocidas por la Auto-ridad de la Iglesia con más o menos fuerza. Tratándose de “apariciones” maria-nas, en los últimos cincuenta años no se ha ido más allá del permiso de culto y difusión, en el mejor de los casos... En cuanto a las “apariciones” de la Stma. Virgen aprobadas por la Autoridad –enriquecidas algunas con fiesta litúrgica, con oficio litúrgico propio, coronación canónica de la imagen, etc.– los diferentes decretos episcopales dicen en resumen que, habiendo sido examinados los hechos y habiendo excluido como explicación de los mismos el engaño, el error, el origen patológico o bien preternatural (es decir, por obra del demonio)..., tal aparición *presenta todas las características de la verdad y, por consiguiente, los fieles pueden creerla coma cierta*.

En los últimos decenios se han multiplicado y la mayor parte de las mismas no es muy conocida, al ser más recientes o todavía en curso, como es el caso de MEDJUGORJE ⁴, y tiene que brotar en medio de un mundo cada vez más hostil y menos receptivo; en medio de una Iglesia que tiene que defenderse y defendernos de un enemigo que, habiéndose infiltrado en ella, va sembrando por doquier su cizaña con abundancia exasperante... Por todas partes hay “videntes” o “carismáticos” con sus respectivas visiones y mensajes, y todos parecen conocer y recitar muy bien su papel.

Pero no sería prudencia ser cautos en una sola dirección. No porque sucedan tantos accidentes de carretera se tendrá que prohibir la circulación. Que a cada quien se le conceda su propio sentido común, iluminado por la Fe con mayúscula y por la Palabra de Dios.

No olvidemos que cuando Moisés, por ejemplo, realizó ante el Faraón “un prodigio” para confirmar sus palabras, transformando su bastón en una serpiente, los magos del Faraón

⁴ - Se pronuncia aproximadamente “*Méyu-górie*”

hicieron algo semejante por medio de sus artes mágicas (para desacreditar lo que Moisés había hecho). Lo que no se esperaban es que “el bastón” de Moisés se tragara inmediatamente “los bastones” de los magos (Cfr Ex 7, 8-12). En una palabra, “no todo lo que reluce es oro”; pero el hecho de que haya dinero falso quiere decir que por algún sitio debe estar el dinero auténtico.

Gran virtud es **la prudencia**. Pero ¿acaso Nuestro Señor fue imprudente cuando dijo: “*Yo os mando como ovejas entre lobos*”?

¿De qué le servirá a una oveja la prudencia? ¿Y cuál será su fuerza? ¡Su fuerza es el Pastor! ¡Su prudencia es permanecer unida al Pastor! ¿No ha dicho acaso: “*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos*”? (Mt 28,20).

Estar unidos a Jesús quiere decir permanecer unidos a la verdad por completo. El ha dicho: “*Yo soy la Verdad*”.

La prudencia que no va unida a la verdad es la mayor imprudencia. Vemos que además Nuestro Señor la une igualmente con otras virtudes: “*Sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas*” (Mt 10,16). De ambas virtudes, la primera se explica por la segunda; pero, desde luego, diez serpientes no valen lo que vale una sola paloma. **Sencillez y verdad:** “*Que vuestro modo de hablar sea: sí, cuando es sí; no, cuando es no. Lo que se añade de más viene del maligno*” (Mt 5, 37).

Así pues, **la prudencia** no es, como se dice a menudo, ser moderados, hallar el equilibrio entre dos extremos. Hacer eso equivale tantas veces al intento de salvarse de algo a toda costa, ante los demás. La Verdad, sin embargo, se encuentra terriblemente en el extremo, ya que la falsedad es el otro extremo. No existe un término medio de compromiso.

La prudencia pienso que es *la paciente y sincera búsqueda de la Verdad*, cueste lo que cueste. Es decir en resumidas cuentas: “*Señor, ¿qué quieres que haga?*” (Hechos, 22,10).

DIOS HABLA SIEMPRE

Se dice que a San José “le cayó una teja en la cabeza”, (según una popular expresión italiana) cuando se dió cuenta de que María, su Esposa, estaba embarazada, en espera de un Niño que, evidentemente, no podía ser suyo, y cuyo origen no era capaz de imaginarlo. Pero en sueños le habló un Ángel del Señor, revelándole el misterio: “*José, hijo de David, no tengas miedo de recibir en tu casa a María, tu Esposa, pues lo concebido en Ella es obra del Espíritu Santo*” (Mt 1, 20). San José, siendo un justo, creyó sin dudar y obedeció sin vacilar.

La Sagrada Escritura está llena de intervenciones extraordinarias de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El Espíritu Santo ha obrado siempre, bien sea realizando esas intervenciones, bien sea haciéndolas comprender. En el Credo decimos: “*...y que habló por los profetas*”. O sea, siempre: porque nunca se terminará el diálogo entre Dios y el hombre.

Dios habla siempre a los hombres. Si halla interlocutores atentos y obedientes, como María y José, tiene lugar un maravilloso encuentro y se realizan las obras de Dios. Pero si no los encuentra así, sucede entonces un choque frontal, con tremendas consecuencias. El Proyecto de Dios, a pesar de todo, prevalece y se realiza por otros caminos con los Le son fieles, mientras que abandona a los rebeldes, dejándolos en su propia malicia.

Debemos aclarar algo sobre **la Revelación**, para evitar un error de fondo.

El Ángel saludó a María con las palabras con que la saludamos cada día, son esas palabras que, más que las demás, la hacen estremecerse de alegría: “*El Señor es contigo*”... También yo suelo conmoverme profundamente cuando, en la parábola “del Hijo Pródigo”, leo esas palabras llenas de afecto del Padre al hijo mayor: “*Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo*”. Es como si dijera: “Si Yo estoy contigo y tú estás siempre conmigo, lo tienes todo y no tienes necesidad de nada”.

Dios, que no tiene necesidad de nosotros ni de nada, ha querido que su Amor infinito “tuviese necesidad” de nosotros, pues bien sabe que tenemos necesidad absoluta de El. Por eso

el Señor nunca nos deja: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos” (Mt 28,20). ¡Así es! “El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os enseñará cada cosa y os recordará todo lo que Yo os he dicho... Cuando venga el Espíritu de Verdad, el os conducirá a la verdad por entero, pues no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que haya oído y os anunciará las cosas futuras” (Jn 14, 26 y 16,13).

Por lo tanto, con el Evangelio en mano, afirmo que Dios **jamás** ha dejado de hablar a sus hijos y de intervenir en la historia, incluso de manera extraordinaria.

La Revelación pública quedó completada definitivamente con el último libro de la Biblia, el Apocalipsis de San Juan. **Pero la Revelación que Dios se digna hacer en forma “privada” (o sea, no oficial) JAMAS HA CESADO...**

Es interesante notar que la Sagrada Escritura empieza (tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento) con las palabras “*Al Principio*”. Nos hubieramos esperado encontrar por último la palabra “Fin”, y sin embargo termina con un conmovedor diálogo entre Cristo y la Esposa: “*¡Sí, vendré pronto! -¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!*” (Ap 22, 20). Por lo tanto decir que “Dios se ha vuelto mudo”, después que ha sido completada la Revelación pública, o que “Dios ya no tiene nada más que decir”, es por lo menos una gran imprecisión.

Hablando de Revelación pública o privada, casi siempre se pone el acento en el adjetivo, perdiendo de vista el sustantivo; es decir, **no se tiene en cuenta que sobre todo se trata de “revelación”**. Dios nos habla de El y de nosotros, de su Amor y de cómo quiere que Lo amemos. Si Dios habla, debemos reconocer su voz –aunque sea en un “grito silencioso”, como lo es el de las lágrimas– y abrir nuestro corazón a su Palabra. “*Dios habla de una manera o de otra, pero no se le pone atención*” (Job 33,14).

Si –por ejemplo– el Papa viene a visitar nuestra ciudad y habla desde el balcón del Ayuntamiento o en la Catedral, lo que dice es **público**, es decir, oficial; pero nada impide que luego vaya a cenar a casa de unos amigos y que allí hable tam-bién: eso será **privado**. Lo que diga en forma privada no podrá estar en contradicción con lo que haya dicho en público, desde luego. Sin embargo es posible y es más fácil que en privado explique mejor o más ampliamente las cosas que ha dicho antes para todos. Y naturalmente, sólo contará lo que haya dicho en público, no las cosas dichas en privado.

No es extraño, por tanto, que Dios intervenga de un modo ordinario y también extraordinario en la historia y en la vida de sus hijos. Cuando la intervención va destinada a todos y no sólo a una persona, Dios lo hace casi siempre enviando a la Stma. Virgen, ya que nos la ha dado como Madre en el orden de la Gracia.

¡NO NOS ESCONDAMOS! LA ACCIÓN PASTORAL

Actualmente se insiste en el aspecto “pastoral” que estos casos llevan consigo. Ante el hecho innegable de las multitudes de peregrinos que van a Medjugorje o a tantos otros lugares de Gracia –*Gracia atribuible a una específica presencia y asistencia de María*–, las Autoridades de la Iglesia, en estos últimos años, han preferido casi siempre adoptar una solución “pastoral”, consistente en reconocer de hecho la existencia de un culto o devoción por parte de los fieles, que no hay que dejar sin una guía de la Iglesia. Es tomar conciencia de la existencia de hecho de un santuario o meta de peregrinos, a los que hay que dar asistencia espiritual (Sacramentos, catequesis específica, organización de las peregrinaciones, etc.), absteniéndose sin embargo, de una manera más o menos marcada, de pronunciarse respecto al suceso del cual ha nacido esa afluencia de peregrinos y esa corriente indiscutible de la Gracia. No cabe duda que es una solución práctica, la única realizable en ciertos casos, cuando no es posible dar en poco tiempo un juicio definitivo de los hechos.

Por lo tanto, se hace una conveniente distinción entre el acontecimiento en cuanto tal (posiblemente sobrenatural) y el hecho de la presencia de los fieles (una presencia lícita, sin errores de doctrina o abusos y desviaciones).

La Autoridad de la Iglesia toma en cuenta ésto último, por deber pastoral, mientras no encuentra tal vez motivo suficiente para decir nada respecto al hecho como tal y prefiere no decir nada.

Tenemos que notar una segunda distinción: que una cosa es **el hecho en sí** (suponiendo que sea sobrenatural) y otra cosa es **su contenido**.

Un contenido o mensaje, implícito o explícito, existe siempre. El acontecimiento en sí –por ejemplo, una aparición mariana o el lagrimar de una imagen– nunca podrá formar parte de la Revelación pública, y como tal nunca será obligatorio creer en ello, a menos que alguien no tenga sus motivos personales de conciencia o que en la Iglesia haya suficientes testimonios dignos de fe, en cuyo caso el no dar un consentimiento de fe humana podría ser temerario. Por la mis-ma razón, la Autoridad de la Iglesia nunca tiene **el deber** de pronunciarse, mientras que, por el contrario, es su deber vigilar para que no haya error o engaño.

Por otra parte, **el contenido** o mensaje, si refleja la Fe de la Iglesia, lo que ya está dicho en el Evangelio, entonces es obligatorio, es un deber aceptarlo, independientemente de la forma como es expresado. Por lo tanto, **“la acción pastoral”** debe percibir ese contenido evangélico, puesto que el problema sigue siendo siempre uno solo: **si Dios nos habla, si acaso nos está diciendo algo, debemos reconocerlo, comprenderlo y responderle**. ¡No nos escondamos!

En conclusión, toda acción pastoral tiene que ir dirigida a ésto, a ayudar a la gente a que pueda reconocer la voz de Dios, a que comprenda y a que responda.

“SI NO VEIS SIGNOS Y PRODIGIOS...”

Han pasado ya trece años desde aquel 2 de febrero de 1995, cuando sucedió el hecho extraordinario, que una imagen de la Stma. Virgen, la Reina de la Paz, lloró lágrimas de sangre en Civitavecchia. Según las declaraciones de los testigos son catorce las veces que lloró. Oficialmente resulta que no ha habido ninguna manipulación, ni truco, ni alucinación, sino que lo que hemos visto miles de personas era verdaderamente sangre, sangre humana.

Lo que ha pasado ha sacudido sin duda la vida normal de no pocas personas. Pero ahora, pasado todo este tiempo, tenemos que preguntarnos: ¿cómo hemos respondido ante este signo?

San Juan el Precursor gritaba: *“¡Haced obras dignas de conversión y no digais en vuestros corazones: Tenemos a Abraham por padre, porque yo os digo que Dios puede hacer que a Abraham le nazcan hijos hasta de estas piedras!”* (Lc 3, 8).

“Pero Jesús les dijo: ¿Por qué discutís que no teneis pan? ¿No comprendéis y no entendéis todavía? ¿Teneis el corazón endurecido? ¿Teneis ojos y no veis, teneis oídos y no oís?” (Mc 8,17-18). El profeta Elías reunió a todos los israelitas sobre el monte Carmelo, así como a los falsos profetas de Baal, y les dijo: *“¿Hasta cuándo iréis cojeando de los dos pies? ¡Si el Señor es Dios, seguidlo! ¡Si lo es Baal, seguidle a él!”* (1ª Reyes, 18, 21).

Hemos visto un signo. El Obispo de Civitavecchia lo ha visto de un modo “contundente” y ha dado ya tantas veces su testimonio público. Pero también nosotros: si el signo es de Dios, debemos reconocerlo sin rehuir el tema y sacando las consecuencias. Si, por el contrario, no lo es, dígasenos entonces cuál es la causa de un modo claro y coherente.

Ante casos posiblemente sobrenaturales, si los responsables de la Iglesia piden luz al Espíritu Santo o alguna prueba de la autenticidad del hecho, Dios no les da sólo una prueba, sino una docena. Es lo que le pasó a Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, ante el mensaje que el Santo indio Juan Diego le llevaba de parte de la Stma. Virgen de Guadalupe. Y es lo que sucedió a Monseñor Grillo, el Obispo de Civitavecchia, a quien –sospechando tal vez algún engaño en las lágrimas de la pequeña imagen de la Virgen– Ella dió la prueba más arrolladora, con llorar dulcemente lágrimas de sangre en el momento en que él la tenía entre sus manos y en presencia de otras personas.

Hemos visto un signo: **¿qué esperamos?** ¿Queremos ver aún más claro? Pues bien, más claro se ve con los ojos cerrados ante el Señor en el Sagrario. Nuestro corazón es el que ve o no ve. En esta vida, todas las cosas de Dios se nos ofrecen por fuerza en claroscuro, en una cierta penumbra, pues Dios no quiere imponernos nada con la evidencia. Nos deja siempre la responsabilidad de la respuesta, pero exige justamente de nosotros ese pequeño acto libre y voluntario de fe, nuestro “sí, acepto”.

Ante un hecho extraordinario como éste, el verdadero problema se encuentra siempre dentro de nosotros. ¿Es que no vemos que, mientras nos erigimos como jueces, todos somos juzgados? Que nadie se crea que puede indagar a Dios: isomos más bien nosotros los indagados!

“Por eso, como dice el Espíritu Santo: Si oís hoy su voz, no endurezcáis el corazón, como el día de la rebelión (...) Por lo tanto, atención, hermanos, que ninguno de vosotros tenga un corazón perverso y sin fe, que se aleje del Dios viviente” (Hebreos, 3, 7-12).

El Señor nos está diciendo, no sólo con palabras, sino también con hechos, lo que dijo a propósito de ciertas noticias dramáticas de aquel tiempo: *“Si no os convertís, perecereis todos de la misma manera”* (Lc 13, 1-5).

Habiendonos vuelto ciegos y duros de corazón, su Misericordia nos está avisando de tantas maneras: “¿Cómo es que no comprendéis los tiempos ni los signos? Todavía no he oído un grito de arrepentimiento”. No es que queramos ser trágicos ante el Evangelio; es que deseamos ser coherentes.

Si no somos capaces de llorar ante la misericordia que llora por nosotros, tal vez un día tengamos que llorar ante su justicia.

Puesto que lo primero que hay que decir, cuando se habla de prudencia en estos casos, es que no se puede impunemente despreciar el Amor.

SABER VER... Y CREER

Avisados por María Magdalena, Pedro y Juan fueron al sepulcro. *“Corrían juntos los dos, pero el otro discípulo (Juan, el más joven) corrió más rápido que Pedro y llegó primero al sepulcro. Agachandose, vio los lienzos por el suelo, pero no entró. En eso llegó también Simón Pedro, que lo seguía, y entró en el sepulcro y vio los lienzos por tierra y el sudario, que Le había sido puesto sobre la cabeza, no en el suelo como los lienzos, sino plegado aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el primero que había llegado al sepulcro, y vio y creyó. Es que no habían comprendido aún la Escritura...”* (Jn 20,3-9).

Es normal que el corazón llegue antes que la inteligencia; es normal que el carisma comprenda de repente cómo son realmente las cosas y que, solamente después y no sin fatiga, llegue la razón, llegue “la cabeza”, llegue la Autoridad. Por lo tanto, nunca hemos de preceder a la Autoridad de la Iglesia, gritando “milagro”, sino que, como Juan, debemos esperar a que llegue y entre, para entrar también nosotros. **Pero no hace falta esperar a que “llegue” quien tiene la Autoridad (tratandose de cosas que piden solamente una fe humana), para creer nosotros según una recta conciencia...** El riesgo sería de creer demasiado tarde.

Ese es otro aspecto de la prudencia: saber responder a tiempo.

Sin embargo, de bien poco sirve convencerse intelectualmente, si no se convence el corazón y se pasa a las obras. El hombre actúa, no tanto movido por la evidencia de las verdades que conoce, como por las convicciones que ama.

¿De qué serviría decir: “Ya ven que yo tenía razón, que todo era cierto”, si no se convierte y cambia nuestro corazón y nuestra vida?

El que no es capaz de creer en cosas que piden tan sólo una fe humana, una fe con minúscula, ¿cómo podrá decir que tiene la Fe sobrenatural, la Fe con mayúscula? El que no es capaz de lo que es menos, ¿cómo puede tener lo que es más? *“La Caridad es paciente, es benigna..., todo lo cubre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera”* (1ª Cor 13, 4-7). Según

eso, ¿qué significa esa frecuente actitud negativa ya de antemano? ¿Qué demuestra esa facilidad para sospechar que es un engaño, con el riesgo de juzgar como engañadoras a personas honradas, que ni siquiera se conocen? Sin duda, eso no es caridad, ni siquiera es prudencia.

Entre tantas llamadas telefónicas que recibí en los primeros días en que lloró la imagen, un conocido se apresuró a darme algunos sanos consejos: *“Tenga cuidado, temo que sea cosa falsa”*... Le contesté, después de agradecerle la molestia: *“Amigo mío, es posible; ¿pero no será que teme que sea algo cierto?”*.

Me llama mucho la atención constatar cómo muchos, al recibir las primeras noticias de hechos como éste, de imágenes que lloran o de presuntas apariciones marianas, se sientan atraídos o impresionados, con deseos de ver o por lo menos de comprender y conocer mejor lo ocurrido, mientras que otros, por el contrario, muestran una reacción de fastidio, de rechazo y de disposición a la controversia; como si desearan que no fuese verdad lo que se dice, aun antes de saber de qué se trata, sin sospechar que lo que les mueve a rechazar o a contradecir inutilmente no se halla ni lo deben buscar en los demás o en las palabras de los demás, sino en su propia conciencia.

No fue casual que el domingo que siguió a las primeras lágrimas, se leyera las palabras del profeta Jeremías: *“Así dice el Señor: maldito el hombre que confía en el hombre, que pone su apoyo en la carne y aleja del Señor su corazón. Será como un matorral en el desierto, que cuando viene el bien no lo ve...”* (Jer 17, 5-6).

Si Dios nos da un signo como éste, es porque nos ofrece la mano, porque busca un contacto con sus hijos, porque **solicita de nosotros una respuesta**.

Por eso resulta insoportable que, ante un signo del Cielo tan dramático, ante un grito de Dios, los hombres lo convirtamos en una buena ocasión para realizarnos o para nuestros asuntos, en vez de hacer lo que Dios quiere:

“...Hagamos proyectos, levantemos edificios, construyamos un santuario”... *“Edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cima toque el cielo”* (Gén 11, 4). *“...Hagamos una cooperativa, hacen falta puestos de trabajo, recojamos dinero... Organicemos peregrinaciones, hay que hacer hoteles, unamos lo útil a lo devoto... Solemnes manifestaciones, espléndidas ceremonias, una grandiosa coreografía litúrgica... Incluyamos en el itinerario turístico alguna etapa en el santuario... Que nada falte a la organización, a la obra de los operadores pastorales...”*

Lo malo es que, con todas esas cosas, la voz de la Stma. Virgen, la voz de Dios, queda envuelta y filtrada por las voces de los hombres y, al final, sustituida por ellos. El hombre tiene la tendencia a apropiarse de las cosas de Dios y a administrarlas a su gusto y según su propio criterio.

No hay duda de que muchas de esas cosas que acabo de decir, son necesarias. Es evidente que son necesarias las organizaciones y las estructuras, los sitios convenientes, donde la gente pueda comer o alojarse. Es lógico que se construya un santuario y todo lo que sirve para la finalidad del mismo (liturgia, viajes organizados, recuerdos y objetos religiosos, etc.). Pero antes que nada es necesario **centrar bien la mente y el corazón de todos en lo que es la finalidad del santuario: el encuentro con Dios, por medio de la Stma. Virgen**.

Jesús dijo a la gente que lo buscaba tras la multiplicación de los panes: *“En verdad os digo: vosotros Me buscáis, no porque hayáis visto signos, sino porque habéis comido de esos panes y os habéis saciado... Buscad, no el alimento que perece, sino el que dura para la Vida Eterna y que el Hijo del Hombre os dará, porque Dios Padre lo ha acreditado con su sello”*. Le dijeron entonces: *“¿Qué hemos de hacer para cumplir las obras de Dios?”*. Jesús respondió: *“Esta es la obra de Dios: **creer en Aquel que ha enviado**”* (Jn 6, 26-29).

Ese es el verdadero problema. *“¿Pero cómo podeis creer vosotros, que buscáis la gloria los unos de los otros y no la gloria que viene sólo de Dios?”* (Jn 5, 44).

Entonces algunos escribas y fariseos Le dijeron: *“Maestro, nosotros quisieramos que Tú nos hicieras ver **un signo**”*. Y El les contestó: *“¡Una generación perversa y adúltera pretende un signo! Pero ningún signo se le dará, excepto **el signo del profeta Jonás**. Pues como Jonás*

estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra” (Mt. 12,38-40).

¡Pretender un signo! ¡Y cuando Dios nos lo da, no lo queremos! ¡Ojalá hubiera por lo menos tantos como Santo Tomás, dispuestos a meter el dedo en el agujero de los clavos, con tal de poder responder sinceramente!

¡Cuántos signos está dandonos el Cielo en estos tiempos! Pero pasa lo que dice San Juan en su Evangelio (12, 37-43): *“A pesar de haber realizado en presencia de ellos tantos signos, no creían en El; para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías: “Señor, ¿quien ha creído en nuestra palabra? Y el brazo del Señor, ¿a quien ha sido revelado?”. Y no eran capaces de creer, por lo que había dicho el mismo Isaías: “Ha cegado sus ojos y ha endurecido sus corazones, para que sus ojos no vean y su corazón no comprenda y se conviertan y Yo los sane”. Eso dijo Isaías cuando vio su gloria y habló de El. Sin embargo, aun entre los jefes, muchos creyeron en El, pero no lo reconocían abiertamente, a causa de los fariseos, para no ser excomulgados de la sinagoga; pues amaban la gloria de los hombres más que la gloria de Dios”.*

¡Cuántos signos el Cielo nos está dando en nuestros días! *“Con muchas parábolas como ésta les anunciaba la Palabra, en la medida que eran capaces de entenderla” (Mc 4, 33).* ¡Cuántos signos para nosotros se quedan tan sólo en hermosas, conmovedoras y simples parábolas!

Los que viendo no ven y oyendo no escuchan, del signo no pasan. Todo se vuelve como una parábola; no comprenden el significado. En el presente caso es de la máxima importancia y urgencia comprenderlo. *“Sin parábolas no les hablaba; pero luego, **en privado, a sus discípulos les explicaba cada cosa**”...* Por tanto, si queremos comprender, tenemos que ser sus discípulos y recurrir a El, para que en privado nos explique todo.

¿Pero qué significado tendrá este signo de las lágrimas de sangre de nuestra Madre bendita? Sin la menor intención de hacerme maestro de nadie, ofrezco mis personales reflexiones privadas. Sin embargo pienso en esa concreta “clave de lectura” que el mismo Jesús nos ha dado en el Evangelio: **el signo de Jonás**, cuyo significado es el de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor al tercer día; por eso es el signo supremo. Y dijo Jesús que solamente ese se nos daría..., tal vez porque todos los demás signos habrían sido dados en vano.

Este **signo de Jonás**, aplicado a nuestro tiempo y a la Iglesia en el actual estado en que se encuentra, ¿no será tal vez lo que el Cielo nos está indicando en estos últimos tiempos, especialmente por medio del signo de las lágrimas que lloran imágenes en todo el mundo? Muy significativamente, con una resonancia fuera de lo común, ese signo nos ha sido dado en Civitavecchia, que es, como si dijéramos, a las puertas de Roma...

Me permito, después de lo dicho y a la luz de las lágrimas de la “*Madonnina*” en Civitavecchia, transcribir un interesante artículo sobre el mensaje de FATIMA, que reproduce una conocida carta de Sor Lucía, que ilumina con el peso de su competencia el contexto en que se coloca el signo de las lágrimas de María ⁵:

«La tercera parte del secreto, escrita por Lucía entre el 2 y el 9 de Enero de 1944, sigue hasta ahora desconocida ⁶. El texto original se conserva desde 1957 en el archivo secreto del Vaticano. Sólo los Pontífices lo han leído personalmente.

Conocidos estudiosos de las apariciones de Fátima, como el P. Antonio María Martínez, S.J., están de acuerdo al afirmar que la tercera parte del secreto (o tal vez sería más exacto decir una parte de éste) trata de la crisis de la Iglesia, o más en general, de la crisis de la Fe. Es interesante notar cómo la frase conclusiva de la segunda parte del secreto: *“En Portugal se conservará siempre el Dogma de la Fe”*, haya sido citada por Sor Lucía únicamente en la

⁵ - De la revista “*Pro Deo et Fratribus*”, Julio-Agosto de 1995.

⁶ - Ha sido publicada el 26 de junio del 2000: ésta es la versión oficial.

cuarta memoria, como si se tratase de una frase de enlace entre la segunda y la tercera parte del secreto. Además, ese “*etcétera*” que sigue, parece indicar que el tema prosigue.

En efecto, si el mensaje afirma que en Portugal se conservará la Fe con sus dogmas, eso da a entender que los dogmas de la Fe se perderán con facilidad en muchos países del mundo. Por otra parte no hay que extrañarse demasiado de ello; también San Pablo había predicho un periodo de crisis dentro de la misma Iglesia. En la segunda carta a los Tesalonicenses, al comienzo del capítulo segundo, el Apostol dice claramente que antes de la venida de Cristo la Iglesia conocerá el tiempo de la apostasía.

Una alusión explícita la encontramos también en la segunda carta a Timoteo, en que San Pablo exhorta con estas palabras: “*Anuncia la Palabra, insiste en cada ocasión oportuna e inoportuna, amonesta, regaña, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Pues vendrá un tiempo en que no se soportará más la sana doctrina, sino que por el prurito de oír novedades, los hombres se rodearán de maestros según sus propias pasiones, negándose a escuchar la verdad para creer en patrañas*”.

Ya Pablo VI en 1977, un año antes de su muerte, había dicho: “*Hay un gran desconcierto en este momento en el mundo y en la Iglesia, y lo que está en juego es la Fe. Sucede ahora que me repito la frase oscura de Jesús en el Evangelio de San Lucas: “**Cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿hallará la Fe sobre la tierra?**”*”.

Sucede que se publican libros en los que la Fe está en retirada en puntos importantes, que los episcopados se callen, que no encuentren extraños estos libros. Eso, a mi parecer, es extraño. Vuelvo a leer a veces el Evangelio del fin de los tiempos y compruebo que en este momento emergen algunos signos de ese fin. ¿Estamos cerca de ese fin? Eso no lo sabremos nunca. Hay que estar preparados, pero todo puede durar todavía mucho tiempo.

Lo que me impresiona, cuando considero el mundo católico, es que dentro del Catolicismo parece que a veces predomina una manera de pensar de tipo no-católico, y podría ser que ese pensamiento no-católico dentro del Catolicismo sea mañana el más fuerte. Pero no representará nunca el pensamiento de la Iglesia. Hace falta que quede un pequeño rebaño, por más pequeño que sea”. (Cita tomada del libro de Jean Guitton “Pablo VI secreto”, Ed. Paulinas).

Según lo indicado por Sor Lucía, al parecer la Virgen permitió la publicación de la tercera parte del secreto a partir de 1960. Lo cual sin embargo no sucedió. El Cardenal Ottaviani le preguntó a Lucía el motivo de esa fecha, y Lucía contestó: “*Porque entonces se verá más claro*”. A propósito de lo cual, es conveniente aducir una significativa carta que Sor Lucía escribió el 22 de mayo de 1958 al Padre Agustín Fuentes, postulador de la causa de beatificación de Jacinta y Francisco. El texto fue publicado por la revista mariana “*L’Immacolata*” en el número de Enero-Febrero de 1959. En la carta, como claramente se nota, Sor Lucía se refiere indirectamente al texto del secreto:

*“Padre, nuestra Señora está muy descontenta porque no se ha hecho caso a Su mensaje de 1917. Ni los buenos ni los malos le han hecho caso. Los buenos van por su camino sin preocuparse y no siguen las normas celestiales; los malos, por el camino ancho de la perdición, no tienen en cuenta para nada los castigos amenazados. Créalo, Padre, que el Señor Dios muy pronto castigará el mundo. El castigo será material e, imagínese, Padre, cuántas almas irán al infierno, si no se ora y se hace penitencia. **Esa es la causa de la tristeza de Nuestra Señora.***

*Padre, dígalo a todos, que la Santísima Virgen me ha dicho tantas veces: “que muchas naciones desaparecerán de la faz de la tierra. Que naciones sin Dios serán el flagelo escogido por Dios para castigar a la humanidad, si nosotros por medio de la oración y de los Santos Sacramentos no obtenemos la Gracia de su conversión”. Dígalo, Padre, que el demonio ha emprendido la batalla decisiva contra la Stma. Virgen, porque **lo que aflige el Corazón Inmaculado de María y de Jesús es la caída de las almas religiosas y sacerdotales.***

El demonio sabe que los religiosos y los sacerdotes, descuidando su excelsa vocación, arrastran muchas almas al infierno. Estamos apenas a tiempo para detener el castigo del Cielo. Tenemos a nuestra disposición dos medios eficacísimos: la oración y el sacrificio. El demonio hace de todo para distraernos y quitarnos el gusto de la oración. Nos salvaremos, o bien nos condenaremos. Sin embargo, Padre, hay que decir a las personas que no tienen que estar esperando una llamada a la oración y a la penitencia, ni del Sumo Pontífice, ni de los Obispos, ni de los Párrocos, ni de los Superiores Generales. Ya es hora de que cada uno, por su propia iniciativa, cumpla obras santas y reforme su vida según las exhortaciones de la Virgen Santísima.

*El demonio quiere adueñarse de las almas consagradas, trabaja para corromperlas, para llevar a los demás a la impenitencia final; usa todas las astucias, isugiriendo incluso poner al día la vida religiosa! De ahí viene la esterilidad en la vida interior y la frialdad en los seglares respecto a la renuncia a los placeres y a la total inmolación a Dios. Recuérdelo, Padre, que dos cosas concurrieron a la santificación de Jacinta y Francisco: **la aflicción de Nuestra Señora** y la visión del infierno.*

La Santísima Virgen se halla como entre dos espadas: por una parte ve a la humanidad obstinada e indiferente a los castigos amenazados; por otra parte, nos ve que pisoteamos los Santos Sacramentos y despreciamos el castigo que se acerca, permaneciendo incrédulos, sensuales y materialistas. Nuestra Señora ha dicho expresamente: “Nos acercamos a los últimos días”, y me lo ha repetido tres veces. Afirmó, la primera, que el demonio ha entablado la batalla decisiva, o sea, final, de la cual uno de los dos saldrá victorioso o vencido. O estamos con Dios, o estamos con el demonio.

La segunda vez me ha repetido que los últimos remedios dados al mundo son el Santo Rosario y la devoción al Corazón Inmaculado de María.

*La tercera vez me dijo que, “agotados los otros medios despreciados por los hombres, nos ofrece con trepidación la última ánora de salvación: la Stma. Virgen en persona, sus numerosas apariciones, **SUS LAGRIMAS**, los mensajes de los videntes distribuidos por todas partes en el mundo”; y la Virgen dijo también que, si no la escuchamos y continuamos con la ofensa, no seremos ya perdonados. Es urgente, Padre, que se den cuenta de la terrible realidad. No se quiere asustar a las almas, solamente es una urgente llamada, porque desde que la Santísima Virgen ha dado tanta eficacia al Santo Rosario, no hay problema material ni espiritual, nacional o internacional, que no se pueda resolver con el Santo Rosario y con nuestros sacrificios. Rezado con amor y devoción, consolará a María, enjugando tantas lágrimas de su Corazón Inmaculado.*

Sor Lucía de Fátima, 22-5-‘58»

“QUE UN ARBOL NO NOS IMPIDA VER EL BOSQUE”

*“En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre cada persona (...). Haré prodigios en lo alto, en el cielo, y **signos** abajo, en la tierra, **SANGRE**, fuego y nubes de humo. El Sol se volverá tinieblas y la Luna sangre, antes de que llegue el día del Señor, día grande y espléndido. Entonces todo el que invoque el nombre del Señor será salvado” (Hechos, 2,17-21).*

Sor Lucía ha hablado de la última ánora de salvación que Dios nos ofrece con trepidación: “la Santísima Virgen en persona, sus numerosas apariciones, sus lágrimas, los mensajes de los videntes distribuidos por todo el mundo”... No es solamente una salvación terrena, de castigos materiales, sino salvación eterna, seriamente amenazada por la obstinación en el pecado y en el rechazo de Dios. Debemos escuchar urgentemente las santas palabras de nuestra Madre y el grito de sus benditas lágrimas: “La voz de la sangre grita a Mí desde la tierra” (Gén 4, 10). Estos signos –las lágrimas de la Virgen y la sangre– son los medios supremos que Ella está empleando en esta **LUCHA FINAL, ESCATOLOGICA**, que la Stma.

Virgen, junto con su Descendencia, está combatiendo contra el demonio. Y desde el principio Dios ha prometido y ha establecido que la victoria será de María, junto con sus hijos (Cfr Gén 3,15 y Apoc 12).

Estos medios, estos argumentos supremos, que son sus lágrimas y la Sangre de su Hijo (que es también de María), Ella nos los muestra para solicitar nuestra solidaridad, y los está mostrando a Dios para que pueda mirarnos a través de esas lágrimas y de esa sangre y así pueda llegar todavía a nosotros su Misericordia.

Es necesario que seamos conscientes de que un hecho extraordinario, como es el llanto de María en Civitavecchia, no es en definitiva tan extraordinario, en el sentido de que es una constante en las angustiosas manifestaciones de nuestra Madre, sobre todo en los últimos treinta años.

Para limitarnos únicamente a las apariciones de la Stma. Virgen en el ciclo de “asistencias maternas a la Iglesia”, que comenzó en 1830 en la Rue du Bac, de París, hemos de notar que la Santísima Virgen se ha mostrado llorando en no pocas ocasiones.

La aparición a Santa Catalina Labouré, en París, en la que le manifestó la “Medalla Milagrosa”, es el prototipo de todas las demás siguientes, así como el mensaje recibido de Ella en la primera aparición (la noche entre el 18 y el 19 de julio de 1830) y manifestado por la Religiosa a su Confesor poco antes de morir (en 1876), es el compendio de todos los mensajes de los últimos tiempos. Además, la aportación de la Medalla Milagrosa a la proclamación del dogma de la Inmaculada es evidente e indiscutible, y es una perenne invitación a los teólogos para que busquen el desarrollo del Credo en las fuentes convenientes.

Pues bien, en esa primera aparición de María, Santa Catalina cuenta que, en un determinado momento, la Señora dijo llorando: *“La Cruz será despreciada y tirada al suelo, el trono será derribado, el costado de Nuestro Señor será abierto de nuevo, el Arzobispo será despojado de sus vestiduras, las calles estarán llenas de sangre...”* (y casi sin poder seguir hablando, con el dolor pintado en la cara, añadió) *“y el mundo entero estará en la angustia”*. La Novicia preguntó, como es natural: *“¿Cuándo sucederá todo eso?”*, y la respuesta misteriosa fue: *“Dentro de cuarenta y (durante) diez, y después la Paz”...*

A los pastorcitos Maximino y Melania, la Madre de Dios se apareció en La Salette (Francia) el 19 de Septiembre de 1846. La vieron que lloraba, porque la humanidad se estaba ya encaminando a pasos de gigante hacia la gran apostasía, renegando a Dios, sin que nadie pidiera misericordia y perdón. La bella Señora dijo: *“¡Desde cuánto tiempo sufro por vosotros! Si quiero que mi Hijo no os abandone, estoy encargada de suplicarle incesantemente por vosotros, y vosotros no haceis caso. Por más que receis y hagáis, nunca podreis compensarme por la pena que tengo por vosotros”*.

En Sorano (diócesis de Pitigliano, provincia de Grosseto, Italia), la Virgen Dolorosa se apareció a la niña de doce años Verónica Nucci, el 19 de mayo de 1853. El Obispo de la diócesis, Monseñor Francisco María Barzellotti, y el mismo Papa Pío IX, acogieron favorablemente esas apariciones, si bien la investigación canónica no llegó a ninguna conclusión formal, a causa de la muerte de los diferentes Obispos responsables. Notemos, por nuestra parte, que en esa ocasión la Señora dijo a la niña: *“Ayudadme a llorar”*. Verónica le preguntó: *“¿Por qué llora?”*. Y la Señora: *“Lloro por tantos pecadores”...*

Así mismo, en las apariciones de Heede (Alemania), de 1937 a 1940, en ciertos momentos la Virgen se mostró llorando.

Pero más adelante, la Stma. Virgen ha querido que sus lágrimas fueran vistas no sólo por algunos videntes, sino por todos sus hijos, excluyendo así de una manera objetiva, fotografiable, analizable, lo que de otro modo hubiera podido ser puesto en duda como subjetivo.

Así el 29 de agosto de 1953, en casa de una modesta familia de Siracusa, en Sicilia (Italia), una pequeña imagen (un bajorrelieve en yeso) del Corazón Inmaculado de María lloró ante la mirada de miles de personas durante tres días. El caso de la “*Madonnina* de las lágrimas” de Siracusa, el primer caso ocurrido públicamente en los tiempos modernos, es tal vez el más

famoso y fue reconocido auténtico por los Obispos de Sicilia, mereciendo la edificación posterior de un grandioso santuario.

“¿Y quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? –escribe San Juan–. Este es Aquel que ha venido con AGUA y SANGRE, Jesucristo; no sólo con agua, sino con EL AGUA y con LA SANGRE. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la Verdad. Pues son tres los que dan testimonio: EL ESPÍRITU, EL AGUA Y LA SANGRE, y los tres coinciden” (1ª Jn 5,5-8).

Eso es lo que ha pasado en nuestros tiempos: que a las lágrimas “normales” derramadas por Nuestro Señor o por la Stma. Virgen se han añadido las lágrimas de sangre y las sudoraciones de aceite, a menudo perfumado. El agua y la sangre nos recuerdan evidentemente la Encarnación del Hijo de Dios y nuestra Redención, mientras que el aceite perfumado ha sido siempre un símbolo del Espíritu Santo, por lo que estas sudoraciones de imágenes bien podrían considerarse, por una parte, un signo profético del “nuevo Pentecostés” anunciado por diferentes almas místicas de nuestro siglo, y por otra parte –como ha explicado Nuestro Señor en Damasco– son la invitación a tener preparadas nuestras “lámparas” con aceite, en espera de la llegada del Esposo.

Tales signos se han multiplicado en todo el mundo a partir de los años se-tenta. Entre el 6 de julio de 1971 y el 19 de agosto de 1976, en casa de la Sierva de Dios Teresa Musco, la extraordinaria mística estigmatizada de **Caserta** (Italia), han sucedido numerosísimas lagrimaciones (lágrimas “normales” y de sangre) en diferentes imágenes y en presencia de muchísimos testigos. Exactamente 24 imágenes (estatuas pequeñas, cuadros e incluso estampas), en las que se registraron 757 lagrimaciones, siempre en presencia de alguien. Todo ello, a la vez que Teresa a menudo participaba a la Pasión de Cristo de forma cruenta. Los fenómenos fueron acompañados por mensajes de la Santísima Virgen a Teresa, que no son sino una súplica materna dirigida a todas las almas y en particular “a los predilectos”, para un regreso sincero a Dios, viviendo en su Gracia y en su Amor.

Del otro lado del mundo, en **Akita** (Japón), una estatua de la Virgen, que representa “la Señora de todos los pueblos” (como se había manifestado en Amsterdam), lloró 101 veces, a partir del 4 de enero de 1975 hasta el 15 de septiembre de 1981, presentándose como la Virgen Dolorosa. Es interesante notar que todo empezó el 6 de julio de 1973 (dos años exactos después de haber comenzado en Caserta), cuando en la mano de la estatua de la Santísima Virgen se formó una herida en forma de cruz, de la cual brotaba sangre, mientras que la misma vidente, Sor Agnese (Inés) Sasagawa Katsuko, sufría por una herida idéntica en la mano izquierda, herida que misteriosamente se le formó pocos días antes que la de la Señora (...¿Acaso esta vez habría sido una sugestión de la estatua?) A ese primer signo en la imagen de la Stma. Virgen se añadieron otros más: rayos luminosos y abundante sudoración de aceite perfumado. Todo ello, acompañado por mensajes muy semejantes a los de Teresa Musco y de Fátima, y coincidencia también de fechas.

En **Damasco** (Siria), en un santuario mariano, una imagen de nuestra Señora de Fátima lloró abundantemente del 20 al 24 de julio de 1977, en presencia de las Autoridades de la Iglesia Católica y de miles de personas de diferentes religiones y tendencias, procedentes también de otras naciones islámicas.

Pocos años después, en esa misma ciudad árabe, en una modesta casa del barrio de **Soufanieh**, un pequeño icono de cartón, que representa la Stma. Virgen, empezó a sudar abundantes gotas de aceite. Aceite puro de oliva, que no mancha y que se evapora sin dejar huellas. También en esa ocasión miles de personas comprobaron el fenómeno, que empezó el 28 de noviembre de 1882, continuando durante varios años, acompañado por otros signos: curaciones, sudoraciones de aceite de cientos de cientos de fotografías de ese icono en casas privadas, apariciones de la Stma. Virgen y de Nuestro Señor a Mirna, recién casada, que recibe mensajes, vive en su cuerpo los estigmas de la Pasión y, lo que es más, ella misma se vuelve un signo viviente de la presencia de María, al sudar abundante aceite de oliva de sus ojos y de sus

manos. Las Autoridades de la Iglesia, testigos de los hechos, se han mostrado muy impresionadas favorablemente. Del testimonio de Monseñor J. Georges Habib Hafouri, Arzobispo Sirio Católico, cito estas palabras: *“En Soufanieh, la Stma. Virgen exhorta a sus hijos a la oración, al perdón y sobre todo a la unión. Además de su propiedad curativa, el aceite, según algunos, podría ser el signo simbólico de la Caridad, que es el camino indispensable para lograr la unión...”*

De nuevo en Extremo Oriente, en **Naju** (Corea del Sur), en casa de la familia Youn llora una pequeña imagen de la Stma. Virgen, a partir del 30 de junio de 1985. Pocos días más tarde, Julia, la señora de la casa, empieza a recibir mensajes de la Virgen y tres años después también de Nuestro Señor. Las primeras lágrimas de sangre brotan los días 19, 20 y 21 de octubre de 1986. Desde entonces miles de personas han visto llorar la imagen. El Arzobispo de Kwangju, diócesis a la que pertenece Naju, el 5 de febrero de 1989 dijo al párroco que está convencido de la verdad de las lágrimas y que reconoce que en Julia no hay desviaciones. Otros muchos Obispos coreanos están positivamente convencidos; entre ellos, Monseñor Angel Kim, Presidente de la Conferencia Episcopal. A estos hechos, que todavía no han terminado, se han añadido más tarde otros fenómenos: movimientos de la estatua, estigmatización de Julia, etc. Asistiendo a la Misa del Papa, el 31 de octubre de 1995, en la boca de Julia la Hostia consagrada se transformó visiblemente en carne y sangre, como en el Milagro Eucarístico de Lanciano (Italia), lo cual fue visto por todos los presentes, incluido el Santo Padre.

Las lagrimaciones históricas de la Stma. Virgen, en el curso de apariciones (ante los videntes), o por medio de imágenes (delante de todos), son numerosas. En cinco siglos (de 1255 a 1745) se cuentan por lo menos 22 casos, 14 de los cuales fueron de sangre. A partir de 1830, después de las apariciones de la “Milagrosa” en París, han habido por lo menos unos noventa casos, algunos de los cuales ya han sido referidos, como son los de Siracusa, de Caiazzo (Teresa Musco), de Akita, de Damasco y Soufanieh y de Naju. Lagrimaciones documentadas de imágenes han tenido lugar en muchas naciones:

En Alemania 17 casos (7 de los cuales fueron de sangre); 9 en Francia (2 fueron de sangre); 7 en Bélgica (4 de sangre); 6 en Hungría (4 de sangre); dos casos en Austria, otros dos en Irlanda, y se conoce un caso en Eslovaquia, otro en Portugal, otro en Inglaterra y otro en España (que fue de sangre). En Italia se conocen por lo menos 37 casos (19 de los cuales han sido de sangre).

Fuera de Europa han tenido lugar en Siria, Libano, Corea del Sur, Japón, Burundi, Brasil, Bolivia, Argentina, Perú, Ecuador, Colombia, Costa Rica, México, Estados Unidos, Canadá, etc., por un total de más de 33 casos, la mitad de los cuales, incluso muy recientes, han sido de sangre.

En varias ocasiones las imágenes que han llorado son de nuestra Señora de Fátima, y al menos otras 24 veces han sido imágenes de María “Rosa Mística” (aparecida en Montichiari, Italia, sobre todo para los sacerdotes y consagrados).

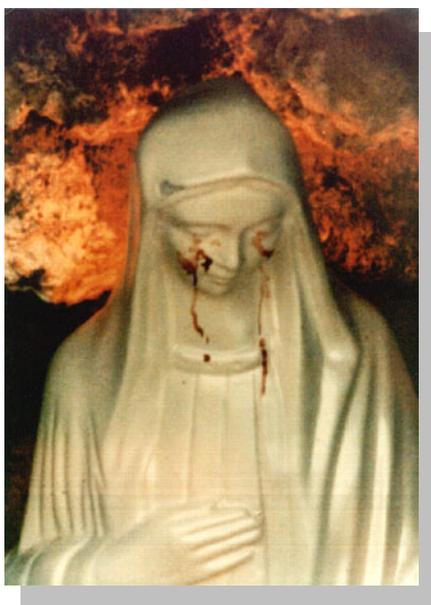
En **Medjugorje** (Herzegovina, ex-Yugoslavia), de donde procede la imagen de la Reina de la Paz que ha llorado sangre en Civitavecchia, ya al tercer día de las apariciones (el 26 de junio de 1981) la Stma. Virgen se hizo ver con una gran Cruz oscura y **llorando** dijo: *“¡Paz, paz, paz! ¡Reconciliaos! Entre Dios y los hombres tendrá que volver la paz”*. Y no es casual que el 24 de mayo de 1984 dijera:

*“Queridos hijos, ya os he dicho que os he escogido de una forma especial, así como sois. Yo, vuestra Madre, os amo a todos. En cada momento, cuando estais en dificultad, no tengais miedo, porque yo os amo, incluso cuando estais lejos de mí y de mi Hijo. Os ruego, **no permitais que mi Corazón llore lágrimas de sangre por las almas que se pierden en el pecado**. Por eso, queridos hijos, orad, orad, orad. ¡Gracias por haber respondido a mi llamada!”*

LOS HECHOS QUE HE VIVIDO

- . SI LO HUBIERA SOSPECHADO...
- . ¿CUÁNTO HA COSTADO “LA MADONNINA”?
- . LA PROTAGONISTA ES ELLA
- . LAS IMÁGENES NO LLORAN
- . LA PROVIDENCIA SABE MUCHO
- . LA ELECCIÓN DEL LUGAR
- . LA ELECCIÓN DEL SACERDOTE
- . LA ELECCIÓN DE LA FAMILIA
- . PEQUEÑOS SIGNOS PRECURSORES
- . CUANDO DIOS NOS TOMA EN SERIO
- . NADA SUCEDE DE CASUALIDAD
- . ¿QUÉ PASÓ EL 2 DE FEBRERO DE 1995?
- . EL SIGNO SE REPITE PARA QUE EL MUNDO CREA
- . LA VIRGEN QUIERE IR DONDE ESTÁ SU HIJO
- . LA ELECCIÓN DEL OBISPO
- . MARÍA, SIGNO DE CONTRADICCIÓN

... SON EL CUADRO QUE DIOS HA PINTADO



SI LO HUBIERA SOSPECHADO...

He de decir, ante todo, que en nuestro obrar todos somos libres, que está claro que además somos limitados en cuanto al conocimiento de las cosas, y que, de todas formas, Dios tiene para todos y para cada uno una delicada providencia y un plan, dentro del cual nos movemos libremente, pero que se cumple infaliblemente. Lo cual es un misterio para nosotros.

A mediados de marzo de 1993 llegué como párroco a San Agustín⁷. Recuerdo que mientras visitaba las casas de mis parroquianos –disperdigadas todas ellas por el campo–, en los primeros tiempos tiraba por acá y por allá medallitas de la Virgen (la Medalla Milagrosa), “para que Ella tomara posesión”. No quisiera, sin embargo, que en ese gesto alguien viera una especie de rito supersticioso, y menos aún la intención de lograr en el futuro un resultado milagroso, que habría sido en realidad “milagrero”.

Una cosa como ésta, ocurrida aquí entre nosotros, ¿quién hubiera podido preverla? **Si la hubiera sospechado** hace trece años, cuando compré la estatuilla en Medjugorje, dudo de mí, dudo que hubiese tenido de todas formas el valor para comprarla..., porque un signo tan grave como son las lágrimas de nuestra Madre no es posible que no afecte a sus hijos. La Reina de la Paz bien puede siempre decir las palabras de su Hijo: *“No creais que Yo he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino una espada... El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de Mí. El que haya encontrado su vida la perderá, y el que la haya perdido por Mí la encontrará”* (Mt 10, 34-39). La irrupción de Dios no es para hacernos cómoda y fácil la vida, sino para sacudimos del sopor y del letargo, llamandonos al Amor. Es una intervención de su Amor.

Si hubiera sospechado que el dolor de nuestra Madre debe obtener la compañía del pequeño dolor de sus hijos (y no sólo una conmoción o un fervor), habría sabido afrontar un poco mejor, en mi vida interior, una situación que se iba haciendo una semana tras otra cada vez más pesada y cargada de tensiones. Pero es en la escuela del sufrir donde se aprende a amar. A mí no me cayó “una teja en la cabeza”, como dijo el Obispo de Civitavecchia, cuando todavía no se daba cuenta de que era “un rascacielos”. A mí me tocó, sencillamente, una cruz, o mejor dicho, una delicada invitación a estar con María al pie de la Cruz. El espíritu con que se vive es lo que hace que una cruz sea grande o pequeña, pesada o ligera, llevada o soportada, preciosa o sin valor... Es una cuestión de amor.

¡Si lo hubiera sospechado! Pero, lamentablemente, no era yo capaz de alegrarme, como San Pablo, en mis tribulaciones (Cfr Col 1,24). Nuestra pobre naturaleza no ha sido creada para sufrir. Y sin embargo, esas lágrimas de nuestra Madre nos dicen y nos enseñan algo. Será digno del Gozo y de la Gloria quien haya pasado por el Dolor. Será digno de María quien haya sabido llorar con Ella.

¿CUÁNTO HA COSTADO “LA MADONNINA”?

Había sido invitado a una peregrinación a Tierra Santa. Nunca había ido. Por tanto había organizado mis cosas en la parroquia, consiguiendo un cura amigo mío que me sustituyese por unos días. Cuando faltaba una semana supe que el grupo que me había invitado al viaje no podía partir. Hablando de eso con unos amigos, me dijeron: –“En tal caso, ¿quieres ir con nosotros a Medjugorje? Sabes que hemos ido ya tantas veces antes de la guerra y lo tenemos en el corazón. Hay sitio para tí también en nuestra *roulotte*...”.

Emprendimos un largo viaje el 13 de Septiembre de 1994 por las fatigosas carreteras de Eslovenia, de Croacia y por último de Bosnia-Herzegovina. Vimos la desolación y la destrucción que el odio y la guerra, hacía poco terminada, es capaz de producir.

⁷ - Era la segunda vez que yo llegaba a esta parroquia. La primera fue en febrero de 1982, al venir a la diócesis. Más tarde estuve, de 1997 hasta el 2000, como colaborador, y por último desde octubre de 2007 como vicario parroquial.

Dentro de nosotros, sin embargo, notábamos un cierto desasosiego... Esa vez no veíamos claro **para qué** habíamos ido allí, cuál fuera la finalidad y **el fruto** de ese viaje, diferente de las anteriores peregrinaciones, ya que advertíamos que había algo que no funcionaba...

El último día, antes del regreso, fui a comprar unos regalos: una estatuilla de San Miguel Arcángel, para la familia con la que había hecho el viaje, y otra de la Virgen para otra familia de mi parroquia. Entre tanto la Providencia sonreía, mirando más allá de nuestro horizonte. Más adelante, cuando pasaron las cosas, me dí cuenta que ese día era el 16 de septiembre, el día siguiente de la fiesta de **los Dolores de María**; era además el cumpleaños de mi madre y, qué casualidad, la fiesta del Papa Cornelio, que en el año 253 murió mártir en **Civitavecchia**.

Compré las imágenes en una de las pequeñas tiendas de objetos religiosos que hay enfrente de la casa de los frailes franciscanos. Había entrado en tres o cuatro de esas tiendas, llenas de imágenes, a primera vista todas iguales. En general eran de María “Rosa Mística” o bien de la Virgen de Medjugorje, “la Reina de la Paz”. Yo buscaba una que estéticamente me gustase, por algo especial en la expresión de la cara. La imagen que compré, de apenas 43 cm., de yeso blanco brillante, reproduce la hermosa estatua de María que está en la plaza, delante de la fachada de la iglesia de Medjugorje.

¿Cuánto pagué por ella? Nunca me he acordado; no debía ser mucho: tal vez unas veinte mil liras (unos doce o trece dólares).

¿Cuánto ha costado la Virgen? Debemos preguntarle a Dios, que la ha creado “*al principio de su actividad, antes de todas sus obras, desde entonces, desde la eternidad*” (Proverbios, 8,22). De ese modo, su Amor ha sido capaz de agotar su Omnipotencia creadora (que no tiene límites), su Sabiduría infinita y todos sus Atributos, derramándolos en esta Celestial **Criatura...**

¿Cuál será el precio de María? Sólo Dios puede calcularlo. Jamás habría podido yo pagarlo, ni siquiera todas las criaturas juntas. Pero lo que sucede es que también yo, también nosotros hemos sido evaluados... y a nosotros también se nos ha dado un valor que, de hecho, es **infinito...** Será porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, o será porque Dios Padre estaba pensando en Jesús y en María cuando nos llamó a la existencia... y (¡por fuerza!) nos ama tanto. ¡Nos ha dado el mismo precio de su Hijo, de Sí mismo! “*El no ha perdonado a su propio Hijo, sino que Lo ha entregado por todos nosotros*” (Rm 8, 32). Y “*el Hijo de Dios me ha amado y se ha entregado por mí*” (Gal 3, 20).

Me doy cuenta de que, antes que yo (o cualquiera) haya podido comprar “*la Madonna*” –y nadie podría jamás pagar el precio–, he sido yo comprado por Ella. Ella ha pagado por mí un precio infinito: la vida de su Hijo. Tanto me ha amado, como perfecta imitadora del Padre, que por mí “*ha dado su Hijo unigénito, para que creyendo en El no muera, sino que tenga Vida Eterna*” (Cfr Jn 3,16). Lo demuestran sus lágrimas y la Sangre de su Hijo.

Parfraseando una expresión de San Pablo, diré que “*no es que yo haya adquirido la Madonnina, es decir, que haya llegado ya a la perfección, sino que me esfuerzo tan sólo por correr para adquirirla, porque también yo he sido adquirido por Ella*” (Cfr Flp 3,12).

Por eso, cuando alguien me dice: –“*Ah, ¿es usted el que ha traído la Madonnina?*”, suelo contestar: –“*Es más bien lo contrario: Ella es la que me ha traído a mí*”.

Y el Amor se paga con amor. ¿Cómo podría yo pagar tanto amor? Es una exigencia de justicia. La única posibilidad que tengo es hacer mío con confianza ese amor y tomar esas lágrimas en mi corazón. Es la inocente estratagema del niño que, queriendo hacerle un regalo a su mamá, para eso le tiene que pedir el dinero. Esa es la satisfacción del amor: “*Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío*” (Jn 17,10).

LA PROTAGONISTA ES ELLA

Bien envuelta en una toalla, la estatuilla fue colocada en la “*roulotte*”. El por qué y el para qué de ese viaje íbamos a descubrirlo poco más adelante, porque nuestra Madre viajaba con

nosotros. Desde hace dos mil años Ella viaja con la Iglesia, al lado de sus hijos. El por qué de su viaje es el Amor de su Hijo, que lo ha llevado a la Cruz, y el dolor y el peligro de sus hijos, de hacer inútil la Pasión. El fruto que ha de producir ese viaje de nuestra Madre es el triunfo del Corazón Sacratísimo de Jesús y del Corazón Inmaculado de María, el triunfo del Reino de Dios “así en la tierra como en el Cielo”. Esa es la verdadera razón y el verdadero fin de la Presencia materna de María al lado de sus hijos.

También la estatuita ha viajado mucho. Ha pasado por muchas manos: el artista que la hizo, la muchacha de la tienda que me la vendió, yo que la traje (junto con los amigos con quienes hice la peregrinación), la familia de mi parroquia a la que la regalé, el Obispo que después la tuvo y en cuyas manos lloró la última vez, los científicos de Roma que la examinaron y no sé yo cuántas personas más... Hay que añadir además los miles de personas que hemos visto esa sangre en su carita, cincuenta de las cuales (al menos) han sido testigos de cómo han brotado y lentamente han corrido esas lágrimas; y más adelante, a partir del 17 de junio de 1995, las decenas y decenas de miles de personas que han venido de todo el mundo a verla en su hornacina en la iglesia de San Agustín, y todos aquellos que la han visto alguna vez por televisión o en revistas en todo el mundo...

Ella lo ha hecho para todos. Ha llorado por todos. El pecado y el dolor de todos ha traspasado, como una espada, su Corazón. Ella nos ha adquirido a todos a caro precio. Ella pertenece a todos. Si no hubiera dado ese signo, su imagen sería, como tantas otras, únicamente un objeto religioso, una cosa que primero pertenecía al vendedor, después a mí que la compré, y por último a la familia a la que se la regalé. Pero desde el momento que ha dado ese signo, más aún, que esa estatuita se ha vuelto un signo, *es de todos, es decir, de la Iglesia.*

Todos nosotros hemos sido los afortunados hijos para quienes ha dado ese signo, a los que ha dirigido su *grito silencioso*, los hijos que Ella ha querido acompañar en su camino y a los cuales ha pedido que *la acompañen en el suyo...* María repite misteriosamente lo que hizo su Hijo: *“Mientras conversaban y discutían juntos (¡oh, sí, cuántas discusiones entre nosotros!), Jesús en persona se acercó y caminaba con ellos; pero sus ojos eran incapaces de reconocerle”* (Lc 24,15-16).

En el Evangelio aparecen muchos personajes, más o menos cerca o lejos de Jesús, pero solamente El es el Protagonista. Lo mismo sucede en la presente historia: muchos de nosotros, si bien en diferente medida y con diferente responsabilidad, estamos involucrados; pero *la Protagonista es solamente Ella, la Santísima Virgen.*

LAS IMÁGENES NO LLORAN

Nunca se ha oído decir que una estatua haya llorado en un museo o en un jardín público, por ejemplo. Hace un par de años, en un pueblo del norte de Italia, un bromista “hizo llorar” una estatua de Lenin, pero no fue difícil descubrir la obra humana. Sin embargo, como ya he dicho, se conocen más de cien casos históricos (y muchos son recientes) de llanto con lágrimas normales o de sangre, e incluso sudoraciones de aceite perfumado, en imágenes sagradas, casi siempre de la Santísima Virgen. Es un fenómeno que sólo ocurre en la Iglesia Católica. ¿Cómo se explica?

Recientemente el Santo Padre ha recordado el carácter de “signo” que tienen las imágenes sagradas, en particular de la Virgen. Una imagen religiosa, que ha sido bendecida y que es objeto de la veneración de los fieles, no es simplemente un objeto más o menos artístico, sino un signo precisamente de una especial presencia de la persona santa representada (Nuestro Señor, la Virgen o los Santos). Una presencia para una asistencia, para provocar una relación especial de amor y de vida...

Por lo tanto, atención: cuando decimos que “una imagen ha llorado” (si el hecho resulta auténtico), hemos de entender que nuestra Madre ha llorado y que nos lo hace ver por medio

de una imagen suya. Es como Ella dijo a Sor Lucía de Fátima: **“La Santísima Virgen en persona, sus lágrimas”**... En efecto, el yeso o cualquier otro material no puede producir “líquido biológico”, o sea, lágrimas o sangre, y además humana. Cuando sucede eso, se trata de una creación *“ex nihilo”*, de la nada. Solo Dios puede hacerla.

Por tanto, la verdadera protagonista no es siquiera una imagen de la Santísima Virgen, sino precisamente Ella en persona. Digo ésto con el deseo de ayudar a muchas personas a que reflexionen y comprendan que la estatuita, como tal, después que el signo ha sido dado por Dios y visto por nosotros, por más que sea digna de veneración, no debe ser el objeto último de nuestra atención y de nuestro interés. Por eso decía a la gente: –*“¿Ya han ido a ver la Madonnina? ¿Ya la han visto dos, tres veces? ¿Qué más quieren ver? Se ve mejor con los ojos cerrados ante del Sagrario...”*

LA PROVIDENCIA SABE MUCHO MÁS DE LO QUE SUPONEMOS

Había dejado el coche en casa de un amigo en Vicenza (norte de Italia). Antes de separarnos estuvimos orando juntos. Le pedimos una palabra al Señor y, al abrir la Biblia, mi vista fue a parar a estas palabras de Hechos de los Apóstoles, 20, 22-23, que me sonó como un misterioso presagio: *“Y ahora, atado por el Espíritu, voy a Jerusalén sin saber lo que allá me espera. Tan sólo sé que el Espíritu Santo me dice en cada ciudad que me esperan cadenas y tribulaciones...”*

He experimentado muchas veces que la palabra de Dios, cuando El quiere, nos habla a cada uno de nosotros de una forma espectacular. Son cosas experimentadas por los Santos en la historia y por muchos en estos tiempos, en la experiencia de la Renovación Carismática. Para empezar, a mi llegada a Civitavecchia, encuentre mi casa saqueada por los ladrones: parecía que hubiera pasado un huracán. Cuando sucede alguna “sorpresa” como ésta (que, por ejemplo, te desaparece el coche o cosas parecidas), *“alégrate y exulta”* (Mt 5, 12), porque quiere decir que Dios te prepara el fruto del dolor. *“Por una pena hoy, una alegría mañana”*. Parecía que la Santísima Virgen me dijese: *“Hijo, si te presentas para servir al Señor, prepárate a la tentación”* (Sir 2,1).

El 18 de septiembre, al día siguiente de mi regreso, llevé el regalo a la familia Gregori (Fabio y Anna Maria) y estuvimos hablando de cómo colocarla en el jardín. En un papel dibujé el boceto de una pequeña gruta o nicho de piedras, una hornacina donde ponerla. Pocos días después, Fabio la construyó con piedras del mar, iluminándola con dos lamparitas eléctricas, una a los pies de la imagen y la otra detrás (él es electricista). Terminado el trabajo me llamaron, para que viera la obra de arte. Me gustó, aunque –dije– tal vez hubiera resultado mejor un poco más alta.

Por desgracia, al colocarla sobre su base de piedras la niña la tocó y la estatua se cayó hacia adelante contra las piedras, produciéndose una pequeña lesión en el velo, sobre la cabeza, como se ve en las fotografías, y algún otro pequeño rasguño en el cuerpo, por lo cual hubo que ponerle cemento... Ello resultó más adelante providencial, en el momento de las investigaciones, porque demostraba que la imagen que había llorado no era otra en sustitución de la original, oportunamente manipulada, como alguien supuso.

Así es como *la Madonnina* quedó puesta en su grutita de piedras, en el jardín, frente a la puerta de entrada de la casa. Era a finales de septiembre.

LA ELECCIÓN DEL LUGAR

El lugar elegido por la Providencia fue ese jardín de la casa de la familia Gregori, en *via* (calle) Fontanatetta, n.10, zona de Borgo Pantano, parroquia de San Agustín. Dista unos 800 metros de la iglesia parroquial antes de llegar a ella, y se halla a unos seis kilómetros del centro de la ciudad de Civitavecchia, que desde allí no se ve. Está en el campo, en dirección norte. El

letrero que la indica en el cruce con la via Aurelia dice: “Baños de San Agustín”, porque la tradición y el parecer de los arqueólogos es que, en una pequeña playa, a pocos kilómetros, ocurrió aquel misterioso encuentro del Santo con el Niño que quería meter todo el mar en un hoyito en la arena.

Efectivamente, una conocida leyenda popular, citada en escritos de autores antiguos desde el siglo XII y que ha tenido amplia resonancia en la literatura y en el arte, cuenta que Agustín Aurelio (no era santo todavía), después de ser bautizado en Milán y antes de embarcarse para volver a Africa, mientras se hospedaba en la ermita de la Santísima Trinidad de Centumcellis, cerca de Civitavecchia, llego un día paseando hasta el mar, meditando el misterio de la Santísima Trinidad. Encontró un misterioso Niño que jugaba en la orilla, tomando el agua del mar en el hueco de la mano y derramandola en un hoyito en la arena. A la pregunta de por qué hacía eso, el Niño contestó que quería meter todo el mar en ese hoyito. Agustín le hizo notar que eso era imposible; pero el celestial Niñito le dijo: *“Es más fácil derramar en este hoyito toda el agua del mar, que meter el misterio de la Santísima Trinidad en tu inteligencia”*... Dicho lo cual, el Niño desapareció.

No hay duda de que el misterio del Amor de Dios, de su Vida íntima, de su Trinidad de Personas Divinas, no puede ser contenido en la mente de la criatura, pero con mucho gusto se deja meter en nuestro corazón.

No iba a ser la única vez que el misterio del Amor Divino, bajo otros aspectos, se anunciara en ese lugar. La última vez lo ha hecho mostrando a todos el dulce rostro de nuestra Madre, regado por diminutas lágrimas de sangre. Fue notorio que desde la primera vez, la lágrima sutil llegó hasta su Corazón, como dicen-donos que esa sangre tenemos que meterla en nuestro corazón. Solamente un corazón sencillo y dócil a la Gracia es capaz de percibir el Mensaje, de comprender el Misterio, de creer en el Amor.

LA ELECCIÓN DEL SACERDOTE

El Sacerdote elegido por la Providencia es el que está escribiendo. No sé por qué el Señor ha querido que en medio de sus cosas esté siempre un Sacerdote. Que esté la Santísima Virgen puedo comprenderlo, estando Ella en el centro del Misterio de su Amor; pero que tenga que estar como ministro de la Gracia y su representante un pobre hombre, es algo que excede mi capacidad de asombro... Y que, además, en este gesto de amor inconmensurable, como son las lágrimas de nuestra Madre, haya querido involucrarme, me resulta una cosa vertiginosa. Con exquisita misericordia me deja que sea tan poco sensible; de lo contrario me arrollaría. Y por mi parte, debo decirle: ¿Has querido elegir a uno como yo? ¡Señor, no te entiendo! ¡Pero qué gustos tienes!... Se ve que son asuntos tuyos, y yo he de decir tan sólo: ¡Fiat! ¡Hágase en mí!

Llegué a Italia a primeras horas de la tarde del 24 de junio de 1969.

El avión sobrevoló la ciudad de Civitavecchia, entrando en Italia precisamente por la parroquia de San Agustín, como todos los aviones procedentes de Madrid.

Después de más de casi cuarenta años, al recordar estas cosas, comprendo como Dios iba guiando mi vida con su Providencia.

Había nacido yo en Albacete (España), en la calle de *San Agustín*, n. 60, ¡qué casualidad! ¿Quién iba a decirme que después de casi veinticuatro años habría sido párroco de esa parroquia e involucrado en los hechos extraordinarios que allí habían de ocurrir?

Exactamente doce años después de mi llegada a Italia, a primeras horas de la tarde de la fiesta de San Juan Bautista, el Precursor, comenzaron las apariciones de nuestra Madre, la Reina de la Paz, en Medjugorje, las cuales, además de la importancia objetiva que en estos años han tenido y tienen para la vida de la Iglesia, tanta iban a tener para mí personalmente en el futuro. ¡Quién me lo hubiera dicho!

Llegué sin saber qué tenía que hacer. Esperaba terminar mi último año de Teología y ser ordenado Sacerdote. No es que yo tuviera esa fe de Abraham, cuando obedeció a Dios que le

dijo: *“Sal de tu pueblo, de tu patria y de la casa de tu padre, y vete al país que Yo te diga”* (Gén 12,1). Llegué con algunos amigos, con los que compartía la devoción a la Santísima Virgen. Teníamos intención de formar una comunidad de Sacerdotes marianos, para dedicarnos a la dirección espiritual de jóvenes. Pero el verdadero motivo de ir a Italia fue una misteriosa carta, que el Sacerdote que dirigía el grupo recibió pocos días después de la muerte del venerado Padre Pío de Pietrelcina, el 23 de septiembre de 1968, declarado Santo por el Papa Juan Pablo II. Estaba firmada por el Padre Pellegrino (que había asistido al Padre Pío la noche de su muerte), por el famoso científico profesor Enrico Medi y por la Sierva de Dios Luigina Sinapi, y la frase que recuerdo decía: ***“Vengan a Italia cuanto antes, porque Padre Pío al morir ha dejado para ustedes UNA GRAN HERENCIA”***.

Fui ordenado Sacerdote en Frascati, a las puertas de Roma, el 25 de marzo de 1970. En qué consistía esa “gran Herencia”, empezamos a comprenderlo dos años más tarde, cuando la Providencia nos puso en las manos unos preciosos escritos, páginas del diario espiritual de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”, en que habla de Esta como la Vida de Dios y el don supremo de gracia que Dios ofrece a su criatura, para realizar así su Reino...

Tras esas huellas nos trasladamos a varios lugares de Italia y en 1982 llegamos a la diócesis de Civitavecchia. Al Sacerdote que estaba a la cabeza de la pequeña comunidad le fue encomendada la parroquia de San Agustín. En cuanto a mí, fui nombrado vicedecano de otra parroquia de la ciudad⁸. Poco tiempo después, con profundo dolor, pero convencido de mi decisión, tuve que dejar a mis compañeros en febrero de 1987. Nuevamente me esperaba nuestra Madre del Cielo en **Medjugorje** para darme fuerza y guiarme en una nueva orientación de mi sacerdocio y de mi vida.

Al año siguiente, mis antiguos compañeros se fueron de Italia, mientras que yo continué en Civitavecchia, como sacerdote diocesano. El Proyecto divino emergía para mí de nuevo en 1993, cuando en febrero fui nombrado párroco de la Iglesia de San Agustín, que había quedado vacante desde noviembre de 1988.

Al contar estas cosas, lejos de mi gloriarme de nada que no haya hecho únicamente el Señor: *“Ciertamente, nosotros no tenemos la audacia de compararnos o creernos como algunos que se recomiendan a sí mismos... Nosotros, por el contrario, no nos jactamos desmedidamente, sino conforme a lo que Dios nos ha dado, con el fin de poder llegar hasta vosotros... Si es necesario gloriarse, me gloriaré de todo lo que en mí es debilidad”* (2 Cor 10,12-14 y 11, 30).

Declaro no haber sido yo el que ha programado mi vida; porque, además, si hubiera sospechado yo las tribulaciones y dificultades que me esperaban, temo (como ya he dicho) que me habría faltado el valor de seguir adelante: habría huído como Jonás... Lo cual vale para todo el mundo. Así como, por otra parte, nunca habría podido imaginarme las gracias inapreciables que me reservaba el Señor. No he escogido yo verme implicado así en este grandioso Proyecto de Dios. Ha sido el Amor eterno de *“Aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó con su Gracia, complaciéndose de revelarme su Hijo”* (Gál 1, 15). ¿Quién me habría dicho, por ejemplo, en el momento de la compra, lo que iba a pasar con esa imagen de la Santísima Virgen? ¡Verdaderamente *“el Espíritu Santo sopla donde quiere”*, pero su Proyecto es altísimo y misterioso! *“¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e inaccesibles sus caminos! En efecto, ¿quién ha podido conocer el pensamiento del Señor o quién ha sido su consejero?...”* (Rm 11, 33-34).

⁸ - La parroquia de San Gordiano; vivíamos a pocos metros en la casa que había sido de Mons. Giulio Bianconi, donde más tarde fue a vivir el nuevo Obispo Mons. Grillo. En esa casa lloró la última vez entre sus manos, el 15 de marzo de 1995.

LA ELECCIÓN DE LA FAMILIA

Fabio Gregori tenía entonces 31 años y Anna María Accorsi 30. Se habían casado el 20 de marzo de 1988 en la iglesia de San Gordiano en la cual yo era vicedeán, y yo asistí a la Misa de su Matrimonio. De su unión nació Jéssica, que en el momento de los hechos tenía cerca de seis años, y David, de dos años, uno de los primeros niños que bauticé tras mi llegada como párroco. Más adelante, en el 2002 ha nacido el tercer hijo, Manuel.

Con gusto recuerdo que a mi llegada, dos años antes, esta familia fue una de las primeras que me acogieron en su casa, presentado por otro joven sacerdote, con el que tenían amistad.

Fabio, que trabaja como electricista en la central del “ENEL” (“Ente Nacional de Electricidad”), encontró la manera de ayudarme desde el principio a reparar toda la instalación eléctrica de la casa parroquial, igual que otros amigos me ayudaron con otros trabajos. Muchas veces en Navidad hizo el “Nacimiento” en la iglesia, junto con Enrico, uno de sus hermanos. La última Navidad anterior a las lagrimaciones de la *Madonnina*, el mismo organizó en la parroquia un concurso de “Nacimientos” en las familias, que después fuimos a visitar juntos.

A pocos metros de su casa están las de otros dos hermanos suyos, y vive también su madre y un tío suyo. Después de la muerte del padre, la familia en cierto modo ha sido representada por el hermano mayor, Enrico. Al lado vive el tercer hermano, Giovanni (Juan), y más allá vive Fabio, el más joven.

“Isai presentó a Samuel sus siete hijos y Samuel repitió a Isai: «El Señor no ha escogido ninguno de éstos». Y le preguntó: «¿Son éstos todos los jóvenes?» Isai contestó: «Queda todavía el más pequeño, que ahora está apacentando las ovejas». Samuel dijo a Isai: «Envía a buscarlo, porque no empezaremos a comer hasta que no venga».” (1º Sam 16,10-11).

Considero a esta familia buena, sencilla, sana y sincera. Más bien que una pequeña familia, diría que es una familia de pequeños. Ya antes eran “religiosos” a su manera, de una forma espontánea. Tal vez por eso ya desde hacía tiempo se sentían bastante atraídos por la lectura de la Biblia, provocados además por los “testigos de Jehová”, que se encuentran entre los compañeros de trabajo de Fabio. No es cierto –como alguien ha escrito– que Fabio se había acercado a la fe de ellos; más bien fueron los “testigos de Jehová” los que se acercaron a la pequeña familia, encontrándola sensible al tema de la religión, con esa insistencia agobiante que les caracteriza. Hasta algún tiempo antes de las lagrimaciones, Fabio me contaba sus frecuentes discusiones con ellos. Sabiendo yo que esta familia era objeto especial de sus atenciones, quise ayudarla, empezando un encuentro semanal de “lectura de la Biblia” en su casa, desde el verano de 1994. Además, Fabio me pidió que le procurase alguna bella imagen de la Santísima Virgen en uno de mis viajes a algún santuario mariano, para ponerla en el jardín como aviso y antídoto contra esa clase de visitantes.

Y ya que otros han escrito sobre esta familia, tan involucrada en las lagrimaciones de la *Madonnina*, no creo faltar de delicadeza al hacer, con afecto de párroco y de amigo, un pequeño retrato de familia (necesario para comprender bien ciertas reacciones y comportamientos posteriores).

Fabio es el más joven de cuatro hermanos. De temperamento jovial, alegre, sincero, muy espontáneo y emotivo, fácilmente ingenuo; en ciertas ocasiones se deja llevar por algún arrebato de cólera, que le pasa enseguida. Es hombre de iniciativa, trabajador, altruista, justo. También era precipitado, coleccionista de accidentes. Es un niño grande, que ama tanto a los niños. Aparte su preparación profesional como electricista, su cultura no es gran cosa. Después de dos años de ausencia mía, lo he encontrado (como es natural) más reservado y sin duda, espiritualmente más maduro.

Su mujer, Anna María, bajo muchos aspectos es como él: sencilla, ingenua, sensible y emotiva, tal vez más tranquila y reflexiva. Sus hijos han heredado, como es natural, el temperamento de sus padres. La niña, Jéssica, fue la primera que vio las lágrimas de la *Madonnina*.

Sin pretender ver quien sabe qué de extraordinario en ello, debemos notar que los interlocutores de Dios son siempre los niños o los que tienen corazón de niño.

Creo, sin embargo, que sería imprudente y erróneo, como en alguna ocasión han hecho los periodistas, querer hacer de la niña una especie de “nueva Bernadette” y de Civitavecchia “una nueva Lourdes”. Estas cosas son únicas en la historia, no se repiten. Cada quien es cada quien, y a fin de cuentas, cada uno sigue siendo nada ante Dios: sigue siendo objeto de un Amor irrepetible y teniendo una responsabilidad de la que tiene que responder. Cada uno de nosotros, en esta historia, ha sido llamado a cumplir un papel grande o pequeño, público o escondido, pero siempre importante a los ojos de nuestra Madre. Lo que cuenta es como lo ha cumplido o lo está cumpliendo.

En conclusión: antes de proseguir el relato, es importante notar como Dios da siempre la preferencia a la pequeñez. María exultó de gozo al proclamarlo: *“Mi alma glorifica al Señor..., porque ha mirado la humildad de su esclava, grandes cosas ha hecho en mí el Todopoderoso...”* (Lc 1, 46 ss.).

Por eso, la Providencia ha escogido una familia de “pequeños”, entre las más pequeñas familias de la parroquia, que es la más pequeña de una de las diócesis más pequeñas de Italia, que entonces tenía tan sólo 25 parroquias, estando muy cerca de Roma y dependiendo directamente de la Santa Sede.

La Providencia se ha servido de una pequeña estatuita de yeso de apenas 43 cm., incluida la base. Para poder verla bien hacía falta arrodillarse, humillarse, incluso postrarse. La primera que vio llorar a María fue una niña de cinco años... En otros sitios, en otras lagrimaciones de imágenes, el signo de las lágrimas ha sido mucho más abundante, mientras que aquí, para ser un hecho con resonancia mundial, ha sido verdaderamente escaso...

Estas observaciones nos dan inmediatamente, a mi parecer, un claro mensaje: una invitación a la pequeñez, a la sencillez, a la humildad. Todos nuestros males, todas las desgracias y todos los peligros del mundo derivan exactamente de la locura de la soberbia, de la adoración que el hombre se da a sí mismo... *“¡Madrecita, qué pequeña eres! ¡Pero qué grande eres!”*.

PEQUEÑOS SIGNOS PRECURSORES

Hacia mediados de octubre, la mujer de Fabio me avisó que en el campo de su propiedad, detrás de su casa, después que un pastor había sembrado la hierba para las ovejas, había aparecido por sí sola *una gran cruz de florecillas blancas, perfumadas*. Su longitud era de unos cincuenta metros y su anchura tal vez de veinte. Es curioso que pasaba debajo de dos torres metálicas de alta tensión. Nadie la había sembrado. Unos meses más tarde, todavía se veía nítida la línea que había quedado en medio del terreno verde. Pero no le dimos importancia. La vieron muchas personas. En diciembre, mientras Fabio salía un día de su casa, encontró en el prado, a los pies de la *Madonnina*, una paloma blanca; se ve que estaba comiendo alguna cosa. Después iba a acurrucarse sobre el tejado de la casa. Así duró cuatro días. No se supo de dónde había venido ni a dónde se fue; en los alrededores no hay palomares.

No es raro que el Señor instruya a veces a sus hijos o les avise de algo misteriosamente mediante sueños. Para ciertos sueños particularmente significativos vale lo que dice la Palabra de Dios respecto a los profetas: *“¿Cómo podremos reconocer la palabra que el Señor no ha dicho? Cuando el profeta hable en nombre del Señor y lo que diga no se cumpla ni se realice, esa palabra no la ha dicho el Señor; la ha dicho el profeta por presunción: no tienes que tenerle miedo”* (Dt 18, 21-22).

Antes que la Santísima Virgen llorase, hubo algún sueño que, a mi parecer, excedía lo estrictamente privado y subjetivo. Y ya que entonces lo supieron tantas personas, me permito añadirlo entre los signos que hicieron de prólogo al signo.

A mediados de enero, Anna María soñó que la Santísima Virgen tenía al Niño Jesús en brazos y se lo mostraba; en aquel momento, aunque el sueño era tan bello, no le dió importancia. Pero días más tarde vino a la iglesia, a contarme inquieta otro sueño “muy vivo” que había tenido: soñó que estaba en la iglesia, donde había un cuadro de Nuestro Señor, que poco a poco se iba animando. Jesús salió del cuadro y la tomó del brazo. Anna María gritaba, llamando al párroco con alegría, y decía: “¡Padre Pablo, Jesús! ¡Ha venido Jesús!”... Y en su sueño yo le habría contestado: “No, Anna María, aún no, no ha llegado el momento”. Entonces llegó su marido Fabio, con un niño en brazos, y el Señor le dijo a él: “**A ELLA me la llevaré; y tú no llorarás por mi Misericordia, sino por su muerte EL DIA DE LA CANDELARIA**”.

Este fue el sueño, que quedó grabado en su memoria. En aquel momento lo interpretó en el sentido que ella iba a morir el día de la Candelaria, el 2 de febrero, y decía: “*Está bien, Señor, como Tú quieras, pero ten piedad; ya ves que tengo estas dos criaturas...*” Pensaba que las palabras “**A ELLA me la llevaré**” se referían a ella misma y que tenía que morir ese día. Cuando me lo contó, para tranquilizarla le dije: “*No te preocupes; volveremos a hablar de esto el día cinco...*”

Solamente después comprendimos que las palabras “**A ELLA**” se referían a la Santísima Virgen, a la imagen de la *Madonnina*, como de hecho sucedió el 6 de febrero, con gran dolor y lágrimas de Fabio, al tener que desprenderse de ella para llevármela a la iglesia. El sueño indicaba claramente *el día de la Candelaria* como el día *de su muerte*. ¿De quién? **¡De María!** En efecto, ese día de la Presentación de Jesús comenzó a morir María, con aquellas palabras de Simeón que le traspasaron el Corazón.

Otras personas tuvieron al parecer otros signos, pero precisamente porque los considero tan sólo cosas privadas no creo que sea oportuno hablar de ellos.

Únicamente añadido un hecho de orden inverso y verdaderamente miserable. Fue una invitación impresa de una fiesta en una discoteca de Tarquinia (a pocos kilómetros de San Agustín), del tamaño de una estampita: era de color negro, indicaba la fecha en que iba a celebrarse (el 2 de febrero), lo que significa que había sido hecha y distribuida antes. Por detrás, con letras blancas, se daban todas las indicaciones de la fiesta, mientras que en la parte anterior se veía una imagen religiosa, de la Virgen Dolorosa, como se ve las imágenes barrocas, con la corona en la cabeza, el corazón traspasado y una cara con lágrimas..., ¡la cara de un travestido, sacrílega burla de la Santísima Virgen Dolorosa! Título de la fiesta, “*Heaven above*”. Creo que era algo más que una coincidencia.

Sin embargo, entre todos los signos que precedieron al signo, considero que el más claro e importante fue la consagración al Corazón Inmaculado de María, que hizo la parroquia el 27 de noviembre de 1994, primer domingo de Adviento.

CUANDO DIOS NOS TOMA EN SERIO

Una vez mi Obispo me dijo: “*Dondequiera que vayas, lo que te recomiendo es que hables siempre de Ella*”. Contesté: “*Quédese tranquilo, Excelencia; es lo que siempre he hecho*”.

Siempre he tratado de irradiar, inevitablemente, una seria y profunda devoción a María, sobre la base teológica más sólida. Lo he hecho en mi parroquia y en todas partes. Y puedo decir que ha sido la cosa más natural, más bella, más fácil, más espontánea.

Es una constatación: “*Donde pasa María, queda hecha la Vía*”. Ella no es algo secundario en el Proyecto de Dios, no es «*optional*» en la vida del cristiano. Recuerdo siempre las palabras de un amigo: “*Todo puede pretender ser el demonio: el teólogo más grande en absoluto, un ángel de luz... ¡incluso Dios! Todo, ¡EXCEPTO SER DEVOTO DE MARÍA!*”. Y estas otras: “*Cuando les hable de Dios uno de esos papagayos, y les sepa hablar incluso demasiado bien, pero se le olvide hablar de María..., pónganse a distancia*”.

Por esa razón tenía el deseo de hacer algo de “decisivo” para la parroquia: un solemne y público compromiso, **un pacto con María, una consagración a su Corazón Inmaculado**. Así

pues, había establecido hacer esta consagración de las familias y de toda la parroquia a la Stma. Virgen, tras una cierta preparación, el primer domingo de Adviento, el 27 de noviembre de 1994. Era el primer día del nuevo año litúrgico y providencialmente coincidía con la fiesta de la Medalla Milagrosa.

Ya he dicho que al principio, cuando llegué a la parroquia, había “sembrado” por acá y por allá medallitas de la Virgen, “para que Ella tomara posesión”. Siempre he sido devoto de este sacramental, después de que cuando tenía siete años, estando a punto de morir en un hospital (pues los médicos habían dicho a mis padres que “se tenían que resignar, que no había nada que hacer”, porque no tenía glóbulos rojos), mi madre hizo un acuerdo suyo personal con la Santísima Virgen “Milagrosa”, de la que ella fue siempre muy devota..., y aquí estoy todavía.

Aquel domingo, después de renovar las promesas bautismales, en el momento de la Comunión, bendije y entregué a todos los presentes la Medalla Milagrosa. A continuación todos juntos leímos una oración de consagración a la Virgen, que había compuesto para eso. Después cada uno la firmó, entregándomela. Recogí más de cien firmas (tal vez eran ciento treinta), como expresión de ese solemne compromiso de vida, y las puse con Nuestro Señor en el Sagrario, “para que El garantizase la seriedad del compromiso y lo sostuviese”.

Los hechos extraordinarios ocurridos 67 días más tarde, me confirman que el Señor nos tomó en serio...

NADA SUCEDE DE CASUALIDAD

Repito de nuevo que no es mi intención dar lecciones a nadie; sin embargo, al ofrecer mi testimonio tengo derecho a mis reflexiones. Por lo tanto, lejos de mí pretender que los demás me tengan que dar razón; no tendría importancia. Pero tengo que decir con San Pablo: “*He creído y por eso he hablado*” (2ª Cor 4,13).

¿Cómo puedo no pensar en **una relación de causa-efecto entre la consagración de la Parroquia y las lágrimas de la Santísima Virgen?**... Pero parroquias consagradas a María hay tantas; ¿y entonces?

¿Cómo puedo no notar **otra relación**, entre el misterio de las lágrimas de nuestra Madre y el hecho de que la parroquia escogida por el Cielo sea precisamente la que celebra la gran lección que el Celestial Niñito le dio a San Agustín y que, a distancia de siglos, parece destinada precisamente a nosotros?

¿Cómo puedo ignorar que en esta parroquia, precisamente, algunos años antes había sido anunciada por mis antiguos compañeros **la Divina Voluntad como vida**, aunque en algunos aspectos lo haya sido de forma por lo menos discutible? ¿Cómo puedo no ver que Dios nos ha dado este signo precisamente donde había sido puesto yo como párroco, teniendo ese tesoro de doctrina, “mi preciosa Herencia”? Y que quiso dar el signo de sus lágrimas en manos del Obispo, en la misma casa en que pocos años antes yo había vivido en comunidad, mediando los escritos sobre la Divina Voluntad, de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta –que considero como una segunda madre después de la Virgen–, y copiándolos a lo largo de tantas noches en aquellos años?

Para no juzgar mi pensamiento como algo puramente subjetivo, haría falta conocer suficientemente la espiritualidad de una nueva constelación de místicos, que el Espíritu Santo ha suscitado en el último siglo para anunciar la llegada del Rey de reyes y el surgir del Sol del **Querer Divino** sobre la tierra; en especial la doctrina espiritual de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”, en la cual la Providencia ha querido que durante muchos años tuviese que ejercitarme. Veo, en conciencia, que esta coincidencia de cosas me revelan **un misterioso designio de Dios**, del cual no me es lícito dudar, sin que sea objeción el hecho de que la Iglesia aún no se haya pronunciado sobre dicha doctrina, teniendo todavía alguna reserva que superar.

Desde luego, las lágrimas de María y la vida y doctrina de algún alma extraordinaria son dos cosas claramente diferentes. De eso no hay duda. **No hay que mezclar ambas cosas. Pero el hecho de que ambas cosas –por un misterioso designio de la Providencia– hayan coincidido en el lugar, en el tiempo y en mi pobre persona me hace pensar que, tal vez, había un motivo.**

Un motivo de dolor del Cielo, por un anuncio dado no correctamente, por un proyecto fallado... Pero veo otro motivo: que la Santísima Virgen **en persona** haya querido llamarnos la atención hacia la adorable Voluntad de Dios, fundamento y esencia de su vida, de su misión de Madre de Dios y de sus mismas lágrimas. **No hay duda de que María no quiere llamarnos la atención hacia Ella, sino hacia su Hijo, hacia Dios, hacia el Querer del Padre.**

Las múltiples obras que el Espíritu Santo realiza en la Iglesia no son cosas que terminan en sí mismas, sino que forman un único “mosaico”, para alcanzar una sola meta. La comunión de los Santos significa que en la Santa Iglesia se hace **juego de equipo**: los hijos deben cumplir en sus diferentes tareas los deseos de la Madre, para que el Hijo sea glorificado y se realice el Proyecto o Querer del Padre.

Por eso, ninguno de nosotros –por más que hayamos sido involucrados– y ningún alma hermosa, por más que sea santa o instrumento fiel en las manos de Dios, puede permitirse hacer **su propio juego**, un juego que no se haga **bajo la guía de María**. “El equipo” es la Iglesia y se juega en la Iglesia y para la Iglesia: para el triunfo del Reino del Padre. Ninguno de nosotros –y pienso en mí ante todo, por más esté comprometido en este signo– puede ser el protagonista, puede estar en el centro de este hecho. “Todos somos útiles, se dice, pero ninguno es necesario”. Ningún alma hermosa, por más que sea santa, puede ocupar el centro de la escena. En la Iglesia sin duda será como una ventana que el Sol Divino ha encontrado abierta, para hacer entrar esa determinada Luz, pero ella no es el Sol.

El mismo Jesús empezó su Vida consagrandose en cierto modo a María, entregandose por entero a Ella, para que Ella lo plasmará, lo formara, le diera cumplimiento. Y su Vida culminó consagrandose al Padre, a su Voluntad: *“Por ellos me consagro a Mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la Verdad”* (Jn 17, 19). Es por tanto lógico –así suelo hacer en los diferentes retiros que he dado– empezar con la consagración a María, para terminar, en el momento oportuno, haciendo la consagración a la Voluntad del Padre.

Nuestra consagración a María, el 27 de Noviembre, nos llevó, tras una gestación de poco más de nueve semanas, a la Presentación de Jesús en el Templo, el 2 de febrero. Ese día, *“entrando en el mundo, Cristo dice: Héme aquí que vengo para hacer, oh Padre, tu Voluntad”* (Hb 10,5-7).

¿QUÉ PASÓ EL 2 DE FEBRERO DE 1995?

Aquel Jueves era la fiesta de la Candelaria, o sea, la Presentación de Jesús en el Templo. Para esa ocasión les había pedido a todos los parroquianos un testimonio público de su Fe en Cristo, Luz del mundo, encendiendo las velas bendecidas o en general lámparas de aceite o de cera en cada ventana de sus casas. Teníamos que encenderlas todas a las ocho de la noche.

Yo no las encendí. No estaba en casa, porque en la tarde había ocurrido el hecho extraordinario. Voy a contar lo que he vivido.

Los días se iban haciendo cada vez más largos y, por eso, teniendo que empezar mis visitas de cada año a las familias para bendecir las casas, algún día antes avisé del nuevo horario de la Misa, que se retrasaba media hora, a las cuatro y media de la tarde.

Llego a las cuatro y encuentro un pequeño grupo de fieles a la puerta de la iglesia; entre ellos estaba la familia Gregori por entero. Voy a la sacristía mientras la gente empieza a decir el Rosario. Me asomo a la iglesia y veo que no estaba Fabio con los niños. A las cuatro y media, en el momento en que empezaba la Misa, lo veo entrar en la iglesia con los pequeños y

visiblemente agitado veo que habla en voz baja con su mujer. Al terminar la Misa, Fabio Gregori entra en la sacristía, muy nervioso y lleno de conmoción, y me dice:

–“Padre Pablo, me tengo que confesar, porque yo he hecho un pecado, un sacrilegio”.

–“???”.

–“He tocado la sangre de la Virgen, me he manchado el dedo”.

–“¿Pero qué sangre y qué Virgen?”.

–“¡La que está en el jardín de mi casa, que tú nos has traído, **está llorando sangre y yo la he tocado!**”.

–“¡Cálmate, por favor! Vuelve a casa; vamos a rezar y a pedir un poco de luz al Señor para entender, no vaya a ser alguna broma de mal gusto... Déjame que cierre la iglesia y voy enseguida a tu casa”.

Su conmoción se debía, además del impacto que puede producir en el ánimo la inesperada visión de una cosa así (pues nadie está preparado para hacer frente a estas cosas), también el temor de que pudiera tener el significado de alguna desgracia o tragedia que nos amenazara, y el temor de haber cometido algún pecado al haber tocado “la sangre” que corría por la mejilla de la imagen. Eso es lo que él me dijo.

Un cuarto de hora más tarde llegué a la casa. Acercandome a la “*Madonnina*” en el jardín, enseguida vi dos regueros muy delgados de color rojo oscuro, que comenzando en los ojos corrían por la carita, uno hasta el borde del vestido, bajo el cuello, y el otro (el del ojo izquierdo) aún más abajo, hasta la mano apoyada sobre el corazón. Al comienzo, al brotar de los ojos, se veían bastantes acuosos, aunque muy bien dibujados, pues los bordes de aquello que parecía sangre se veían como dos líneas muy nítidas, del grueso de un cabello, paralelas. A medida que iban descendiendo, siguiendo las facciones naturales de la cara, se iban haciendo dos minúsculos regueros de color rojo oscuro, que de vez en cuando formaban el pequeño engrosamiento de una gota. Todo ello en proporción al tamaño de la estatuita, por lo tanto una verdadera miniatura, de un espesor de un milímetro o poco más. Había alguna manchita de “sangre” en el hueco de los ojos, pero lo más sorprendente era que mirando la imagen desde abajo hacia arriba (y para eso hacía falta **humillarse**, ponerse casi con la cara en el suelo), se veían los párpados superiores, por dentro, como llenos de esa “sangre”, como si de ahí brotara.

Bien se veía que aquello no era tinta, ni pintura, ni salsa de tomate; su aspecto era el que todos conocemos de la sangre recién coagulada, y en la parte alta se veía incluso como “diluida” en lágrima. Lo que yo he visto entonces y los días siguientes no se movía, estaba quieto. Y, naturalmente, no podía yo saber que clase de sangre era esa.

Empleo mucho más tiempo en narrar mis pensamientos que en verlos desfilar por mi mente. El reguero inicial, sobre la mejilla izquierda, se veía notablemente desviado, contra la ley de la gravedad: no había bajado verticalmente. En una persona viva, esa señal habría significado que la lagrimación de la mejilla derecha y la de la izquierda, además de haber ocurrido en momentos diferentes, habrían sido con la cabeza movida, o sea, en posturas diferentes. Eso me hizo pensar que, si hubiera sido obra de la niña, por ejemplo, o de un artista, habría podido transgredir distraidamente la ley de la gravedad en favor del arte; mientras que, si lo hubiera hecho un falsario con un cuentagotas, habría sido imposible: lo primero, porque la estatuita estaba sólidamente fijada con cemento y no se podía poner inclinada para darle al líquido ese recorrido (en un principio oblicuo, hasta el oído, y luego, formando un ángulo de unos 90°, bajaba hasta el corazón); y además, en el caso que hubiera sido quitada (y a continuación puesta de nuevo con cemento y **con mucha prisa**), el recorrido de la “sangre” en una mejilla habría seguido, también en este caso, el mismo recorrido que sobre la otra... Esa **falta de lógica**, que un habilísimo falsario no habría cometido, me indujo a pensar que nadie había podido hacerlo.

En efecto, pensé: ¿Quién ha podido hacer esto? ¿La niña? Ya sabemos que a los niños les gusta a veces pintar en las paredes o donde sea. ¿Pero con qué? ¿Con un bolígrafo, con un rotulador, con un pincel? ¡Imposible! ¿Con qué lo han hecho? Ningún artista ha podido hacerlo,

tan perfectamente y en pocos minutos, en el breve intervalo de ausencia de la familia. No puede haber sido hecho con un cuentagotas, ni tampoco con una jeringa (que habría salpicado la cara de un modo horrible, además de que la sangre se coagula, y en una cantidad tan pequeña la coagulación supera en velocidad el mismo desplazamiento hacia abajo por la gravedad)... Y además, quien lo haya hecho, ¿qué es lo que habría querido obtener?

Tal vez en un minuto pensé un poco todas esas cosas. Y mientras me lo preguntaba y con igual velocidad iba descartando las posibles soluciones nor-males que se me ocurrían, notaba que dentro de mí estaba naciendo, en el fondo, una sospecha que no me atrevía a sospechar: la de encontrarme ante *una “broma” del Cielo*, de esas que se que el Señor hace de vez en cuando, en medio a tantas “bromas” malvadas de los hombres o del enemigo para confundirnos las ideas. Recordaba que recientemente han habido lagrimaciones de sangre en imágenes de la Santísima Virgen, aprobadas por los respectivos Obispos, en Najua y Akita. Y esa sensación, junto con una cierta turbación, se iba apoderando rápidamente en mí y dando forma a un pensamiento: *“Pero Señor, ¿no será que...? ¿Pero no me dirás que es en serio? ¿Pero tenía que ser a mí...!”*

Pido disculpas por tanto hablar de mí, pero ha sido necesario para que mi testimonio sea completo. Los hechos habían ocurrido así:

A las cuatro de la tarde, la familia Gregori salió de casa para ir a la iglesia. Al llegar ellos, llegué yo también de visitar dos familias. Empieza el Rosario y el pequeño David empieza a hacer ruido. Su padre se convence que es mejor llevar los niños a casa para darles la merienda. Hacia las cuatro y diez están de nuevo en casa; la *“Madonnina”* no tenía nada en la cara. Diez minutos más tarde salen otra vez. Y aquí dejo que el mismo Fabio cuente aquel momento inolvidable:

“Les dí la merienda a los niños, después de lo cual, hacia las cuatro y veinte, tomé en brazos a David, de dos años, y a Jéssica, que estaba a mi lado, para ir a la iglesia a Misa. Al pasar por delante de la *Madonnina* me hice la señal de la cruz y **en la cara no tenía nada**. Mi hija, mientras yo había llegado junto al coche, volvió atrás, donde estaba la *Madonnina*, y dijo: *–«Papá, la Madonnina llora»*. Yo seguí andando hasta el coche y le contesté: *–«Muévete, ven, que llegamos tarde a Misa; la Madonnina es una estatua, no puede llorar»*. Coloqué al niño dentro del coche, en su asiento, pero Jéssica seguía diciendo: *–«Papá, papá, la Madonnina llora sangre»*. Entonces sentí miedo, porque al lado de la *Madonnina* hay un hierro sobre el cual se han formado dos rosas y pensé si se habría hecho daño; pero al acercarme vi **correr la** gota de la izquierda a la altura aproximada del cuello. Con el dedo de la mano derecha toqué ese líquido y me manché. Sentí un gran escalofrío en el cuerpo, tomé de la mano a mi hija y asustado me fui corriendo a la iglesia a avisar al Padre Pablo. Cuando llegué, la Misa ya había empezado y enseguida se lo dije a mi mujer. Apenas terminó la Misa avisé al Padre Pablo, el cual fue enseguida a verla. Me confesé, porque tocando la sangre pensaba que había hecho un pecado”.

Dije a la familia que no dijeran nada, que no perdieran de vista la imagen, que rezaran y que no alterasen más de lo necesario la vida normal de la familia.

Cuando volví a casa, llamé por teléfono a un amigo por una lógica necesidad de compartir con alguien, lo suficientemente capaz de acoger y valorar un hecho como éste. Era el coronel Fabio Rubulotta, que había ido conmigo a Medjugorje en un par de ocasiones y se había procurado una buena cultura en tema de apariciones marianas y otros fenómenos sobrenaturales. Pensaba yo: cuatro ojos ven más que dos, y además me hace falta algún consejo...

Ahora le hago hablar aquí, tomando algunos párrafos de un artículo suyo que publicó en una revista (*“Il Segno del Soprannaturale”*, de junio de 1995):

“La tarde del 2 de febrero de 1995 me llamó por teléfono el Padre Pablo Martín, el párroco de San Agustín, parroquia de las afueras de Civitavecchia, para decirme con un hilo

de voz y mal celada emoción, que allí, a las cuatro y veinte, el rostro de una estatuita de la Virgen de Medjugorje había sido hallado cubierto de lágrimas, al parecer de sangre.

Cuando un cuarto de hora más tarde se presentó en mi casa, nunca lo había visto tan blanco, como una sábana. Venía a llevarme urgentemente consigo, para tener el consuelo de otro par de ojos de su confianza, que lo ayudasen a discernir mejor (...).

A las seis y veinte llegamos al n. 10 de la via Fontanatetta, al jardín de Fabio Gregori, delante de una pequeña estatua blanca (...). Todavía hoy no me explico cómo pude mantenerme impasible. Me parecía demasiado bello ver que de repente se había realizado una Gracia que yo había estado pidiendo desde hacía años con tanta insistencia a nuestra Madre del Cielo, únicamente por el deseo de sacudir el corazón de muchos hermanos (...). Ante mis ojos estaba la primera de las catorce lagrimaciones, la que todavía no había sido revuelta por las sucesivas efusiones de sangre, de una delicadeza y una perfección indecibles. Estaban presentes el Padre Pablo, Fabio y su hija Jéssica, su hermano Giovanni con su mujer Celestina, y poco después Anna María (la mujer de Fabio), Enrico (el hermano mayor) y sus parientes Césare y Giulia (...).

Entonces me tumbé boca arriba para observar la exacta procedencia del líquido y así me di cuenta de que sólo desde esa posición se podían ver los ojos perfectamente colmados de sangre, sin la mínima alteración del color.

No pude dominarme, repitiendo una y otra vez y en voz alta mis felicitaciones a ese pincel milagroso que excluía todo posible fraude o engaño, y me puse a hacerle a cada uno por separado un verdadero y auténtico interrogatorio. Ya había escuchado al Padre Pablo, que había sido el primero en acudir; me hice contar lo sucedido por Fabio, después por Jéssica y por último Anna María. Todas las versiones coincidían entre sí. La pequeña Jéssica había sido la primera que había visto, diciendo: «*iPapá, la Madonnina llora!*»

Instintivamente su padre, asustado, había tocado el líquido con el dedo, y todos hemos creído en su testimonio, porque hemos visto la señal que dejó en la estatuita (...).

En un determinado momento el Padre Pablo, para comprobar la autenticidad del hecho, hizo la propuesta de limpiar el rostro con un pañuelo, en espera y en la hipótesis de tal vez nuevas lagrimaciones. Y mientras Giovanni se oponía, yo sugerí que hiciesen, por deber de testimonio, alguna foto por lo menos, lo cual hizo Enrico poco después.

Al terminar, en el momento de despedirnos, por casualidad Fabio volvió a decir que había tocado la sangre... **mientras “veía”** descender la lágrima por la mejilla izquierda. Sólo entonces nos dimos cuenta, todos, que Fabio, además de la niña, había sido testigo ocular de la segunda lagrimación ⁹. Entonces para mí fue fácil convencer al Padre Pablo que ya no era necesario limpiar la cara de la *Madonnina*, a cuyos pies exhortaba a arrodillarnos enseguida para rezar el Santo Rosario, en acción de gracias por el signo milagroso y a la vez en reparación por el llanto divino...”

Desde el principio dije a los presentes (eran ocho personas de la familia) que, independientemente de cualquier explicación del hecho –admitiendo y a la vez no concediendo que hubiera sido por obra de algún burlón, difícil hipótesis en este caso, o que fuera por el contrario un signo de parte de Dios–, **lo importante para nosotros era saber comprender “el mensaje”, el significado, mas allá del signo.** Mensaje muy elocuente, sin palabras, que cada uno puede leer en su propia conciencia, ya que “no cae hoja que Dios no quiera”... Como puede verse, esta preocupación ha sido lo primero que ha brotado instintivamente en mí.

Añadí que, ante el estado de pecado del mundo en que vivimos, está pasando lo que Nuestro Señor dijo: “*Si estos callan, gritarán las piedras*” (Lc 19, 40), y las piedras, las estatuas, están gritando.

⁹ - Se trata siempre de la “primera” lagrimación, a las 16,20 del 2 de febrero. “La primera” lágrima, en la mejilla derecha de la imagen fue vista por la niña; pocos instantes después brotó “la segunda” lágrima sobre la mejilla izquierda, y fue la que Fabio vio descender.

Por último dije que ese hecho podía interpretarse por el momento como algo privado concedido a una familia, que tiene derecho a ser dejada en paz, y que por lo tanto hacía falta tanta discreción por parte de quienes habían visto. En una palabra, que si era un signo de Dios y El quería hacerse propaganda, *“tiene el derecho y el poder de hacersela, pero nosotros –dije– creo que no debemos hacerla”*, además porque muchas veces se subraya lo que es secundario y no se hace caso de las cosas más importantes.

Dije ésto en previsión de personas curiosas o chismosas, o peor aún, personas sospechosas (que tienen que ver con magos, espiritistas o curanderos). Y, en efecto, ya al tercer día hubo quien me dijo haber reconocido alguna de esas personas, merodeando junto con quienes se habían reunido espontáneamente para rezar el Rosario. Ya sé que es algo inevitable en estos casos, porque cuando se enciende una luz acuden tantos mosquitos, pero exhorté la familia a que tuviesen bien abiertos los ojos, tanto respecto a alguna de esas personas, como respecto a los exaltados que antes o después se harían notar.

EL SIGNO SE REPITE PARA QUE EL MUNDO CREA

El 3 de febrero, viernes, fui varias veces a casa de los Gregori, para saber si había novedades. Nada, aparte de la presencia de alguien venido de Civitavecchia. Y en vista de que lo ocurrido no era un secreto y empezaba a ser conocido, me sentí en el deber de avisar durante la Santa Misa: *“En nuestra pequeña parroquia ha pasado algo extraordinario: una imagen de la Santísima Virgen, al parecer, ha llorado lágrimas de sangre. No dejemos caer en vano este mensaje”*.

Teníamos programada la fiesta de “carnaval” para los niños el domingo, por lo que teníamos que preparar el salón parroquial. Por lo cual, al terminar la Misa vinieron a ayudarme los habituales colaboradores, Fabio y Césare. Cuando acabamos, a las siete menos cuarto fui de nuevo con Fabio a su casa. El bajó del coche y fue a por un poco de leña para la chimenea, mientras yo me detenía, según mi costumbre, delante de la *Madonnina* para decirle un Ave María y mirarla: todo seguía igual que el día anterior. Conservaba nítida la sangre de la primera lagrimación, que con pocos segundos de diferencia, no había sido simultánea en las dos mejillas (lo cual hizo escribir a Fabio Rubulotta –como hemos visto– que la lágrima que Fabio Gregori había tocado mientras corría era “la segunda lagrimación”, cuando en realidad era siempre la misma, o sea, la primera).

Entro en casa y encuentro en la cocina seis o siete personas. Dos o tres minutos después, el dueño de casa, dejando caer la leña al suelo, se asoma trastornado, llamandonos enseguida a su mujer y a mí: *–¡Venid, venid, la Madonnina está llorando otra vez!”*

Nos precipitamos afuera y veo que, en el espacio de esos dos o tres minutos al máximo, en la mejilla derecha se había formado una mancha de sangre, como un hematoma. Parecía como si en el borde inferior esa sangre estuviera engrosándose por efecto de la gravedad, como si se acumulara para formar alguna gotita; todo lo cual, como es lógico, era una miniatura. El color de la sangre que ya estaba coagulado se había vuelto rojo vivo.

Pedí una linterna, aunque la hornacina de la *Madonnina* estaba suficientemente iluminada y a esa hora aún había un poco de luz. Todos los presentes se habían amontonado detrás de mí y alrededor. Pasado tal vez medio minuto, no consiguiendo ver mejor de lo que ya veía, me levanté, para que los demás pudieran acercarse, llenos de estupor. *“Las lágrimas –dice Fabio Gregori– estaban apenas debajo de los ojos e iban bajando poco a poco”*.

Eso lo vieron también los demás presentes; **yo sin embargo, no vi el movimiento de las lágrimas, sino tan sólo pude constatar el cambio ocurrido.**

Posteriormente he sabido que por tal motivo no se me incluyó en la lista de los testigos oficiales de las lagrimaciones, que abarca unas cincuenta personas, con un testigo excepcional de la última lagrimación: el Obispo en persona.

Sólo después de todos estos años se me ha hecho notar que esta afirmación mía (que no he visto *el movimiento* de las lágrimas, aunque estaba presente) contradice mi primera relación que escribí aquella misma noche (en la que está escrito: “*empezaba a descender alguna gotita*”), y también el testimonio que dí al día siguiente ante el inspector de policía. Lamentablemente, en tales momentos de agitación empleé un término ambiguo o más bien impropio, *descender*, que de por sí indica *movimiento*, y por tanto quien leyó ambos documentos entendió que yo *había visto* el movimiento, induciendolo así a error. Quería ser preciso al máximo al describir cada detalle, o sea, que la novedad que veía después de 2 o 3 minutos era el haberse reavivado el color de la sangre de la anterior lagrimación y haberse formado en la mejilla como un hematoma, cuyo borde inferior parecía engrosarse de sangre; es por eso que dije impropriamente la palabra “*descender*”. Si alguien entonces me hubiese preguntado cómo podía explicar la contradicción entre estos dos o tre documentos y si había visto “*moverse*” las lágrimas, habría dicho que no, aunque insistiendo en lo que sí había visto, lo que aparecía de nuevo a la vista.

De rodillas delante a la grutita dijimos entonces el Rosario, medítandolo. A mitad del Rosario llegó Enrico, quien al saber lo sucedido se fue a por la máquina fotográfica para hacer otras fotografías, como había hecho ya la tarde anterior. Poco más tarde llegó otro amigo, Aldo Murgia, con su mujer, con intención de hablar con Fabio de la fiesta del domingo. Al verme, dijo: –“*Quíteme una curiosidad: ¿es verdad que aquí, en San Agustín, hay una Virgen que llora sangre?*”. Respuesta: –“*Sí, aquí está*”.

Después de una hora aproximadamente me retiré, con intención de escribir un informe de lo ocurrido al Obispo, porque era conveniente que la noticia le llegase por el párroco y no por otros. Pero antes de irme aconsejé una vez más que no tocasen nada, que protegieran a la *Madonnina* con un cristal o con un plástico o plexiglas, y que no la perdieran de vista, acompañándola en oración.

Apenas llegué a casa sonó el teléfono: en presencia de nuevos testigos, la *Madonnina* había llorado por tercera vez, en el momento en que Aldo Murgia estaba colocando un vidrio, que poco antes había ido a buscar a su casa, para proteger la imagen. Eran las ocho y cuarto de la noche. Me dijeron que habían pasado en vela toda la noche, en el jardín, rezando. Esa fue la primera noche.

Por mi parte me apresuré a escribir una narración, que fue la primera, informando de todo al Obispo. Al día siguiente, sábado, teniendo yo que ir a Roma, pasé primero por casa del Obispo, pero nadie me abrió la puerta, Por lo tanto a mi regreso, alrededor de la una de la tarde, la entregué a una de las monjas de la casa del Obispo. Alguna hora después me llamó por teléfono Monseñor Grillo, diciendome que “*no diera importancia a esas cosas*”. Posteriormente me dijo que, apenas le había dado un vistazo, la había tirado a la papelera.

Ese día, sábado, desde la mañana, hubo un creciente ir y venir de curiosos en el jardín de los Gregori, que todavía no había sido recintado. Estuve por la tarde, a la hora de comer, y todavía más tarde, y me tocó responder más bien “mosqueado” a un periodista, que por teléfono me quería convencer de su tesis: que los Gregori habrían metido alguna jeringuilla o mecanismo oculto dentro de la imagen para hacerla llorar... Se me encendió la sangre y le contesté que “*las jeringuillas las tenía él en la cabeza*”. No todos los periodistas, desde luego, se han comportado como maleducados, pero en los primeros días, sobre todo, me hicieron tener abundantes descargas de adrenalina.

Era el periodo del “carnaval” y mi mayor deseo, en aquellos momentos, habría sido de disfrazarme... de hombre invisible. Por mucho tiempo me ha quedado la sensación desagradable de sentirme delante de las videocámaras como si me estuviesen apuntando con una ametralladora. En el **Viacrucis** de Nuestro Señor hubo de todo: gritos, insultos, empujones, latigazos, caídas, moscas, polvo, jadeo, sed, cruz... Sólo faltaron los periodistas. Que me perdonen los buenos.

Así que me fui a la iglesia y ya no volví a casa de los Gregori, porque en realidad no sabía qué hacer y, al ver que cada vez había más gente, no quería que mi presencia en aquel lugar pudiera ser tal vez instrumentalizada.

Aquella tarde lloró otras dos veces, en presencia de nuevos testigos oculares, cada vez más numerosos: la cuarta fue a las siete y la quinta ocurrió media hora después. La carretera estaba atascada de vehículos. Llegaron dos patrullas de la policía y, poco después, también los “*carabinieri*” y los guardias municipales.

Entre los curiosos y los visitantes, una mujer furiosa intentó con violencia quitar la sangre de la estatua y romperla; lograron impedirselo, y fue por ese motivo que Fabio llamó a las fuerzas del orden para que intervinieran en su casa. De ese modo algunos agentes y el mismo comandante de los guardias municipales, el señor Giancarlo Mori, fueron testigos de esas lagrimaciones.

La segunda noche estuvieron velando muchas personas, estando presentes también las fuerzas del orden. Los parientes y amigos se habían organizado haciendo turnos para *velar* y *orar*, a pesar del intenso frío de la noche.

De los diferentes testimonios resulta que hubo nuevas lagrimaciones en la noche del sábado y la madrugada del domingo: hacia las nueve de la noche y las once, a la una y cuarto de la mañana y a las cuatro y media. El domingo por la mañana, la intensa afluencia de la noche anterior aumentó aún más. Los periódicos dieron la noticia. El canal de televisión “Italia Uno” dijo que había 20.000 personas. A las ocho y media de la mañana lloró de nuevo y a las nueve y media se repitió otra vez el fenómeno, esta vez en presencia de algunos periodistas. Fueron colocadas barreras. El Obispo me llamó para decirme que tomara contacto con algún médico de mi confianza, que viera si el líquido era sangre o alguna otra cosa. Sobre las diez hablé con el Dr. Umberto Natalini, que conozco y estimo como un hombre sinceramente religioso; él, a su vez, tomó contacto con un médico hematólogo del “Centro de Diagnóstico Europa”, el Dr. Graziano Marsili. Llegaron al acabar la Misa principal (poco antes de las doce), y les hice acompañar a casa de los Gregori. En presencia de la policía quitaron una parte de la lágrima coagulada sobre el pecho (la más larga) y allí mismo efectuaron el primer análisis. El resultado fue: “*Líquido biológico*”. –“¿Qué quiere decir?” –“*En otras palabras, sangre*”.

Durante estas operaciones, los funcionarios de policía redactaron un verbal.

El gentío era enorme; las carreteras estaban saturadas; se habló de hacer intervenir al ejército. Llegaron otros periodistas y operadores de televisión. Por la tarde todos los noticieros televisivos dieron la noticia...

Yo había dicho: “Si ésto es de Dios y El quiere hacerse propaganda, El se la hará”. ¡En qué hora lo habré dicho! Ya ese día me llamaron por teléfono desde Canadá y Argentina, queriendo saber noticias. Otros casos ocurridos por entonces han quedado en silencio o en la oscuridad reprimidos, o bien se han apagado por sí solos; aquí, no.

Por la tarde hubieron ya contactos entre el Dr. Aldo Vignati, jefe responsable de la comisaría, y el Obispo, Monseñor Grillo. El Comisario deseaba conocer el parecer y las intenciones del Obispo, el cual respondió con gran seguridad: –“*No se preocupe, se acabará todo en un par de días*”... ¡Que Dios nos conserve la vista! Es importante **saber leer los signos de los tiempos**, para no cometer el error del campesino que –se cuenta– la víspera del Diluvio, mirando las nubes cargadas de lluvia y de relámpagos, dijo sonriendo: “¡Parece que este año tendremos una buena cosecha!”.

En la parroquia, a pesar de las novedades y del enorme gentío venido de fuera, por la tarde hicimos “la fiesta de carnaval de los niños” ya programada, casi como para “desdramatizar” la situación; lo mismo hicimos el domingo siguiente. En un primer momento había tratado de hacer conciliar, a la familia y a los parro-quianos, el acontecimiento nuevo con la vida “normal”, ¡pero qué sabía yo! Sólo después de un cierto tiempo empecé a comprender que el Proyecto de Dios nos sobrepasaba y desplazaba y el ritmo acostumbrado de la vida ya no habría sido posible. Para todos, eso iba a ser un gran esfuerzo, que exigía un cambio forzado y urgente de

mentalidad. Para mis parroquianos, con toda su buena voluntad, resultaba sin duda difícil. Su parroquia, centro de su vida religiosa y social, de repente era de todos, de todo el mundo; se encontraron con que allí, “ellos ya no eran nadie”, según su punto de vista (y no les quito la razón). Pero no se puede pretender que se detenga el mundo, para no incomodarnos.

Conocido el resultado del primer análisis –que se trataba de sangre–, Monseñor Grillo manifestó el deseo de conocer a los Gregori. Esa tarde hice saber a la familia que el Obispo los esperaba al día siguiente, a las diez.

Me dijeron que entre los visitantes habían estado las Autoridades civiles y entre ellas el Alcalde, que se había interesado para darle a la estatuita una colocación mejor y más protegida.

A eso de las nueve de la noche lloró una vez más. Esa noche se tuvo la tercera vigilia. Antes de retirarse, después de medianoche, Fabio tranquilizó a la gente, asegurando que la *Madonnina* no habría sido quitada del jardín; tal era su sincera intención, por más que la familia estuviera agotada por el cansancio.

La última lagrimación de la que tenemos noticia, en la pequeña gruta del jardín, tuvo lugar a las cinco menos diez de la madrugada del lunes, delante de nuevos testigos. No siempre las lagrimaciones dejaron señales evidentes o regueros nuevos; a veces se sobrepusieron a las anteriores, como fue notado en alguna de ellas. Y no siempre los relojes o la memoria de los testigos del sábado y del domingo coinciden exactamente, pero la reconstrucción de los hechos da el número de **trece lagrimaciones**. La decimocuarta y última tuvo lugar entre las manos del Obispo la mañana del 15 de marzo, **cuarenta días** después de la primera lagrimación.

En distintos momentos, los presentes notaron señales particulares: oleadas de aire tibio, a pesar del frío nocturno y el viento gélido de tramontana, oleadas misteriosas de intenso perfume de flores, etc. Se hizo tanta oración; jóvenes que se habían declarado no creyentes, sin embargo no eran capaces de irse, permaneciendo largas horas recogidos en oración; personas que hicieron las paces delante de la *Madonnina*; ¡hasta hubo testigos de Jehová, que se hicieron la señal de la Cruz!

A partir de entonces, como es lógico, la presencia de la gente en la iglesia aumentó mucho, no sólo los domingos, sino también los días laborales. Con mucha frecuencia se veían en la iglesia, a diferentes horas, personas y grupos en oración, procedentes de todas partes. También ya desde entonces las confesiones fueron aumentando cada vez más de número y de calibre.

LA VIRGEN QUIERE IR DONDE ESTÁ SU HIJO

El lunes 6 de febrero, a las cinco de la mañana, Fabio estaba durmiendo con el pequeño David en el cuartito de la niña, que se había quedado con su madre. Podemos imaginar el estado de estrés y de cansancio a que estaba sometida la familia, sobre todo los niños, desde hacía días. Fabio dormía con el niño, porque éste se había despertado poco antes, estrechándose mucho a su madre, como si tuviera miedo. Estaba, pues, durmiendo, cuando de repente fue despertado por una voz de hombre, voz que él oyó “con los oídos” y que venía de lo alto, a la vez que vio entrar una intensa luz blanca a través de la persiana. Se levantó bruscamente, se asomó a la alcoba y dijo a su mujer: –“*Toma a David, porque tengo que llevar la Madonnina a la iglesia!*”.

Esa voz misteriosa, que lo había despertado, había dicho: “**LLÉVALA A LA IGLESIA, QUIERE IR DONDE ESTÁ SU HIJO**”. Entonces me despertó a su vez por teléfono. Recuerdo que me dijo:

–“*Tengo que llevar a la Madonnina a la iglesia. ¡No puedo más! ¡Estoy temblando como una hoja!*”.

Le contesté: –“*No, a la iglesia no es posible, porque sería como si nosotros diéramos una sentencia oficial, que la Iglesia aún no ha dado. Sin duda el Obispo no estaría de acuerdo*”.

Y él: –“*Entonces la pongo en la plaza, en el jardín delante de la iglesia, porque es ahí donde quiere ir y aquí no puedo tenerla*”.

–“*¡Pero no, espera que se haga de día!*”

–“No, yo te la he de llevar; y si la Iglesia no quiere recibirla, entonces se quedará fuera”.

Ante esto le dije: –“Está bien, yo no puedo tenerla en la iglesia; la tendré conmigo, prepararé un cuarto y nadie sabrá dónde está”.

En ese momento senti la emoción que sintió David: “¿Cómo podrá venir a mí el Arca del Señor?” (2° Sam 6, 9). A las cinco y media llegó Fabio, con los ojos enrojecidos por el llanto, acompañado por dos policías emocionados, trayendome la *Madonnina*. “Y el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19, 27).

Yo no sabía nada de la voz; pensaba que sería una decisión de la familia, debida a la continua y creciente presión de la gente, por lo que no tenían más tiempo, ni de comer, ni de dormir, ni de ir a trabajar... Esa voz fue la verdadera razón del traslado de la *Madonnina*, del ámbito privado de una familia a la iglesia, para ser oficialmente de todos.

En aquel momento extraordinario, Fabio interpretó “la iglesia” como el edificio parroquial; más adelante comprendimos que aún más se refería a la Iglesia con mayúscula, a la Iglesia en cuanto autoridad y en cuanto destinataria del signo de María.

Al salir de casa, Fabio, que había visto aquella intensa luz blanca que entró a través de la persiana, encontró que afuera estaban apagadas todas las luces, excepto las dos pequeñas de la hornacina de la imagen. Aún había personas en oración, entre las cuales un ex-recluso, que había estado allí rezando toda la noche, junto con Zi' Pietro (tío de Fabio) y los dos agentes de policía que lo ayudaron a quitar la estatuita del cemento en que estaba colocada.

La *Madonnina* quiso estar en mi casa desde las cinco y media hasta las ocho de la mañana. Antes de que llegase, le preparé lo mejor posible un sitio en la habitación al lado de la mía. Recé con Ella, la observé largo tiempo. Cuando fue una hora conveniente llamé al Obispo para informarlo de lo ocurrido. Monseñor Grillo se había justamente enojado, habiendo sabido que algunos sacerdotes y monjas se habían presentado entre la gente, haciendo declaraciones inoportunas. Me dijo que iba a prohibir esa mañana que los sacerdotes fueran, que ya no quería recibir a la familia y que yo tenía que restituir inmediatamente la estatua o, mejor aún, que “la tirara” o que “me deshiciera de ella”.

Inmediatamente llamé a Fabio; vino con sus hermanos y les expliqué la situación. Concluimos que la imagen no podía permanecer ni en el jardín de la casa, ni en la iglesia, ni en un lugar público. Entonces llamé por separado a Enrico y le dije que la tomara él bajo su custodia, por el tiempo necesario, escondiéndola de un modo seguro, para sustraerla al asalto de la gente. Nadie, fuera de nosotros dos, tenía que saberlo; ni su familia, ni su hermano, hasta que no se resolviera la situación o tomara una decisión el Obispo. En una carretera del campo, lejos de miradas indiscretas, la imagen, convenientemente embalada y protegida, fue trasladada del maletero de mi coche al del suyo. La escondió en un sitio desconocido de todos; me lo dijo a mí solamente, después de jurarle el secreto.

El 7 de febrero, martes, el Obispo me dijo que quería ver a la familia y fue establecida la cita para el día siguiente, a las seis de la tarde. Por lo tanto, el miércoles, después de la Misa, acompañé a la familia a casa del Obispo. Conmigo iban Fabio y su mujer Anna María, Enrico y otra familia: Aldo Murgia y Concertina, su mujer, con su hijito, testigos de varias lagrimaciones. Los reporteros nos estaban esperando a la puerta de la casa del Obispo.

Enrico tomó la palabra para hacer presente –de una forma bastante dura– que la estatuita era propiedad de la familia, que estaban de acuerdo en que hicieran todos los exámenes y análisis necesarios, pero que querían que se hicieran en presencia de alguien de la familia. Además deseaban que, tratándose de exámenes científicos y para no comprometer a la religión, se efectuaran posiblemente en algún instituto o universidad laica.

Monseñor Grillo a su vez hizo presente la necesidad de poder él actuar con plena autonomía y libertad, y que se trataba de un problema de *confianza*.

Ese primer encuentro fue aparentemente sereno, pero al día siguiente, jueves, el Obispo me llamó para decirme, con santa razón, su desconcierto, puesto que, si la familia no se fiaba de él, él no se fiaba de ellos. Estando así las cosas, si no se hacía como él decía, habría declarado el

caso concluido por su parte y “habrían tenido que verselas con la Justicia”. No podía aceptar imposiciones de la familia; al contrario, la familia era la que debía someterse a la autoridad del Obispo.

En esa situación, declaro que he tocado con la mano una particular asistencia del Señor sobre todos nosotros, fruto evidente de la oración de tantas personas. No podemos todavía imaginarnos cuán sutil y refinada es la astucia del demonio para crear malentendidos y hostilidades, trabajando sobre nuestra emotividad y nuestros prejuicios, a menudo a un nivel subconsciente; y eso hace en todos nosotros. Estábamos entrando en una prueba muy delicada, en una tentación solapada, hacia una lección muy importante que aprender.

Inmediatamente llamé a Enrico, el cual vino enseguida de su trabajo, y tras haberle hecho comprender el problema y cuál era la única solución, llamamos a Fabio, quien vino igualmente del trabajo. En presencia mía hablaron por teléfono con Monseñor Grillo, poniéndose de acuerdo con él para entregarle la estatuita a las nueve de la noche de ese mismo día. Los habría acompañado yo y habría ido el mismo testigo de la vez anterior, Aldo Murgia, como garantía de que la estatua era siempre la misma y que no había habido ninguna sustitución. A propósito de lo cual, como ya he dicho, téngase presente la lesión inconfundible que en todas las fotografías se ve sobre la cabeza de la *Madonnina*, así como otros dos pequeños rasguños, que no se ven en ellas, pero que nosotros bien conocemos.

Fue una tarde pesada y turbia, tanto en la atmósfera como en el estado de ánimo de aquellos hermanos. Llegó la crisis y la agresión del tentador.

Motivo: la falta de confianza en el hombre que es Monseñor Grillo. Desconfianza ambiental y ya de años, por parte de la gente, en particular de los parroquianos de San Agustín; desconfianza que se había autoalimentado en una especie de círculo vicioso: ciertas frases o palabras poco felices o más bien duras del Obispo (no siempre sin motivo), provocadas por ciertas actitudes de la gente, y viceversa. Desconfianza desde las primeras declaraciones del Obispo, publicadas en la prensa en los primeros días: *“Hay por ahí demasiadas Vírgenes que lloran, demasiada gente que tiene visiones, y la Iglesia debe moverse con la máxima cautela y gran prudencia... Los dos grandes problemas de estos tiempos son el satanismo y las visiones”...*

Lo primero que explicó Monseñor Grillo fue que en la zona de San Agustín, Pantano y Aurelia se practicaban ritos mágicos y demoniacos.

Como reacción, en la prensa fue publicada una carta abierta, firmada por ochenta y dos parroquianos: *“...Monseñor, lamentamos mucho que aquel que debe guiarnos en la Fe con el ejemplo, no desperdicia la ocasión de des-preciarnos y humillarnos... El último episodio que ha tenido lugar en nuestro territorio ha sido comentado enseguida como una broma de carnaval, por parte de quien debía, sí, tener prudencia, pero no indiferencia... Por nuestra parte pedimos por usted, como hemos hecho siempre, para que el Espíritu Santo pueda iluminarle y hacerle comprender que nosotros no somos enemigos que combatir, sino hijos y hermanos que tomar de la mano y guiar”...*

Estas pocas frases dan idea del ambiente en medio del cual iba a “atterrizarse” el signo de la Reina de la Paz.

Es evidente que aquí, lo primero y urgente era escuchar y acoger el mensaje de la Santísima Virgen: *“¡Paz, paz, paz! ¡RECONCILIAOS!”*

La desconfianza viene del sospechar; el sospechar viene del juzgar al prójimo; el juzgar viene de la falta de amor, y la falta de Caridad viene de la soberbia... *“La Caridad es paciente, es benigna; la Caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se enorgullece, es respetuosa, no es egoísta, no se enoja, no tiene en cuenta el mal recibido, no se goza de la injusticia, sino que se alegra de la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”* (1 Cor 13, 4-7).

Sobre esta desconfianza se apoyó la maniobra del tentador en los hermanos Gregori. ¿Con qué instrumento? Con el de su propia conciencia: o sea, por amor a la verdad temieron un

engaño de parte de la Autoridad, que se les quitara la *Madonnina* y que el caso fuera maniobrado, para que resultase lo que no era, o bien que fuera empantanado para que de él no se supiera nada y fuera olvidado... ¡En otras palabras, la tentación de, por querer “*salvar la Madonnina*”, sustraerla a la Iglesia! Como si fuera posible separarlas. El primer resultado de la tentación tenía que ser *el separar* en su mente “al hombre del cristiano”, lo humano de lo divino, el hombre Girólamo Grillo del Obispo y la Santísima Virgen de la Iglesia.

La estupenda y fundamental lección que había que aprender era precisamente ésta: “*No separe el hombre lo que Dios ha unido*” (Mc 10, 9). Lo propio del diablo, como su nombre indica, es precisamente el dividir, el poner en contra. La gran lección que aprender, antes de seguir adelante, era la de la Fe: “***Creo en la Iglesia...***”. Una lección que para nosotros es muy concreta. Y también la lección de la obediencia, si es necesario hasta el sacrificio de Abraham; obediencia que, mientras nos da la muerte, nos salva de forma sorprendente y nos da la vida.

Aquella tarde, Enrico, Fabio y Anna María, sin decirme nada –la desconfianza se extendía ya entonces como una sombra también sobre mí–, fueron a consultar el problema con un abogado. Tras haberles escuchado, les ilustró los posibles caminos, según él: si no querían pasar a través del Obispo, habrían podido entregar la estatuita a algún laboratorio y emprender las investigaciones científicas, más allá de las cuales no habría sido posible ir; pero haciendo así, habrían cortado las relaciones con la Iglesia. En este caso, habrían tenido que hacer frente a grandísimos gastos, pero en aquel momento estaban dispuestos incluso a vender la casa...

La otra posibilidad era que habrían podido encomendar las pesquisas a una televisión privada, la cual habría financiado todo el asunto. Al llegar a eso, Fabio sintió recelo y de esa manera terminó todo. Se separaron: Fabio con su mujer fueron a casa de unos parientes, mientras que Enrico volvió a la suya.

La Providencia quiso que ese momento llegase yo a su casa, para ponernos de acuerdo para la cita de la noche, y él me dijo: –“*No hay nada que hacer, no vamos donde el Obispo*”. Estaba trastornado, no era Enrico. Quiso explicarme sus razones bajo secreto, como si fuera en confesión; posteriormente él mismo la explicó al Obispo en presencia de los demás que fuimos.

Yo le dije: –“*¿Pero no ves que, haciendo así, vosotros mismos estais destruyendo un plan de Dios? ¿Quereis echaros encima esa responsabilidad? ¿No ves que, si evitais pasar a traves de la Iglesia, estais declarando nula toda vuestra vida hasta ahora y vuestra fe cristiana? ¿Crees o no, que por encima de los hombres está Dios y que El vela por la correcta solución del caso presente? ¿Y qué temes, que el Obispo o que alguien pudiera llegar a hacer desaparecer la estatua o a destruirla? Pero aunque así fuera, ¿es que Dios no es capaz de rehacerla, como es capaz de hacer resucitar a los muertos?*”.

Con gran sufrimiento, poco a poco, se fue calmando. Le dije además, mientras nos dirigíamos hacia la casa de Fabio: –“*Esto es claramente una tentación, y también una prueba de parte del Señor. Nosotros ahora somos como los ciegos, que tenemos que dejarnos llevar de la mano. Solamente la obediencia nos salva*”.

Entre tanto se había hecho tarde y ya había pasado la hora de la cita con el Obispo. Llegó Fabio con el coche; lo vi muy agitado, parecía como si fuera a darle un infarto. Se abrazó llorando a su hermano y decía: –“*Tenemos que entregarsela al Obispo, tenemos que llevarla a la Iglesia*”. Cuando se tranquilizó nos explicó que, estando cenando en casa de sus suegros, había oído de nuevo esa misteriosa voz de hombre, que había percibido con los oídos y solamente él: “***ME ESTAS TRAICIONANDO. TIENES QUE LLEVARLA A LA IGLESIA***”. Su mujer lo vio ponerse blanco, y él dijo: –“*Tenemos que llevarsela enseguida, inmedia-tamente, al Obispo*”. Había vencido la Gracia.

Llamaron al Obispo, disculpandose con él y quedó fijada una nueva cita: tenían que entregarle la *Madonnina* al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, sin condiciones. Afuera había cesado el viento, se habían retirado las nubes y la claridad de la luna daba a la tierra el beso de la paz.

El viernes 10 de febrero, a la hora establecida, fuimos a casa del Obispo llevándole la *Madonnina*. La llevaba Enrico en su coche, con gran secreto. Además de él íbamos Fabio y Anna María, Aldo Murgia (como testigo) y yo. Comenzó finalmente la apertura de ánimo por parte de todos. La sinceridad y la humildad prevalecieron. Todos nos sentíamos liberados de un gran peso. La dulce presencia de nuestra Madre amada disipó por sí sola los titubeos y los temores. Solamente la Madre reúne a los hijos. Por la tarde, el Obispo tenía que llevarla a Roma, para hacerla examinar por los científicos.

Finalmente, *la Reina de la Paz*, procedente de Medjugorje, llegaba en lágrimas y llevada por un sucesor de los Apóstoles a Roma. Una venida, según la costumbre de Dios, con mansedumbre y humildad, *de incógnito*.

En pocos días había manifestado su gran dolor a toda clase de personas: en primer lugar a una familia (y la primera que se dio cuenta fue una niña); a continuación a un sacerdote, el párroco. Después lo hizo con jóvenes, ancianos y niños, policías, periodistas, médicos, autoridades civiles (el alcalde), creyentes e incrédulos... Sólo faltaba el Obispo, como supremo responsable de la Iglesia diocesana. Pero a él le reservaba un signo especial. El signo de la Iglesia tenía que aparecer completo. Ella, como Madre, se dirige a todos sus hijos, representados en sus categorías por quienes la vieron esos días.

He aludido antes una cosa curiosa: los días de tentación estuvieron verdaderamente reflejados por la naturaleza, sobre todo el jueves, después de mediodía, cuando el tiempo se volvió aún más oscuro y amenazador. Pero por la noche, después de haber hablado con el Obispo, asegurándole que la mañana siguiente se le entregaría la *Madonnina*, el viento se calmó en ese momento, las nubes se retiraron y salió una luna estupenda y un hermoso cielo estrellado. Nos llamó la atención esta “coincidencia”.

El sábado 11 de febrero, por la mañana, Monseñor Grillo me llamó diciéndome que podía decir a la gente, más aún, que me encargaba decir que ya desde los primeros exámenes los científicos habían excluido que hubiera instrumentos o mecanismos escondidos en la imagen; que habían visto que el material del que estaba hecha no podía producir por sí mismo ningún líquido, y que dicho líquido era sangre; por tanto, seguirían adelante con los exámenes. Dijo además que “los exorcistas habían excluido un origen preternatural o demoníaco del hecho”. Lo comuniqué a la familia. Vinieron a la iglesia y llamaron al Obispo para preguntarle cómo debían comportarse. Respuesta: “*Mantener el silencio*”. El Prelado estableció un nuevo encuentro, ese mismo día, con el fin de conocer a la niña.

El siguiente sábado fuimos nuevamente a ver al Obispo y en esa ocasión Fabio le explicó todo lo que había pasado y que ya he contado. Se habían consolidado ya las relaciones de confianza y de máxima transparencia con el Obispo.

Por misteriosos motivos de la Providencia, varias personas hemos sido vinculadas, con motivos particulares, al signo de las lágrimas de María, y por consiguiente estamos vinculados entre nosotros: la familia Gregori, el párroco que suscribe, el Obispo Monseñor Grillo... Nosotros podemos corresponder a esa llamada o no; la Santísima Virgen por su parte no se retracta: ¡Ella es fiel!

LA ELECCIÓN DEL OBISPO

Monseñor Girólamo Grillo llegó a Civitavecchia el 12 de febrero de 1984, procedente de la diócesis de Cassano Ionio, en su tierra natal de Calabria. Había sido consagrado Obispo el 27 de mayo de 1979 por el Papa Juan Pablo II. Es el Obispo que la Providencia ha elegido para acoger el signo de las lágrimas de la Reina de la Paz, junto con su pequeña diócesis, y para presentarlo por medio de él a Roma.

“*No me habeis escogido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido y os he constituido para que vayais y produzcais fruto y vuestro fruto permanezca*” (Jn 15,16). También en el caso del Obispo, pienso que la Providencia no ha escogido a ciegas; ha querido un Pastor de la Iglesia

con características que contribuyeran a dar una especial resonancia al signo de las lágrimas de María y a su significado.

Monseñor Grillo está consagrado a María desde niño, cuando fue curado por Ella de un modo extraordinario. Es hijo de nuestra época y de la Iglesia de esta época, la cual, en lo que depende de los hombres que la constituyen, presenta luces y sombras a menudo mezcladas, por lo que se vuelve tremendamente complicada “la navegación” entre tantos escollos; y por lo que a su compor-tamiento se refiere –“*los pensamientos de muchos corazones*”– bien me doy cuenta de lo difícil que es saber discernir, hacerlo bien, a tiempo y sin titubeos. Quiero decir que en esta dificultad inevitable se ha encontrado Monsenor Grillo en no pocas ocasiones; y sin embargo, aunque en un primer tiempo tuviese una cierta idea, manifestada sin reticencias y aun públicamente, ha sabido luego cambiar de opinión y aceptar incluso lo contrario de cuanto al principio creía. Lo que demuestra honradez y amor a la verdad.

Al manifestar mis pobres reflexiones sobre mi Obispo –y es necesario hacerlo en un testimonio como éste, de los hechos que he vivido–, deseo pedirle disculpas por todo aquello que pudiera ser únicamente una idea mía personal, y a la vez manifestarle públicamente mi respeto y mi afecto.

Su ministerio pastoral en Civitavecchia –que representa a mi modo de ver una situación bastante generalizada en la Iglesia– no ha carecido de problemas.

Por un lado, una cierta incompreensión de algunos de sus sacerdotes hacia él y de él hacia ellos, por lo cual ha sufrido (lo cual es normal para un Pastor de almas); por otro lado, ciertas actitudes y reacciones suyas –no sin motivo– y ciertas decisiones pastorales (por ejemplo, la sustitución de sacerdotes) han contribuido a indisponer a la gente contra él, por lo cual se ha ido creando una especie de círculo vicioso, superado por ambas partes todas las veces con el recurso a Dios, fuente del sentido común, de la Caridad y de la paz.

Hace falta añadir que, en la historia de las lagrimaciones en Civitavecchia, a veces estas cosas han sido excesivamente amplificadas por los medios infor-mativos. Por otra parte, Monseñor Grillo trata con frecuencia de acercarse a la gente a través de los medios de comunicación (no es casual que fuese el delegado de la Conferencia Episcopal de la región del Lazio para las comunicaciones sociales y que semanalmente entrase en las familias con una catequesis televisiva). Sin duda la Providencia se ha servido también de ésto para que se propagase el acontecimiento de la *Madonnina*.

En una circunstancia como ésta, en el lugar de Monseñor Grillo *nadie* puede decir cómo habría actuado. No hay duda de que nadie en el mundo está preparado para hacer frente a un hecho misterioso y comprometedor como éste.

María “se turbó” cuando el Angel la saludó de aquella manera; o sea, sintió el vértigo al intuir la infinita distancia que hay entre Dios y una criatura y la infinita cercanía que Dios le proponía... Cada uno reacciona en un determinado modo frente a la irrupción de lo sobrenatural, pero siempre es con temor y asombro.

También en el Obispo, en esta circunstancia, se ha visto lo que es el hombre, con todas sus cualidades y sus límites, sus contradicciones y sus esfuerzos. En ayuda de la naturaleza ha intervenido la Gracia y lo ha hecho *con fuerza*, como fruto además de la oración suya y de tantos. No sólo me refiero al hecho de que haya llorado en sus manos la última vez; ese fue el último empujón de la Providencia. Desde los primeros días de febrero hasta el 15 de marzo ha habido en él una evolución en su actitud: de estar fuertemente prevenido –como en general está el clero de nuestro tiempo– contra todo aquello que puede presentarse como sobrenatural, y por tanto manifestarse escéptico, ha ido pasando día tras día, a medida que iba sabiendo como eran las cosas, a ser más abierto. *De prevenido a prudente*. No obstante lo cual, a pesar de saber ya que no había trucos en la imagen, que se trataba de sangre humana, oficialmente de varón, y que la familia Gregori es sencilla y honrada, el Prelado sentía todavía la inquietud de una duda en el fondo de su alma... Lo cuenta él mismo :

“Tenía un gran miedo de que fuese fruto de mistificación o engaño. No dudaba en lo más mínimo de las personas en cuya casa había ocurrido el hecho. Pero tenía grandes dudas sobre el ambiente de la zona y continuamente me preguntaba sobre cuantos habrían podido tener interés en ridiculizar al pueblo cristiano de la ciudad... Entonces, durante mi oración, pedí luz a la Virgen María. *«¿Por qué no me das un signo? –implore–. Si es verdad, haz que yo entienda»*. Pero no pensaba, desde luego, que mi oración habría sido aceptada...”¹⁰

El Obispo pidió una señal a Dios. Y Dios se la dio. En estos casos pienso que cada Pastor de la Iglesia debería hacer así, con sencillez y confianza en el Señor. Y el Señor no dejaría de aclararle las cosas a su representante, de un modo indudable. Por el contrario, los hombres hemos complicado terriblemente nuestras relaciones con Dios y con sus cosas, olvidando las palabras del Señor: *“Vuestro hablar ha de sea sí, cuando es sí; no, cuando es no. Lo que está de más viene del maligno”* (Mt 5,37).

El signo que Dios le dio, un signo nunca antes sucedido, fue ver llorar a la *Madonnina* él mismo, mientras la tenía en las manos.

Fue como aquella misteriosa piedrecilla que, sin que ninguna mano humana la hubiera arrojado, golpeó a la colosal y compleja estatua que había soñado el rey Nabucodonosor, derribandola y destruyendola (Cfr Dan 2, 31-45). También el Obispo había soñado que la Virgen le revelaba el secreto de su llanto, pero luego no se acordó de nada.

Fue como decirle: *“Porque Me has visto has creído. Dichosos los que, sin haber visto, creerán”*. Yo soy uno de ellos, por pura Gracia de Dios. Pero no se le puede decir a quien desde el principio ha creído: “imprudente”, ni a quien no ha creído antes de tener una prueba suficiente: “duro de corazón”.

En una palabra, fue como decirle: *“¡HIJO, DEFIENDEME!”*.

La noche del 5 de abril Monseñor Grillo habló por televisión: *–“Es verdad, la Madonnina ha llorado entre mis manos y conmigo estaban cuatro o cinco testigos... Siento mucho que la Santísima Virgen ha llorado en un momento muy difícil para mí, porque me había llegado un mensaje muy dramático de una mística. Me he dicho: no queda sino pedirle a la Virgen. Acababa de celebrar la Santa Misa y en ese momento eran las ocho y cuarto del 15 de marzo. He tomado a la Virgen –yo la tengo en una canastilla con algodón– y mientras decíamos la Salve Regina ha empezado a llorar ante mis ojos. Mi hermana la ha tocado, ha sido más valiente que yo, y se ha manchado de sangre el dedo. Yo no he tenido el valor y he visto una lagrimilla que iba bajando poco a poco, poco a poco. Y de aquí, ir pasando lentamente bajo el cuello¹¹. Lo cual lo han visto después los científicos y la han analizado, y parece ser sangre humana también ésta...”*

Esa misma tarde, hablando delante de la catedral al terminar el Viacrucis por las calles de la ciudad dijo: *–“No puedo añadir sino mi conmoción. Normalmente hablo sin leer nada, pero esta tarde las lágrimas me lo han impedido y me lo impiden todavía, porque no os escondo que ver una estatuita que llora entre las manos es cosa traumatizante y no deja dormir, os lo puedo asegurar: no deja dormir. No digo más. Creo que de todos nosotros la Santísima Virgen espera algo grande. Civitavecchia ha sido elegida para dar un mensaje a Italia y al mundo entero: tenemos que estar a la altura de esa tarea, no nos echemos atrás. Yo también, como todos sabéis, al principio era escéptico, no creía; luego lentamente la Virgen se ha abierto camino... y se lo abre de una forma increíble, supera todos los obstáculos, tanto que le he dicho: te pueden poner todos los obstáculos que quieran, el camino te lo sabes hacer. ¡Y se lo está haciendo maravillosamente! No os digo más”*.

La prensa daba al día siguiente la gran noticia, con títulos como éste: **“HA LLORADO ENTRE MIS MANOS - EL OBISPO GRITA: MILAGRO”**...

¹⁰ - “Rapporto su Civitavecchia”. páginas 56 e 89.

¹¹ - Contra la ley de la gravedad, porque el Obispo la tenía en posición horizontal, mientras las lágrimas corrían como si estuviera en posición vertical.

Esto último, desde luego, hasta ahora nunca lo ha dicho el Obispo; ha sido una simple deducción de la gente, al no conocer el contenido preciso de las palabras técnicas. El Prelado sólo ha hablado de “un hecho misterioso”. Un hecho sin duda extraordinario, que se encuentra entre los “signos”, como los llama San Juan en su Evangelio (tampoco él los llama “milagros”).

Pero una cosa como ésta, en Italia y en estos tiempos, no podía pasar en paz. Tres días después, el 9 de abril, leíamos en los periódicos: “**OBISPO Y PROCURADOR DE LA REPÚBLICA SE PELEAN**”... “**EL OBISPO: ME NIEGO A SER TRATADO COMO TESTIGO ANTE LA MAGISTRATURA**”... “**MONSEÑOR GRILLO CONTRA LA FISCALÍA DE LA REPÚBLICA: DESAPARECIDAS LAS NUEVAS HUELLAS**”... “**EL OBISPO: HAN ALTERADO LAS PRUEBAS**”...

Pero el día 10: “**Y AHORA MONSEÑOR GRILLO INVITA A LA CAUTELA**”... “**EL OBISPO: NUNCA HE HABLADO DE MILAGRO**”... “**MONSEÑOR GRILLO SE RETRACTA: HARÁN FALTA AÑOS PARA SABERLO**”...

Aunque estas frases sean textuales (adaptadas para la traducción) y dicen sin duda la verdad, en estos titulares llamativos y en los momentos de alta tensión que se vivían, daban la apariencia de una retractación que en realidad no había.

El día 6 de abril había dicho: “*Después de lo afirmado por el profesor Umani Ronchi –uno de los dos científicos que ha examinado la imagen– no podía yo seguir callado. Debo hacer público este desconcertante suceso al que he asistido con mis propios ojos.*”

Por el contrario, el día 9 dijo en la Catedral: “*Nadie ha hablado de milagro. Harán falta años y años, y al final tal vez no se llegue a ninguna conclusión, o bien se dirá que todo fue un bluff, qué sabemos nosotros*”...

Realmente, de las primeras palabras a las segundas **es demasiado grande la distancia**. Comprendo que bajo presión –y a qué presiones ha sido sometido el Obispo!, algo de eso yo sé también por experiencia– se pueden decir cosas que con la mente serena nunca se dirían. Pero hacer pensar a la pública opinión, en más de una ocasión, que retractaba sus anteriores afirmaciones, para muchos ha sido un **shock**. Está claro que no era absolutamente esa su intención. En momentos de fuerte emotividad es posible no medir bien lo que se dice; nos pasa a todos en esos momentos intensos o de especial sufrimiento.

Grande, sin duda, tenía que ser su sufrimiento ante la actitud de la Magistratura, que le había secuestrado a la *Madonnina*, como si fuese “el cuerpo del delito” (¿de qué delito?), y que invadió el terreno de su competencia. Por esa ingerencia no fue posible restituir la *Madonnina* a la iglesia de San Agustín el Viernes Santo, como había sido anunciado.

Y luego se añadieron otras presiones en determinados momentos: iniciativas, por su cuenta, del Alcalde comunista Pietro Tiddei, insistencias y peticiones públicas de los parroquianos de San Agustín y de Civitavecchia y (tal vez) presiones de lo alto, quizá de algún purpurado del Vaticano... Todas estas fuerzas contrapuestas, empujando cada una en una dirección, han dado como resultado un cierto equilibrio, anulándose entre ellas. Quiero decir que, si por hipótesis, hubiera prevalecido alguna de ellas, la causa de la *Madonnina* hubiera estado perdida. Tal vez, incluso, si no hubiese llorado en las manos del Obispo.

En todo este asunto, a mi parecer, ha habido otro contraste, puesto varias veces en evidencia por las intervenciones de Monseñor Grillo. Un contraste en su interior entre el deseo sincero de descubrir la verdad y adherirse a ella, y el miedo. Miedo de equivocarse, temor de que acaso el hecho no viniera de Dios, sino del engaño o de la maldad de los hombres o del demonio, y temor a nuevas intromisiones arbitrarias y a fastidiosos contrastes.

Ha buscado diferentes colaboraciones y apoyos, a medida que evolucionaba la situación. Al principio solicitó la intervención de la policía: “*Cuando ha estallado este caso he pedido que se hicieran averiguaciones, pero nadie se ha movido*”, ha dicho a propósito de la Magistratura, lamentando que se haya movido con tanto retraso, únicamente a petición del “Codacons”¹², y para entrar en competencia con él.

¹² - “Codacons”, sigla que significa: “Coordinación de asociaciones para la defensa del ambiente y de los derechos del consumidor”, de mentalidad radical y anticatólica.

Más adelante, no obstante que él y solamente él tenga la autoridad competente, cuando ha comprendido que este caso no era una cosa común “que se resuelve en un par de días”, ha buscado apoyo en el Vaticano. En efecto, se ha visto enseguida que “el caso” de la *Madonnina* iba adquiriendo dimensiones mucho más grandes que la diócesis, a nivel mundial. Una ayuda en cuanto a consejo y como apoyo de solidaridad: de ese modo se ha comprometido más de cerca la Autoridad superior de la Santa Sede, sin aligerar por eso al Obispo de su responsabilidad como juez competente.

En casos como éste es prudente y aconsejado que un Obispo se haga asistir por una Comisión de expertos o “teológica”. A la Comisión creada por Monseñor Grillo (de la que formaban parte prestigiosos mariólogos, como el Padre René Laurentin y el Padre Stéfano De Fiores, y otros presentados por los Cardenales Ruini y Sodano) se añadió el asesoramiento de la “Comisión técnico-científica”, anexa a la Congregación para las Causas de los Santos. Se trata de una ayuda ofrecida al Obispo como responsable de la última sentencia. Pero en el caso de Civitavecchia se ha dado la circunstancia nunca antes vista de que quien tiene que ser *el juez*, inesperadamente se ha encontrado con que es *testigo*. Por ese motivo, la Comisión no sólo ha tenido que ayudar al Obispo en la investigación de los hechos y en su evaluación, asistiéndolo, sino que ha tenido también que “mediar”.¹³

Pensábamos: si el Obispo es testigo, todo se hace más fácil, más sencillo! Pero era lo contrario: el itinerario se hacía así más complicado, más difícil, a pesar de la transparencia del hecho en sí.

El Padre René Laurentin, eminente miembro de la Comisión teológica, a la pregunta acerca de cómo van los estudios de la misma, sobre las lagrimaciones de la *Madonnina*, contestó de forma general y sin entrar en la cuestión: –“Pienso que el estudio de la Comisión tiene poca importancia (...) Pienso que es muy difícil que una Comisión reconozca una aparición¹⁴, ya que la conclusión nunca es segura, se queda siempre en lo probable. Entonces la Comisión concluye sus trabajos declarando que no hay constatación de sobrenaturalidad. La cuestión sigue abierta, pero la declaración es negativa¹⁵ (...). El reconocimiento oficial no es fundamental. **Aconsejo a los Obispos que no busquen reconocimientos, sino que miren a la piedad del pueblo. Si los frutos son buenos y si la gente reza, los Obispos no deben poner obstáculos, sino más bien animar...**”

Es evidente que una aparición tiene necesidad, generalmente, de muchas pruebas e indagaciones, ante todo sobre la credibilidad psíquica y moral de los videntes y sobre el contenido de los posibles mensajes. Un caso como éste, de las lagrimaciones de una imagen, es de por sí mucho más transparente, sereno, objetivo, comprobable. Si han habido las dificultades que sabemos, éstas no se han debido al hecho *en sí*, sino a motivos extrínsecos. Los problemas “de la *Madonnina*” han sido los apriorismos, los prejuicios de las personas. Los problemas estaban en la mentalidad y en el corazón.

Recuerdo la experiencia de un sacerdote, el Padre Giuseppe De Santis:

“Hace algunos años yo también asistí a hechos extraordinarios como éstos, de los que hoy se habla en todos los periódicos: o sea, las lagrimaciones de sangre de diferentes estatuas de la Santísima Virgen en distintos lugares, tanto en Italia como en el extranjero. Estaba obligado espiritualmente a hablar de ello a mi Padre espiritual, el Padre Pío de Pietrelcina. Le presenté una pequeña estatua que tenía esas señales de sangre, que brotaba de los ojos. Le pregunté: –«Padre, ¿de verdad ha llorado?» Contestó con firmeza: –«**iHA SIDO COMPROBADO! iY BASTA!**». Yo añadí: –«Padre, ¿qué señal es?». –«Mala señal cuando la Mamá llora!», me contestó con dolor (...)”

¹³ - En una Carta pastoral de última hora, el Obispo informaba que la Santa Sede (el Papa) se reserva la última conclusión indiscutible.

¹⁴ - No es este caso. (Entrevista publicada en la revista suiza “*Stella Maris*”, n.320, pág. 23).

¹⁵ - La Comisión, llamada a pronunciarse sobre los hechos, ha querido hacerlo también sobre su origen sobrenatural y lo ha hecho favorablemente.

Nosotros hoy discutimos tanto estos signos de sangre, confundiendo la mente y el corazón, tal vez por el miedo de que sean auténticos y por lo tanto comprometedores para cada uno de nosotros y para la sociedad. Resulta cómodo liberarnos de ellos, para no tener en ellos acusadores silenciosos. Pero seamos sinceros. ¿Acaso no es ridículo suponer mecanismos y trucos ocultos, cuando las cosas han sucedido a la luz del sol, y no sólo en presencia de testigos, sino en manos de testigos irrefutables, puesto que estaban predispuestos en contra, aunque fuera por motivos humanos y para no tener problemas? ¡Pero qué bella y sencilla es la respuesta de Padre Pío: «**Ha sido comprobado. Y BASTA**»!

El Santo, que todo el mundo conoce, no tiene dudas, porque ama la verdad, y la verdad es puesta en evidencia por el hecho que, como dice un axioma: “*contra factum non valet argumentum*” (si existe el hecho es inútil discutir). Desde luego, cada caso debe ser analizado, y éste en concreto abundantemente. Que por lo menos se tenga el valor (pues parece que se tiene vergüenza de la verdad) de decir por lo menos: es un hecho extraordinario que no se puede explicar, porque está por encima de las leyes naturales. Y luego, a quien quiera creerlo, no se le impida, a menos que la Autoridad de la Iglesia no encuentre que hay error; pero parece que éste no es el caso”.

En un problema como éste (que se ha vuelto complicado sólo porque “cuando tantos gallos cantan nunca se hace de día”) hay un peligro concreto: que tantos “personajes” de esta historia puedan desviarnos la atención del único Personaje que cuenta en todo esto. Que las crónicas de todas estas polémicas escondan a nuestros ojos la intervención que la Santísima Virgen ha querido hacer en nuestras vidas. Que las voces de tantos comentarios, declaraciones y controversias cubran la única Voz sin voz, que quisiera hablar a todos en el silencio de las conciencias.

Todo ha sido permitido por Dios en este hecho, o previsto por El y destinado al buen éxito de Su Proyecto. Pero de nosotros depende que tenga éxito o que fracase.

Parecería así mismo que todo el problema consista en alguna declaración exclusiva por parte de la Autoridad, afirmando o negando la sobrenaturalidad de lo ocurrido. Tiene razón el Padre Laurentin: el reconocimiento oficial no es fundamental. El verdadero problema no son las palabras o las afirmaciones, sino los hechos que debemos producir en nuestra vida. “*Por los frutos se reconoce al árbol*” (Mt 12, 33). Nuestra atención no debe apuntar en una dirección inútil.

En efecto, ¿qué cambiaría una declaración oficial de sobrenaturalidad para el que cree? ¿Poder decir: “Han visto que yo tenía razón”? ¿Y para el que no cree? ¿Podría acaso hacerle cambiar idea y conducta de vida? Nadie ha podido creer porque otro le haya dicho el Credo. Es justo que a su debido tiempo sea dado un veredicto que rinda honor a la Verdad, que no deje espacio a las lenguas mordaces. *Sin embargo pienso que no sería igualmente justo aplazarlo... a la víspera del día del Juicio.*

Desde 1933 (apariciones de Banneux, Bélgica), la Autoridad eclesiástica no se ha comprometido con ningún hecho sobrenatural. Sólo recientemente ha sido reconocida la autenticidad de las apariciones de Kibeho, y el 31 de mayo de 2002 el Obispo de Haarlem-Amsterdam ha reconocido las apariciones de la Señora de todos los Pueblos (de 1945 a 1959) con esta declaración: “*Constat de supernaturalitate*”.

La praxis normal, en el mejor de los casos, es conceder el permiso de “*culto y difusión*”. En los últimos años varios Obispos lo han dado en otras tantas apariciones marianas en el mundo: La Codosera (España, 1945), Amsterdam (Holanda, 1945-1959), Tre Fontane (Roma, Italia, 1947), Akita (Japón, 1973-1981), Finca Betania (Venezuela, 1976-1987), Kibeho (Ruanda, 1981-1989), San Nicolás de los Arroyos (Argentina, 1983-1988). En otros casos especialmente clamorosos –algunos todavía continúan–, después de tantos años durante los cuales la Autoridad no ha encontrado motivos para descalificarlos, creo que cada uno es libre en su conciencia de creerlos, conforme al dicho: “El que calla consiente”.

En un caso bien delimitado y objetivo, como son las lagrimaciones de la Santísima Virgen en Civitavecchia, donde durante aquellos meses que cuento no hubieron al parecer apariciones o mensajes (y si luego los hubo, como parece, constituirían otro capítulo aparte), supongo que los estudios investigativos no debían tan fatigosos, sino relativamente concisos. Es lo que posteriormente manifestó el entonces Cardenal Ratzinger, según la prensa, aun indicando la necesidad de examinarlo de nuevo por entero y de profundizarlo seriamente.

Lo que no soy capaz de entender son todos esos análisis, a los que ha sido sometida la imagen en nombre de la Ciencia (tal vez en nombre de las ideas). Veo en todo ésto algo de excesivo. Para conocer el ADN bastaba una célula y veinte minutos. ¿Era de verdad necesario quitarle toda esa sangre a la *Madonnina*, borrando la mayor parte del signo? **“¡Ha sido constatado! ¡Y BASTA!”**.

Después que la *Madonnina* lloró en sus manos, Monseñor Grillo ha dado muchas veces su testimonio públicamente. La primera vez tuvo que hacerlo después de tres semanas de silencio, forzado por las palabras del profesor Umani Ronchi en televisión y tras haber sabido que la Magistratura pretendía quitarle la imagen. Luego lo ha hecho tantas veces, a causa de su responsabilidad frente a la opinión pública, la cual es propensa a gritar milagro, y por otra parte a negarlo de todas formas, por prejuicio contra toda posibilidad de lo sobrenatural.

Contra dicha posibilidad, frente a la opinión pública, lamentablemente parecieron ponerse algunos Cardenales y Obispos con inútiles e inoportunas declaraciones públicas, que más que otras cosas mortificaron al Obispo, si bien no hayan faltado otros que lo han sostenido en esta difícil situación. Entre éstos, en particular el Cardenal polaco Andrzej Maria Deskur, gran amigo del Santo Padre Juan Pablo II, y otros purpurados.

Apenas estalló el contraste con la Magistratura local, que había llegado incluso a secuestrar la *Madonnina*, el Cardenal Deskur vino a Civitavecchia, a sostener públicamente al Obispo. En la Catedral participó a un encuentro de oración que organizó la Pontificia Academia de la Inmaculada, de la cual es fundador y presidente emérito, y en nombre del Papa bendijo una estatuita de la Reina de la Paz, traída de Medjugorje e idéntica a la que ha llorado ¹⁶. Al terminar la ceremonia, entre los aplausos de los presentes, el Obispo me la entregó para que yo se la llevara a la familia Gregori, en sustitución de la que habían entregado a la Iglesia.

La actitud del Obispo –sin detenernos en sus manifestaciones, condicionadas a menudo por los contrastes externos– se debe a la exigencia de invitar a la gente a tener paciencia y a esperar con confianza, en oración y silencio, hasta que todo haya sido aclarado según la Verdad.

Monseñor Grillo, que muchas veces ha hablado públicamente *como testigo excepcional* del hecho extraordinario, no ha hablado todavía oficialmente *como juez*. Probablemente un día lo hará, de acuerdo totalmente con la Santa Sede. Pensaba que habría sido suficiente una “carta pastoral”. Ahora que es emérito tal vez se halle más libre para decir una palabra que supere toda reticencia. No se trataría, sin duda, de una declaración de magisterio, pero podemos suponer que sería suficiente declarar simplemente el hecho misterioso como realmente ocurrido, sin tratar su origen, aunque sí reconociéndole su valor pedagógico y providencial y la obra de la Gracia, además de la legitimidad de un culto privado.

El signo de las lágrimas de María nos habla sin duda de nuestra Redención, que constituye el centro de la Revelación pública, de la cual, sin embargo, no forma parte *este* suceso concreto de las lagrimaciones de Civitavecchia. No hace falta, por tanto, un acto oficial de

¹⁶ - Esta segunda imagen –la Providencia ha insistido en subrayar con ella la misteriosa relación entre Civitavecchia y Medjugorje– ha sido después “la protagonista” de una nueva fase: sudoraciones de una especie de “aceite” perfumado y otros signos, a la vez que comunicación de “mensajes” y “secretos”, de los que el Obispo está al corriente, aunque hasta ahora no se ha pronunciado. De estos nuevos hechos hablan algunas publicaciones así como reportajes televisivos. Pero de esta segunda fase yo no estoy en condiciones de contar ni de opinar.

Magisterio eclesiástico; supongo que será objeto de una simple declaración *conclusiva*, que determine claramente las dimensiones o márgenes de lo ocurrido y que, al mismo tiempo, deje abierta la posibilidad de ulteriores exámenes. Hacer ésto sería *honrar la Verdad y dar gloria a Dios, por María, además de ser un debido acto de Caridad hacia todos nosotros, hacia la Iglesia.*

Que pueda llegar ese momento suspirado, aunque no sea *todo* ni la cosa principal, es justo y necesario. Pero, atención, que llegue no depende tanto de nuevas investigaciones, estudios o discusiones, ni de cálculos de oportunidad, sino será fruto de la Gracia y un don del Señor, y como tal *debemos obtenerlo entre todos*. Será la mejor ayuda que se le podrá dar al Obispo. Mejor dicho, a nuestra Madre. Al Proyecto de Dios.

MARÍA, SIGNO DE CONTRADICCIÓN

¿Que la imagen es de la Virgen, mientras la sangre es oficialmente de varón? ¡Contradicción! ¿Que *la Reina de la Paz* nos da con sus lágrimas de sangre un mensaje inquietante, temeroso? ¡Contradicción! ¿María es signo y vínculo de unidad, y sin embargo su presencia divide? ¡Contradicción!

María es el gran Signo de Dios (Apoc 12). Es signo de contradicción. Como su Hijo. Le ha tocado la misma suerte dolorosa y maravillosa. El anciano Simeón dijo a María, su Madre: *“El está aquí para la ruina y la resurrección de muchos en Israel, signo de contradicción, para que se manifiesten los pensamientos de muchos corazones. Y a tí también una espada de dolor te traspasará el alma”* (Lc 2, 34-35). Unidos en todo, también en ésto.

Motivo de contradicción: a pesar de ser el Príncipe de la Paz (Is 9, 5), Jesús no ha venido a traer paz a la tierra, sino “una espada” que divide (Mt 10, 34-35). Salvación a quien Lo acepta; perdición para el que Lo rechaza (Me 16,16). *“He aquí que pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa, y quien crea en ella no quedará avergonzado. Honor, por tanto, a los que creéis; mas para los incrédulos, la piedra que los constructores han desechado se ha vuelto la piedra angular, piedra de tropiezo y de escándalo. Tropezan en ella, porque no creen en la Palabra”* (1ª Pe 2, 6-8).

Lo mismo pasa con María. Hoy más que nunca se cumple la Palabra que Dios dijo al principio de la historia: *“Pondré enemistad entre tí (Satanás) y la Mujer (María), entre tu descendencia y la Suya: ella te aplastará la cabeza...”* (Gn 3,15). Hoy como nunca –hemos de reconocerlo– la devoción a la Santísima Virgen es el áncora de salvación para muchos en su fe, mientras que para otros muchos el rechazo teórico o práctico de la Santísima Virgen es la señal más segura de su naufragio. Hoy, más que nunca, la devoción a María es atacada como nunca lo ha sido, partiendo de acostumbrados planteamientos pseudo-intelectuales. *“Podemos unimos a vosotros, los católicos –le dijeron un día ciertos protestantes a un amigo mío–; basta que quiteis a la Virgen...”*. Pues sí, hay algunos, incluso dentro de la Iglesia Católica, que en nombre de la unidad entre hermanos quisieran suprimir a la Madre.

La lucha se va intensificando cada vez más en torno a “los tres puntos blancos”: la Eucaristía, la Santísima Virgen y el Papa. Puede no parecer eso, mientras nos quedemos en lo teórico, pero se hace inmediatamente evidente en los comportamientos concretos... *“Dejemos a la Virgen en las páginas del Evangelio: al fin y al cabo, allí dice apenas algunas palabras. Pero esta Virgen demasiado habladora ¿es que no tiene otra cosa que hacer?” –“¡Es verdad! No tiene nada mejor que hacer que tratar de salvar a toda costa a sus hijos en peligro”*.

La Virgen del Evangelio (...¡oh, el silencio de María, ahora tanto insistido!) ¿es la misma que se aparece acá y allá en todo el mundo? ¿Es la misma que desde hace ya veintiseis años sigue apareciéndose cada día a los videntes de Medjugorje, comunicandoles sus mensajes? ¡Contradicción!

Pero Ella, para contradecir a quienes la critican como “demasiado habladora”, en Civita-vecchia ha dado un signo **sin palabras**. El mudo lenguaje de las lágrimas, con todas las

circunstancias que lo acompañan, es “un grito silencioso” cargado de mensaje. Siento que el signo de las lágrimas en Civitavecchia sea una especie de “*divisoria de aguas*”. Sólo Dios conoce los corazones; pero es un hecho que estas lágrimas han hecho que muchos que estaban lejos se hayan acercado instintivamente, así como otros, que parecían ser las columnas de la iglesia tenía, automáticamente se han retirado. *Y no ha terminado la selección.*

De igual manera, todavía *no* ha terminado el signo de las lágrimas, por más que quedo completado en el espacio de cuarenta días, cuando lloró en las manos del Obispo, porque *el motivo del profundo dolor y llanto no ha sido aún quitado.*

Esas lágrimas, quitadas a toda prisa y de forma irreverente por la “Criminal-pol”, la policía científica ¹⁷, todavía no han sido suficientemente enjugadas por nuestra conversión. No me refiero a todas las conversiones a la Gracia o a la Fe o al perdón y la reconciliación, que tienen lugar ante la *Madonnina*; ¿pero Italia ha comprendido? ¿Civitavecchia se ha convertido? ¿Y nosotros, tantos de nosotros?

Pocos días después de la noticia que había llorado en manos del Obispo, la prensa difundía una frase del Sumo Pontífice, que comentaba el hecho con sus colaboradores: “***Si la Virgen llora, hay que consolarla***”.

Esas lágrimas son realmente “signo de contradicción”, en el sentido que des-cubren todas las contradicciones que atascan nuestra vida y nuestra conciencia. Las lágrimas de María nos invitan a mirar dentro de nosotros: “*¿Por qué lloras, Madre?*”... Pero nosotros preferimos seguir mirando afuera, qué es lo que hacen o dicen los demás, para hallar “un culpable” de algo, en quien descargar responsabilidades, o alguien a quien golpear. Así nos hemos enredado en nuestros malentendidos, en nuestros juicios, en nuestras contiendas: Obispo, magistrados, alcalde, policía, periodistas, párroco, parroquianos... Hemos confirmado que nuestra Madre tiene tantos motivos para llorar.

Así pasaron cuatro meses densos de noticias y de toda clase de maniobras, hasta el 17 de junio, día en que la pequeña estatua fue llevada triunfalmente por Monseñor Grillo a la iglesia de San Agustín y expuesta en una hornacina blindada (semejante a la que tuvo en el jardín de los Gregori) a la veneración de los fieles.

Dije al principio que me habría limitado a narrar las cosas que directamente he visto o sabido o vivido. Por lo cual no me corresponde a mí contar todas las disputas, las declaraciones, las desmentidas, las respuestas, las peticiones, las maniobras que hubo en aquel periodo, teniendo por epicentro la casa del Obispo, donde estuvo cuatro meses la *Madonnina*. Eso ya lo han escrito otros.

¿Pero cómo viví yo esos meses? Arrollado en medio del creciente torbellino. Arrollado espiritualmente, intelectualmente, emotivamente, físicamente. Arrollado por un acontecimiento que, entendido como lagrimaciones ocurridas, para mí era claro, seguro y sereno; pero que era oscuro, insidioso y angustioso, en cuanto a una nueva situación conflictiva. La angustia de saber que detrás de cada palabra podía esconderse un peligro. La ansiedad de verme cada día más bloqueado en mi normal actividad como párroco. El tener que pensar en mil cosas concretas, de las que jamás me había ocupado. El no poder ya dar la atención y el espacio a los que había acostumbrado a mis parroquianos y a los demás. El estrés de la administración, de la burocracia, de las reuniones (el circo romano). Las insinuaciones: “*Ten cuidado...*” El no ver ya claro quien era amigo y quien podía ser enemigo. Las incomprendiones, los fáciles juicios. Los altercados. Los oportunistas. Las noticias. Las emociones. El no ser capaz. El no tener tiempo. Y la gente a oleadas. Y los periodistas. Y el teléfono continuamente. Y el teléfono controlado.

¹⁷ - Después de haber secuestrado la Magistratura la imagen de la *Madonnina*, el Procurador de la Republica pretendió que el Obispo les diera cuenta a ellos como testigo. Monseñor Grillo dijo en la rueda de prensa: “*¿Testigo yo? ¡jamás consentiré! Ellos son los que han quitado las nuevas lágrimas. Han tenido prisa de quitarlas. Apenas ha llegado su perito han ido a quitar precisamente el reguero que se había formado últimamente. No me fío de estos magistrados*”.

“Alguien tendrá que pagar, si se trata de demostrar que el delito es asociación de delinquentes”. Y los vendedores y los representantes de objetos religiosos. Y “el servicio de orden”...

Mientras estuvo la *Madonnina* en la casa del Obispo, todavía pude vivir con una cierta tranquilidad. Pero después del 17 de junio la parroquia fue tomada por asalto.

Mi relato aquí se detiene; de lo contrario me saldría totalmente fuera de la óptica y de los límites del presente testimonio.

Puedo decir que jamás uno hace frente a las diferentes situaciones como debiera y como quisiera. Verdaderamente el demonio, cuando no puede frenar, empuja. No se lograba descansar, ni dormir de noche, ni tener verdaderos momentos de oración, ni nada... Durante casi cinco meses estuve prácticamente sin dormir, con continuo dolor de cabeza; perdía fácilmente el hilo del pensamiento mientras hablaba. El médico me prescribió: *“Sesenta días, inmediatamente, de descanso absoluto”*... Así dejé la parroquia, dedicandome sin embargo durante dos años a dar retiros y conferencias, con permiso del Obispo y teniendolo regularmente informado, en Italia y en varios países de América.

“Nosotros llevamos este tesoro en recipientes de barro, para que se vea que la fuerza extraordinaria viene de parte de Dios y no de nosotros. Pues somos atribulados por todas partes, aunque no aplastados; somos arrollados, pero no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; golpeados, pero no muertos...” (2ª Cor 4, 7-9).

También nosotros hemos de ser “signo de contradicción”, a pesar de lo que somos y de nuestros límites: *“Pues ante Dios somos el perfume de Cristo entre los que se salvan y también entre los que se pierden; para unos olor de muerte para su muerte, y para otros olor de vida para su vida. ¿Y quién está a la altura de esta tarea?”* (2ª Cor 2,15-16).

Será digno de María quien haya sabido llorar o sufrir con Ella. Ella es el Signo. El signo se nos ha dado. Después que su imagen fue llevada a la Iglesia y expuesta a la veneración de los fieles en la iglesia de San Agustín, Ella ha seguido trabajando en silencio en tantos corazones: lo dicen los sacerdotes que allí escuchan las confesiones. Pero desde entonces el signo de sus lágrimas, la poca sangre que le habían dejado tras los análisis, con el tiempo y tal vez la complicidad de la temperatura, de la humedad y del yodo del aire, poco a poco ha ido desapareciendo; ahora le queda poco más que una mancha gris sobre la mejilla derecha. Menos mal que las fotografías dan testimonio, aunque es una lástima que no sean de las catorce lagrimaciones. ¿No será tal vez para que comprendamos que *el signo de María ahora, en lugar de las lágrimas, tenemos que serlo nosotros?*

De igual modo que Jesús dejó a la Iglesia en lugar suyo el día de la Ascensión, dándole su misma misión (como diciendo: *“Ahora os toca a vosotros”*), así parece que nuestra Madre nos esté diciendo, después de aquel 17 de junio de 1995: *“Ahora os toca a vosotros. Llorad conmigo por amor y no tendréis que llorar en el momento de la Justicia. Comprended y aprovechad el tiempo de la Misericordia, que se os está ofreciendo hasta el exceso”*.

Parece decirnos: *“Si no sabeis enjugar estas lágrimas mías con vuestro amor y vuestra conversión, hay el peligro de que tenga que verlas un día en vuestra cara...”*

Por eso dije a la gente, en los momentos de trabajo frenético para modificar la pequeña iglesia: *“¡Cuidado con hacer de nuestra Madre que llora un motivo de espectáculo!”*

Y el día de la llegada de la *Madonnina*: *“Estoy contento de la llegada de la Santísima Virgen, pero no en este ambiente de festival. Desde luego, el acontecimiento no podía pasar en silencio y una cierta organización era sin duda necesaria, pero hay en todo esto algo de demasía, de excesivo..., como habría sido excesivo que llegase en helicóptero... Ya veremos si la gente sabrá hacer algo más que el solo pensar en una estatuita. Repito una vez más lo que siempre he dicho: ha sido un signo, una señal importante, y hace falta que pasemos de prisa a su significado, a entenderlo”*.

Alguien recordó la alusión del Obispo al dramático mensaje de una mística. Contesté: *“Cuando se habla de un drama, se piensa siempre en algo material, pero no es así. El drama es el de la conciencia; ante el grito del Señor, el verdadero drama es el drama espiritual”*.

En la Homilía de la Misa celebrada en el atrio de la iglesia de San Agustín, frente a la plaza, el día de la llegada de la *Madonnina*, Monseñor Grillo dijo entre otras cosas:

“... Enjuguemos las lágrimas de la Virgen, las lágrimas que Ella derrama por el «misterium iniquitatis», que por desgracia reina en el mundo y que tiene sus influjos nefastos en la vida de la Iglesia y de la sociedad civil, en la familia, la escuela, las instituciones”.

“Oh María, queremos enjugar tus lágrimas por las violencias, por las obscenidades, por las corrupciones a todos los niveles, por la carrera ciega hacia la supresión brutal de la vida en toda la tierra, sobre todo mediante nuevas armas, por la desaparición de la conciencia del pecado, por los millones de hombres barridos por la masacre de las guerras y de los abortos”.

“Aquí, hermanos y hermanas queridísimos, **no termina, sino comienza la historia de la Madonnina de San Agustín, de la Madonnina de Civitavecchia**, la cual será de ahora en adelante como uno de los muchos reclamos de la atención del hombre moderno que quiere volver a Cristo, al Evangelio de las Bienaventuranzas, del sufrimiento aceptado y **de la Cruz**, a la auténtica conversión del espíritu”.

“Aquí, hermanos míos –y éste es mi deseo más grande– surgirá un gran santuario, pero **un santuario de personas deseosas de recorrer de nuevo el camino del Evangelio, antes que un santuario de ladrillos (...)**”.

“Así emprendemos esta aventura estupenda que ponemos en tus manos, **oh Reina de la Paz**, para que la paz descienda al mundo, a las naciones en guerra y en particular a tu Bosnia..., a **nuestra Italia (...)**”.

“A tí, **oh Reina de la Paz**, encomendamos nuestros deseos, nuestros suspiros y nuestras esperanzas. **O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria**”.



A la luz de cuanto he dicho, iqué elocuentes resultan las palabras de San Pedro, si queremos aplicarlas a la *Madonnina*! Leemos en su primera Carta, 2, 1-5:

**“Alejad, pues, de vosotros toda malicia y todo fraude,
los fingimientos y envidias y todas las maledicciones.
Como niños recién nacidos desead esa leche espiritual pura,
para crecer con ella hacia la salvación,
si de veras ya habeis gustado cuánto es bueno el Señor. .
Estrechandoos a ELLA, PIEDRA VIVA, rechazada por los hombres,
pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros sois empleados
como piedras vivas para la construcción de UN EDIFICIO ESPIRITUAL,
para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales
gratos a Dios por medio de Jesucristo”.**

“Mujer, ¿por qué lloras?” (Jn. 20,13)

- . RECAPITULEMOS
- . EL GRAN SIGNIFICADO DE LAS LÁGRIMAS DE MARÍA
- . MADRE, ¿POR QUÉ LLORAS?

Interpretación del posible significado del “cuadro”



Cuando estuvo cerca, a la vista de la Ciudad, **lloró sobre ella**, diciendo:

«¡Si tú hubieras comprendido en este día *el camino de la paz!*

Pero ahora te está escondida a tus ojos. Días vendrán para tí en que tus enemigos te rodearán de trinceras, te sitiarán y te estrecharán por todas partes; te derribarán a tí y a tus hijos dentro de tí y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no has reconocido *el tiempo en que has sido visitada*»
(Lucas 19,41-44)

De nosotros depende que ahora eso no suceda.

Estas palabras del Señor en el Evangelio y estas lágrimas de sangre de nuestra Madre, la Reina de la Paz, son para sus hijos un elocuente signo de amor y un acongojado llamamiento.

RECAPITULEMOS

Han pasado ya más de *trece* años desde que vimos el **signo** de las lágrimas de María. La imagen, la procedencia, la fecha, el lugar y demás circunstancias resultan súmamente significativas.

Dios nos ofrece una mano: literalmente lo hace en la actitud que expresa la pequeña estatua de la Stma. Virgen... Y Dios aún está esperando una respuesta.

Seguramente es un signo para Italia. Pero haber tenido lugar en Civitavecchia, que está prácticamente en el centro de Italia, es como decir que ha sido “bajo la ventana del Papa”.

Este signo elocuente no ha quedado ya reservado a pocas almas elegidas, como Santa Catalina Labouré o Melania Calvet o los videntes de Medjugorje, sino ofrecido públicamente a la comprobación y al sentido de fe de todos, además que a su sentido común. Pienso que haya sido dado, además, de una forma especial, para el Santo Padre.

No se trata de un signo *grandioso*, sino bien modesto, en la pequeñez y la humildad. Ha venido a examinarnos, en primer lugar en lo que se refiere a nuestra sinceridad y humildad. Una pequeña estatua de la Stma. Virgen, de escaso valor artístico y comercial, en casa de una pequeña familia, en la parroquia más pequeña de una de las diócesis más pequeñas de Italia; con un signo de lágrimas de sangre, que era una perfecta miniatura, todavía más exiguo tras los diferentes análisis efectuados.

Catorce veces lloró entonces, según los testigos, como catorce eran en aquel momento los años que ya duraban las apariciones en Medjugorje y catorce son las estaciones del Viacrucis. De la primera lagrimación a la última pasaron cuarenta días (calculados a la manera bíblica, de tardes y mañanas), evocando los cuarenta días que Jesús pasó ayunando y orando en el desierto: desde su presentación pública como Redentor, como “el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” y su bautismo, hasta el segundo testimonio de Juan y el comienzo de su vida pública.

Resulta muy significativa la fecha de la primera lagrimación: el 2 de febrero de 1995, fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo y Purificación de María. Ese día Jesús se presentó oficialmente al Padre, con las palabras que dijo entrando en el mundo: “*Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad*”, según la carta a los Hebreos 10, 5-10. La Stma. Virgen, escogiendo esa fecha para darnos su signo, ha querido atraer sin duda nuestra atención hacia su Hijo, hacia la Voluntad del Padre.

Jesús nos ha dado en el Evangelio una cierta “clave de lectura”: *el signo de Jonás*, cuando dijo que ningún otro signo más que ese habría sido dado a los hombres. Por lo tanto, ese signo de los tres días muerto y sepultado, antes de su Resurrección, debe ser la verdadera interpretación de los signos verdaderos. El único signo, porque es el signo supremo del Amor y del dolor salvífico.

Resultan significativas, además, las palabras del anciano Simeón, que se leían aquel día en la Misa y que, al leerlas ahora tienen una resonancia particular: “*Este Niño –y nosotros podríamos decir: este signo– ha sido dado para la salvación, pero también para la ruina de muchos en Israel, signo de contradicción, para que se manifiesten los pensamientos de muchos corazones; y también a tí una espada de dolor te traspasará el alma*” (Lc 2, 33-35). En verdad esas palabras significaron para María el comienzo de un continuo morir sin morir. Ya en su primera lagrimación, la lágrima de sangre llegó hasta el Corazón de María, como una invitación a que la pongamos en nuestro corazón.

¿Y cómo es que la Stma. Virgen nos muestra *ahora* sus lágrimas, habiendo sido llevada en cuerpo y alma glorificados al Cielo, como Madre de Dios y nuestra y como Reina del Cielo y de la tierra? ¿Es acaso una contradicción? En absoluto. El misterio está en *el tiempo*, al cual nuestra conciencia está férreamente atada en esta vida, lo cual no ocurre sin duda en el Paraíso. María nos muestra *ahora* su dolor y sus lágrimas, que derramó *entonces* por motivos *de ahora*.

Pero, ¿cómo se explica que sus lágrimas –y ya hemos dicho que las estatuas no lloran, a menos que no sean signo de su presencia– hayan sido, al parecer, acuosas inicialmente, volviéndose de sangre después de pocos milímetros? ¿Y qué sentido puede tener que sea oficialmente sangre de varón?¹⁸

Mi opinión es que “*nada es imposible para Dios*” (Lc 1, 37). Que Dios “*confunde a los soberbios en los pensamientos de sus corazones*” (Cfr Lc 1, 51). Pero sobre todo que nos quiere hacer comprender que **Jesús y María tienen la misma sangre**, como tienen un solo Corazón (aun siendo dos personas físicamente distintas), un solo Amor, un mismo sufrir, una sola Vida. “*¡No separe el hombre lo que Dios ha unido!*” (Mt 19, 8). En efecto, Jesús es el único hijo cuya sangre la ha recibido solamente de María. Sólo de la Fecundidad virginal y divina de su Madre ha recibido todos sus cromosomas, porque ha sido concebido únicamente por obra del Querer Divino, por obra del Espíritu Santo.

¿Pero acaso María lloró *sangre* en la Pasión? No tendría nada de extraño, ya que el Hijo *sudó sangre* en el Huerto de los Olivos, y dado que nadie jamás ha tornado parte como María, *en cuerpo y alma*, en la Pasión y en la Redención llevada a cabo por su Hijo.

¿Y cómo es que llora? Lo ha dicho ya en Medjugorje: su Corazón llora *lágrimas de sangre* por aquellos que se pierden con el pecado, puesto que nosotros no hemos hecho nada por evitarlo o al menos por ayudar y reparar. Sor Lucía ya lo había dicho: “*Esa es la causa de la tristeza de la Santísima Virgen*”: el castigo material inminente (ioh, la palabra fatídica que no nos gusta oír!) y tantas almas, y no sólo cuerpos, que se perderían. Para siempre.

Ella nos hace ver cuánto nos ha amado y qué precio nos ha dado: por nosotros ha pagado la vida de su Hijo, lo mismo que ha hecho el Padre.

Desde aquel 2 de febrero de 1995, de forma misteriosa, **María, signo de contradicción**, se ha vuelto Signo del Juicio divino y de separación, “el punto de no regreso”. Esas lágrimas son como una “*divisoria de aguas*”. De la acogida real que cada uno de nosotros reserva a LA DOLOROSA, a MARIA CORREDENTORA, demuestra de qué lado se pone: con Ella bajo la Cruz, o contra Ella y contra la Cruz. Ya en figura había ocurrido así a los israelitas esclavos en Egipto: la noche de su liberación, el Angel exterminador pasó por todo el país de Egipto, exterminando a los hijos primogénitos del pueblo opresor, pero no tocando las casas que tenían el signo de *la sangre del cordero*.

Por esa razón, cada primogénito de los israelitas tenía que ser *presentado en el Templo*, como perteneciente a Dios, y rescatado mediante sacrificio de dos pequeñas palomas..., símbolo de los dos Inocentes que habían de rescatarnos por medio de su Sacrificio.

El 2 de febrero de 1995 María nos ha ofrecido el signo de *la Sangre del Cordero*, para que lo tomemos en nuestras casas y en nuestra vida, “*porque se acerca nuestra liberación*” (Lc 21, 28). Tal vez desde entonces los Angeles del Señor van “señalando en la frente” a quienes acogen la Sangre del Cordero de Dios, porque tras ellos está llegando el exterminador...

Alguien se ha preguntado cuál sea la procedencia de esa Sangre, de dónde ha podido tomarla Dios para hacerla brotar de los ojos de una estatuita. ¡Qué gran problema! ¿Y de dónde lo sacó para formarlo de nuevo en las venas reconstruidas instantáneamente en el Cuerpo de Jesús, en el momento de la Resurrección? Repito que el tiempo es el problema para nosotros, pero no para Dios, que tiene todo en un eterno presente.

Estas lágrimas de María son un signo de *culminación*, en el sentido que todas sus asistencias maternas a la Iglesia culminan en **Medjugorje**, donde Ella se ha manifestado como “la Reina de la Paz” –última de las invocaciones de la letanía del Rosario–, y ésta sería al parecer su última mariofanía de carácter universal (como fue escrito al Papa en una carta en 1983), preparación a la verdadera renovación y triunfo de la Iglesia.

A su vez, de modo misterioso, esta manifestación de Medjugorje ha tenido como una ulterior y silenciosa prolongación en estas lágrimas en Civitavecchia. Rechazada en su “patria

¹⁸ - El Obispo explicó que la sangre resultó de "mujer" en dos análisis y de "varón" en otros tres.

adoptiva” después de tantos años ¹⁹, ha venido como exiliada a Italia, a Civitavecchia, a las puertas de Roma. ¿Será rechazada también aquí? Para José y María, *que estaba ya a punto de dar a luz a su Hijo*, no hubo sitio en la posada de Belén (Lc 2, 7). Su presencia con lágrimas de sangre (en relación con el mensaje del 24.05.1984 en Medjugorje, ya citado) quiere decir que las almas siguen “*perdiéndose en el pecado*”, que sus mensajes maternos todavía son hermosas palabras y que por desgracia “*hemos permitido que su Corazón llore lágrimas de sangre*”, y todo ésto a pesar de que Medjugorje ha superado incluso a Fátima en cuanto al número de peregrinos cada año.

Es necesario que seamos conscientes de ello. ¡No reduzcamos el signo de las lágrimas de María a “una noticia conmovedora y piadosa”, de la cual podemos seguir discutiendo tranquilamente en todos sus detalles!

A quienes han dicho de un modo irrespetuoso que “*en todas estas apariciones la Virgen habla demasiado*”, Ella responde en silencio de la manera más elocuente, **culminación** de todo lo que nos está diciendo desde 1830.

A quien preguntaba: “*¿Qué quiere decirnos la Stma. Virgen con esas lágrimas?*” respondo: Miremos dentro de nuestra conciencia y comprenderemos. Cuando una Madre llora, significa que ya no tiene nada más que decir, que nos ha dicho todo, que *las palabras ya están dando paso a los hechos...*

Desde luego, a mis parroquianos dije: Si una Madre deja que un hijo vea sus lágrimas, sin duda es porque todavía confía en ese hijo, que pueda comprenderla y consolarla. Es un signo de predilección, de confianza. Si tengo que pedir un favor, me dirijo a un amigo, no a un extraño.

La culminación de la vida de Jesús ha sido su Pasión y su Cruz, por medio de la cual nos ha redimido. A continuación, su Resurrección ha significado el comienzo del triunfo de su Reino. De igual manera, la Iglesia, que es su Cuerpo Místico, ha de llegar a la culminación de *la manifestación de la Divina Misericordia*, del triunfo de la Redención: en otras palabras, la Iglesia está entrando en el periodo conclusivo de su Pasión, de su “gran tribulación”, necesaria “*para entrar en su gloria*” (Lc 24, 26), ésto es, en *la manifestación del Reino de Dios y su Justicia*, ese triunfo del Reino que pedimos en el Padrenuestro, que su Voluntad se haga “así en la tierra como en el Cielo”...

Son como dos vertientes; la época que está llegando a su término, en la que se ha manifestado la Redención, y esa otra anunciada de tantos modos por tantos místicos, del cumplimiento del Reino de Dios en su plenitud. Ambas corresponden a los dos aspectos del misterio del Verbo Encarnado: Cristo Redentor y Cristo Rey, su Encarnación y su Parusía (Lc 19, 12-15), su Misericordia y su Justicia.

Pues bien, creo legítimo pensar que esas lágrimas de María en Civitavecchia manifiesten la culminación del misterio de la Redención en la Iglesia y, a la vez, hagan referencia al tiempo del Reino de la Divina Voluntad tan suspirado.

Por lo mismo, las dos fases que se notan en los eventos de Civitavecchia, representadas por las dos imágenes iguales de la Reina de la Paz (de las que ya he hablado), pero objeto de signos diferentes, parecen hacer referencia a los dos tiempos del Misterio: la Redención y el Reino.

Las lágrimas de María son signo de su amor materno y por tanto de su dolor, cuya causa somos nosotros. Esa Sangre del Cordero, que es también suya, es signo de la Pasión: la Pasión de Jesús y de María hace veinte siglos, y la Pasión de la Iglesia, ahora y en la hora que llega.

Esa Sangre en la cara de María nos está diciendo: “*Hijos míos, he tomado yo vuestras lágrimas y vuestra sangre para evitarlas a vosotros, pero si no haceis lo posible por*

¹⁹ - La Conferencia Episcopal Yugoslava reconoció legítimo el culto y las peregrinaciones en 1990; pero la víspera de la reunión en que iba a negar la sobrenaturalidad, ya no pudo reunirse porque ese día empezó la guerra, el 26.06.1991, al cumplirse diez años de las apariciones. Posteriormente se volvió a una cierta ambigüedad.

limpiarmelas con la conversión y el amor, existe el peligro de que un día yo las vea en vuestras caras”.

Si no sabemos llorar ante la Misericordia que llora, tal vez un día tengamos que llorar ante la Justicia.

El signo posterior –que ha sido filmado y del que se habla en varios libros–, una especie de “aceite perfumado” o bálsamo, sin duda habla de la *unción del Espíritu Santo*, de *consagración*, de *Caridad*, de *Paz*... Sabremos más el día que se hagan de dominio público los posibles “secretos” o “mensajes”. Mientras tanto podemos observar y reflexionar.

La imagen de la Virgen en Medjugorje tiene un nombre: **“Reina de la Paz”**. Con su gesto parece que nos dice: *“Os pido el corazón para daros el Mío”*...

En sus manifestaciones a la familia Gregori, posteriores al tiempo en que fui párroco, al parecer se ha dado también otros nombres: **“Madonna de las rosas”**, en evidente alusión a los misterios del Rosario (con ese título se había aparecido en San Damiano de Piacenza hace cuarenta años), **“Reina de las familias”** y **“Madre de la Iglesia”**...

Digo la verdad, arriesgandome a ser mal entendido: siempre he sido reacio a llamarla *“la Madonnina”*, como de hecho es nombrada. Ella es *“la gran Madre de Dios, María Santísima”*. Es verdad que decir *“la Madonnina”* es una forma cariñosa y familiar de llamarla, pero de por sí indica un objeto, una estatua (como la de la catedral de Milán), y las estatuas no lloran. Lloran las personas, y Ella es una persona que nos ha mostrado por medio de su imagen, en sus lágrimas, su dolor y su amor. Por eso, hablando de Ella y del signo que aquí ha dado, pienso que sería más correcto nombrarla de otra forma: *“la Madonna”* por ejemplo. Por mi parte nunca la llamo ni siquiera con su nombre *“de pila”*, María, sino que me resulta mucho más natural decirle *“Mamá”*... Creo que a Ella le gusta más.

El nombre de la imagen que ha llorado sangre en Civitavecchia, Ella misma lo está diciendo con sus lágrimas: LA DOLOROSA, MARIA CORRENTORA, porque ha colaborado con su Hijo en la obra de la Redención, porque hace veinte siglos Ella estuvo bajo la Cruz en el momento de ser nuestra Madre, y así estará de nuevo bajo la Cruz para recoger nuestra vida y darnos la Vida de su Hijo.

El título de **“CORRENTORA”**, ampliamente usado por místicos, santos y pontífices (Juan Pablo II lo ha empleado muchas veces)²⁰, no les gusta a algunos teólogos de nuestro tiempo, por razón del diálogo con los protestantes, por lo que en este momento no goza todavía del favor de algunos miembros de la Jerarquía.

“Junto a la Cruz de Jesús estaba María, su Madre” (Jn 19,25).

Cuando Jesús murió, su Vida no podía morir: siguió viviendo en María. Ella acogió la plenitud de la Redención y fue constituida como la depositaria, la fuente y el canal para darla a los hombres. Cuando murió Jesús, la Redención quedó depositada, encomendada y apoyada enteramente en Ella, a tal punto que, así como Dios no se encarnó sin Ella, así es de todo lo demás que va incluido en la Encarnación. Por lo tanto, también la Resurrección fue obra de Dios y de María: Dios había puesto como condición indispensable la fe absoluta de María, su esperanza y su amor, es decir, el ejercicio de su Maternidad divina en el Querer Omnipotente de Dios. Todo dependía de María como Corredentora.

Ahora está llegando el tiempo en que la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, ha de *completar en su carne lo que falta a la Pasión de Cristo* (Col 1,24). Ahora está viviendo la Iglesia, como tal, su misterioso Getsemaní. Y cuando un día se sentirá abandonada por muchos de sus discípulos e hijos e incluso podrá experimentar “el silencio de Dios”, las tinieblas, sintiéndose abandonada por El, mientras el mundo se alegrará, creyendola muerta, el Señor dirá: *“La niña*

²⁰ - Por ejemplo en Ecuador (31 de enero de 1985): **“El papel de María como LA CORRENTORA no deja de existir con la glorificación de su Hijo”**

no está muerta, sino que duerme" (Mt 9,24). La Iglesia no morirá porque, como Jesús, seguirá viviendo en María, hasta su Resurrección. El triunfo de la Iglesia y su Resurrección tendrán lugar de nuevo por medio de María. Sin Ella todo se detiene, nada se obtiene, ni siquiera el triunfo del Reino de Dios, fruto supremo de la Redención. Todo depende de María en cuanto Corredentora.

EL GRAN SIGNIFICADO DE LAS LÁGRIMAS DE MARÍA

Quienes aceptan la realidad del signo se detienen casi siempre en el aspecto dramático que esas lágrimas tienen para nosotros. Es cierto ese aspecto. Padre Pío dijo: *"¡Mala señal, cuando la Mamá llora!"*. Pero más mala señal es cuando no hacemos nada por enjugar sus lágrimas.

"Padre –me preguntaron–, ¿es presagio de alguna desgracia?". Contesté: más bien es una advertencia para que no suceda. Ahora depende de nosotros, como todo. Incluso la profecía de cosas, cuyo cumplimiento depende del hombre, es condicional. Recordemos el anuncio de destrucción que Jonás hizo a Nínive. No se realizó, porque los habitantes de Nínive hicieron penitencia, y con todo la profecía era auténtica. Incluso la Encarnación dependía de la libre respuesta de María. Por consiguiente, si a medianoche una madre grita: *"¡Fuego, fuego!"*, no es que por eso se quema la casa; al contrario, ella avisa, aun de forma dramática, para que los hijos se despierten y apaguen el fuego antes que sea demasiado tarde.

Por lo tanto, el signo tiene sin duda un significado **"moral"**, o sea, que atañe a nuestro comportamiento. Pongamos pues en práctica todo lo que Jesús ya nos ha dicho en su olvidado Evangelio. Pongamos en práctica todo lo que la Stma. Virgen ha venido a recordarnos con su materna catequesis mensual (que fue incluso semanal al principio) en Medjugorje, desde hace ya tantos años, igual que está haciendo en otros lugares de gracia. *"Haced todo lo que mi Madre os está diciendo"*, parece decirnos hoy Jesús.

Pero pienso que el significado del signo sea sobre todo **"dogmático"**, es decir, doctrinal: que probablemente nos quiera decir algo suyo que tiene que ver con nosotros, que para nosotros es de mucha importancia.

María que llora..., que llora lágrimas de sangre... ¿Qué nos hace pensar? ¿De qué nos está hablando? **¡DE LA PASIÓN! LA SANTÍSIMA VIRGEN EN LA PASIÓN, BAJO LA CRUZ, EN EL MOMENTO DE SER NUESTRA MADRE.** Aquí hay una verdad de Fe revelada que tiene que ser mejor comprendida, una verdad acerca de María que tiene que ser afirmada con fuerza y puesta en la Iglesia como la bandera de la Victoria. Por eso deseo ofrecer aquí algunas reflexiones más sobre la verdad de LA CORREDENCION DE MARIA.

1. Dios dijo: **"FIAT LUX**, ihágase la luz!" (Gén 1,3). De esa Palabra de Dios Creador ha salido toda la obra de la Creación. María dijo: **"FIAT MIHI SECUNDUM VERBUM TUUM**, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). De ese **"FIAT"** de María procede la Encarnación del Verbo Redentor.

De un solo **"FIAT"** de Dios han salido millones y millones de estrellas, millones y millones de granitos de arena, de gotas de agua, de hojas de árboles, de seres vivientes, de hombres y ángeles, de actos de existencia, de pensamientos y latidos... De igual manera, del **"FIAT MIHI"** de María han salido todos los actos y toda la Vida de Jesucristo, todo lo que El es y todo lo que El ha hecho para cumplir la Redención.

En ese **"HÁGASE EN MÍ"**, que dijo María, se ha realizado todo lo que Dios había "soñado", todo lo que Dios había decretado, hasta el último respiro del Verbo Encarnado. En el don de la Encarnación ya estaba incluido todo: estaba incluida la Pasión, la Muerte y la Resurrección; estaba la Iglesia, la nueva Creación, la Salvación eterna; estaba la Eucaristía, estaba el perdón de los pecados, estaba TODA LA REDENCION que Jesucristo habría realizado, de igual manera que en la pequeña semilla está ya presente todo el desarrollo de la planta con sus frutos...

María es "hija de la Redención", Ella es su primer fruto, su fruto supremo. María es la primera criatura que debe todo, el ser la Inmaculada, a la Redención. En este sentido Ella es la

primera Redimida; Redimida, no para ser salvada como los demás hombres, sino para que el pecado no La tocara. María debe a su Hijo Redentor la plenitud de la Gracia que La ha hecho Inmaculada y La ha colmado. Pero la Santísima Virgen es a la vez “Madre de la Redención”, puesto que de su “*FIAT*”, de su “*SÍ*” –infinitamente más grande que su seno virginal (Cfr Lc 11,27-28)– procede el Redentor. En la causa está incluido el efecto.

2. Dios quiso hacer un regalo de amor a su Hijo, creando para El una maravillosa y santísima **naturaleza humana** (Cuerpo y Alma), tan pequeña, pero tan grande. Es la Obra de las obras, digna de Dios, perfecta expresión de su Omnipotencia, Sabiduría y Amor: es la Encarnación.

A esa Humanidad Santísima de Jesucristo, el Padre quiso añadir otro regalo inmenso y digno de El: **la obra de la Creación...** El Verbo Encarnado, Jesucristo, es el motivo, es el divino Ingeniero que ha proyectado la Creación, es el Modelo de la misma, es su Heredero (Col 1, 15-19). Jesús de Nazaret es el Principio y el Fin, el Primero y el Último, la Causa y la Finalidad.

Jesucristo es EL PRIMOGÉNITO de todas las criaturas y EL REY del Universo. Pero a estos dos títulos ha tenido que añadir, poniendolo en medio, el de REDENTOR y SALVADOR de la Obra de su Padre. De esa forma la obra de la Creación, hecha y dada al Hijo por iniciativa de Dios Padre, ha quedado justificada y puesta a salvo con su aceptación.

De igual manera Dios ha querido dar su propio Hijo a las criaturas (Jn 3,16), dandoles precisamente el Verbo Encarnado. Pero *en nombre de todas las criaturas* tenía que acogerlo, más aún, tenía que **obtenerlo** con amor, una, la más bella, la más santa: ¡María!

Sin embargo, no era suficiente recibirlo *pasivamente*; hacía falta una acogida *activa*, puesto que Ella no era como un simple recipiente o como “un campo de aterrizaje”, y porque además el Don de Dios no era una cosa cualquiera, sino una cuestión de Amor y de Vida, ¡de Vida divina! El Hijo tenía que hallar en María exactamente lo mismo que hallaba en el Padre. La Madre era llamada a copiar en la tierra al Padre del Cielo como su perfecta imitadora, además de representar e incluir en Ella a todas las criaturas.

Madre por puro Amor, Madre por obra del Divino Amor, Madre del Amor. Madre por tanto con perfecta libertad... **¿Y si María no hubiera aceptado? ¿Y si María no hubiese dicho su omnipotente y divino “FIAT”?** Puesto que es cierto que la Gracia, cuya plenitud poseía María, La prevenía y La movía a corresponder a Dios, pero Ella era absolutamente libre y tenía que vivir en este mundo, no de luminosas evidencias, sino de fe, la cual es a su vez la que da la luz. Por consiguiente Dios llamaba a la puerta de su fe; María era libre y existía la posibilidad (mientras durase la prueba de la vida) de responderle que no.

Un *sí* o un *no* a Dios no se improvisa, desde luego. Desde su Concepción María se había acostumbrado, se había “entrenado” a decir que *sí* a Dios, **con un Sí incluso divino**. Al llegar ese punto de su vida, al momento de su desposorio con Dios en la Anunciación, el *Sí* de María tenía que haber crecido hasta el punto de ser **semejante, idéntico al “FIAT” de Dios**, para hacer contacto con El y hacer posible la Encarnación... ¡Y con todo ello, Dios se jugaba todo! ¡Qué confianza la suya, hacia María! ¡Qué amor a María!

Y no cambia nada decir que Dios, sin embargo, ya sabía desde siempre cuál habría sido la respuesta de María y que todo su Proyecto habría salido bien. **Por María y gracias a María** el Proyecto divino ha salido bien; pero para cuántos de nosotros ese plan –al menos en parte– queda fracasado. Y también en este caso Dios lo ha visto desde siempre.

3. El “*FIAT*” que María dice en el momento de la Anunciación contiene toda su vida pasada, desde su Concepción Inmaculada: es la suma de millones y millones de veces que ha dicho a Dios “*FIAT*” por cada pensamiento, por cada latido de su corazón, por cada respiro... Jamás ha hecho nada que no estuviera animado por la vida misma del “*FIAT*” de Dios.

Es como si el Padre Divino tuviera “en su Corazón”, “en su Seno”, un maravilloso mosaico viviente: su propio Hijo. Un mosaico formado por infinitos atributos divinos; en su Hijo forman su Autorretrato viviente. Y María ha ido por medio de su “*FIAT*” hasta dentro del Corazón del

Padre, a tomar poco a poco –pues es una criatura y es limitada–, a tomar uno por uno los fragmentos de ese mosaico para reproducirlo en su Corazón de Madre. El día que completó el divino Retrato en sí misma mediante el último “*FIAT*” (el que dijo al Ángel), el Verbo Divino vio en Ella todas sus facciones divinas, su Retrato perfecto, y se dijo: “¡Voy a tomar de Ella y en Ella lo que es mío!”. De ese modo se encarnó en su seno. Pudo hacerlo, porque ya antes había sido concebido en su Corazón Inmaculado.

Pero hay más. El “*FIAT*” de María en la Encarnación contiene y determina *todas las consecuencias*, toda su vida futura. En efecto, el Verbo se encarnó para ser también el Redentor. Lo hizo, concibiendo en El a todas las criaturas y por tanto encerró en Sí todas sus culpas, todas sus miserias y dolores. El Verbo se encarnó **crucificado**. De no haber sido así, habría excluido de El a todas las criaturas, todo el don de amor que Le tenía preparado el Padre.

Se encarnó Crucificado y a la vez –podemos decir– Resucitado; es decir, hallando la muerte y trayendo la Vida, en María, de María y gracias a María.

Si tenemos las páginas del Evangelio, lo debemos al “*FIAT*” de María. Si existen las palabras de Jesús, es gracias al “*FIAT*” de María. Si tenemos las oraciones, las súplicas, las lágrimas de Jesús, es gracias al “*FIAT*” de María. Si existe el “*FIAT*” de Jesús al Padre en el Huerto de los Olivos, es gracias al “*FIAT*” de María. Si para nosotros hay REDENCION Y SALVACION, es siempre gracias al “*FIAT*” de María.

Para encarnarse, el Verbo Hijo de Dios ha querido la colaboración de María. Por lo tanto, en cada cosa de su Vida y de su Misión de REDENTOR ha querido la cooperación de su Madre. “*No es bueno que el Hombre esté solo*” (Gén 2,18), dijo Dios, en primer lugar de su Hijo, como lo había dicho de Adán y como antes aún había dicho: “*No es bueno que mi Amor esté solo*”.

Esa colaboración de María se ha realizado mediante su respuesta, el “*HÁGASE EN MÍ*”, el “*FIAT*” Divino, que Dios le ha pedido cada vez, en el máximo respeto de su libertad. *Para cada cosa se lo ha pedido*. María siempre ha obedecido. A cada petición del Amor, María ha respondido con el mismo Amor. Para cada cosa Dios le ha pedido permiso y colaboración, y Ella ha obedecido. María es “hija de Obediencia”, “*hasta la muerte y muerte de Cruz*” (Flp 2, 8). Entre Dios y María siempre ha sido fiesta, jamás se han negado nada, el uno al otro.

Para cada cosa Jesús ha querido que su Madre Le diera la Vida y para Jesús la Vida es la Voluntad del Padre. Jesús ha querido que su Madre le pidiera hacerla por obediencia; *para cada cosa Ella se lo ha pedido*. María lo ha hecho y Jesús la ha obedecido siempre con gozo, para honrar a la Voluntad del Padre en Ella.

La cooperación de María consiste también en ésto: Ella es “Madre de Obediencia”, incluso hasta tener que decir un día –sin necesidad de palabras– para obedecer a la Voluntad del Padre y a su Amor: “*Sí, Hijo mío, vete a cumplir tu Misión, a tu vida pública..., a tu Pasión, a la Cruz..., ¡y yo, tu Madre, ire contigo!*”.

Sólo así María, perdiendo su vida, la ha hallado de nuevo (Lc 9, 24). Sólo así pudo decir otro día, haciendo en todo lo mismo que hace el Padre: “*Hijo mío, con la misma Voluntad Divina Te pido que resucites... ¡MARANATHA! ¡Ven, Jesús! ¡Mi amor lo pide a tu Amor!*”

4. De ese modo María es la Madre de Jesús no sólo en parte, de algo de El, sino EN TODO. No sólo Le ha dado la vida, dándole el Cuerpo y la Sangre, ni solamente durante nueve meses, ni limitándose a su edad infantil, y ni siquiera tan sólo durante los treinta y tres años de su vida terrena, sino más allá de su muerte, en la Resurrección, y también en su Vida Eterna. No es simplemente una vida humana la que Jesús ha querido recibir de María, sino *la misma Vida divina* que recibe del Padre. El Padre se la da por naturaleza, María se la da por gracia. Pues Jesús, que tiene dos naturalezas, es una sola Persona Divina y vive una sola vida, que es precisamente divina.

La característica de María, que la hace ser única a los ojos de Dios y la colma de felicidad y de gloria, no consiste tanto en haber concebido, incluso virginalmente, a Jesús, formando en su vientre la Santísima Humanidad de su Hijo, y haberlo amamantado (como dijo aquella

simpática mujer del pueblo: Lc 11,28), cuanto *el haberse identificado perfectamente con la Voluntad del Padre*. Solamente ésto, que es el supremo don de Dios, explica todo. María hace todo con una Voluntad Divina, que es una con la suya, recibida por gracia.

MARIA CORREDENTORA significa que María es MADRE DE JESUS EN TODO: Madre que Le ha dado la Vida a cada momento, al mismo tiempo que el pecado Le daba la muerte en cada momento. Madre de cada pensamiento de Jesús, Madre de cada latido de su Corazón, Madre de cada una de sus palabras, de su doctrina, de cada uno de sus milagros y curaciones, de cada vez que usa la Misericordia y da el perdón, Madre de cada llamada a seguirlo, Madre de cada Sacramento instituido, ¡Madre de la Eucaristía!... Madre de cada pena y de cada lágrima, Madre de cada gota de su Sangre, Madre en la suprema angustia de su abandono, Madre que recoge *toda la vida de su Hijo*, en el momento de su muerte, para ponerla a salvo en su Corazón. Por eso María es LA MEDIANERA de la Vida de su Hijo: porque pasa totalmente a través de Ella, ¡porque es suya!

5. Jesucristo murió en la Cruz; murió en su Naturaleza Humana, al separarse su Alma de su Cuerpo. Literalmente murió porque el Corazón se Le partió de dolor divino, al experimentar lo que es el abandono del Padre. Pero Jesús es *“la Resurrección y la Vida”* (Jn 11, 25). Jesús murió, pero su Vida no podía morir; ¿qué pasó con ella? ¿A dónde fue a parar? La Vida de Jesús, con todas sus penas, con todo su dolor y su Amor, con toda su obra de LA REDENCION ya cumplida, quedó encomendada, depositada y viviente en María, su Madre.

En aquel momento la vida cesó en la Humanidad de Jesús, pero siguió viviendo en María... Sucedió de un modo análogo a su Encarnación: Jesús vivía en María, su Madre, Ella Le daba la Vida y Lo tenía escondido en Ella hasta el momento en que Lo dio a luz. Así fue en el momento de su Muerte: la Vida de Jesús estaba en María, su Madre, y Ella Le daba la Vida en su Corazón traspasado hasta el momento en que, junto con el Padre, Lo llamó a la Resurrección.

El Amor es más fuerte que la muerte (Cfr Ct 8, 6-7). El Amor materno de María traspasó la barrera de la muerte, para ir a por su Hijo y hacerle volver a la vida.

En la noche de la Pasión, para Jesús se apagaron todas las estrellas y también se oscureció el Sol del Padre, eclipsado por los pecados del mundo. Una sola estrella nunca Lo abandonó: su Madre. Lo mismo fue para María. En la noche de su dolor sin fin, cuando el Sol de su Hijo se había eclipsado, le quedó sólo una estrella, su fe heroica. Su fe fue *“la antorcha”* que iluminó a su Hijo el camino del regreso, como el amor fue el aceite de su lámpara encendida en espera del Esposo. Durante aquellas interminables horas de agonía, hasta el alba del tercer día, la obra de su Hijo, el Proyecto divino, dependió de la fe, del amor y de la fidelidad de María. El plan de Dios se cumplió nuevamente por María y gracias a Ella alcanzó su meta en la Resurrección. **¡MARIA ES MADRE DE LA RESURRECCION!** Sí, para tener la Vida Jesús quiso la colaboración de su Madre; y para volver a la Vida en su Resurrección quiso de nuevo el *“FIAT”* de su Madre.

¡Esto significa ser MARIA CORREDENTORA! Significa ser Aquella que ha recogido y que ha hecho suya, poniendola a salvo, la Vida de su Hijo, LA OBRA DE LA REDENCION, el Proyecto del Padre.

Ser Corredentora significa ser Madre de todo en Jesús y, por consiguiente, **ser Madre DE TODOS en Jesús**. Al concebir a Jesús, María nos había concebido en El como criaturas y como miembros del Cuerpo Místico de su Hijo. Al pie de la Cruz nos ha dado a luz como redimidos, como hijos de Dios renacidos a la Vida. María es la verdadera *“Madre de todos los vivientes”* (Gén 3, 20). Y como no habríamos existido descendiendo sólo de Adán, sin la colaboración de Eva, de igual modo no habríamos sido redimidos por Jesucristo sin la corredención de María. **Decir que es la Corredentora quiere decir que, si somos redimidos, lo debemos a María unida a su Hijo.**

Ella hizo suya la Vida de Jesús, su Pasión y Muerte y su misma Resurrección, para darnosla a nosotros, para darla a la Iglesia. Cuando el Cuerpo muerto de Jesús fue desclavado de la Cruz

y puesto en los brazos de su Madre, María sintió entonces los dolores del parto: *“La Mujer, cuando da a luz, está en el dolor, porque ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda más de la angustia, por la alegría de que un hombre ha venido al mundo”* (Jn 16,21). María ya veía en su Hijo muerto a sus hijos vivos. ¡En sus brazos tenía a la Iglesia, que en aquel momento estaba naciendo! En el Calvario revivía de un modo nuevo el misterio de Belén... Y sin embargo su sufrimiento no había terminado; su amarguísima Pasión tenía que continuar aún hasta la Resurrección. Bien podemos suponer que **“el Getsemaní azul”** de María terminó solamente cuando la Iglesia, en la persona de Pedro (1ª Cor 15, 5), acogió la Redención, que culminó en la Resurrección, y la hizo suya.

6. Desde entonces, la tarea de LA CORREDENCION pasó a la Iglesia. Por eso, San Pablo pudo decir las palabras de la Corredentora: *“Hijitos míos, que de nuevo doy a luz en el dolor, hasta que Cristo esté formado en vosotros”* (Gál 4,19).

La maternidad de la Iglesia es la Maternidad de María que prosigue en la Iglesia y por medio de la Iglesia. Igualmente, la corredención de la Iglesia, a la que somos llamados, es participación en la Corredención de María, que en este momento histórico, más que nunca, debe continuar en la Iglesia y por medio de la Iglesia.

Jesús hace que su Cuerpo Místico comparta todas sus prerrogativas: Hijo de Dios e Hijo de María, Mediador, Redentor y Rey. Estos tres últimos títulos son tres misiones que Jesús realiza, en relación con los tres fines por los que se encarnó:

- Para ser el Primogénito entre todas las criaturas y por eso **EL MEDIADOR** o **Pontífice**, el **Sacerdote** de toda la Creación;

- Para ser el Salvador del mundo y por lo tanto **EL REDENTOR**, la **Víctima**, el **Cordero de Dios** que quita los pecados del mundo;

- Y para ser el Heredero del Universo y por consiguiente **EL REY** del Reino de la Voluntad del Padre, un Reino que no es de este mundo, pero que ha de realizarse en este mundo.

De estas prerrogativas hace partícipes a todos en su Iglesia, en diversa medida (*“a uno dio cinco talentos, a otro dos, a otro uno”*), recibiendo diversa respuesta.

En la Iglesia cada uno es un pequeño MEDIADOR, es decir, participa de la Mediación única y universal de Jesucristo cuando intercede por los demás (Cfr 1ª Tim 2, 5). Es un pequeño CORREDENTOR cuando en favor de los demás, de los pecadores, se ofrece al Señor, repara, obtiene perdón; por eso puede decir San Pablo: *“Me alegro de los padecimientos que sufro por vosotros y completo en mí carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia”* (Col 1, 24). En fin, cada uno es llamado a REINAR con Cristo mediante la perseverancia (2ª Tim 2,12).

Es evidente, por tanto, que la Madre de Jesús comparte las prerrogativas del Hijo con plena justicia y verdad, habiendo sido llamada a colaborar **de un modo único** a la Misión y a los oficios del Verbo Encarnado, Crucificado y Resucitado, respectivamente como **la Medianera, Corredentora y Reina**.

Por su parte Ella ha correspondido también de un modo único, heroico, divino. **Nadie jamás se ha identificado con Jesucristo como Ella**. ¿Quién mejor que María puede decir en todas las Misas de todos los **tiempos** (no en sentido sacramental, aunque sí con plena verdad) *“ésto es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre”*? María ha sido definida por el Papa *“Mujer Eucarística”*.

Que María sea Inmaculada, la Madre de Dios, la Siempre Virgen, la Toda Santa llevada al Cielo en alma y cuerpo, son verdades que corresponden a su relación personal con Dios. La Iglesia ya las posee plenamente. Pero la Iglesia no tiene todavía la plena, luminosa y vital conciencia de estas verdades que se refieren al mismo tiempo a las relaciones de María con los hombres redimidos por su Hijo y con el resto de la Creación: es decir, que María es, como Ella misma lo dijo en sus manifestaciones en Amsterdam: **CORREDENTORA, MEDIANERA y ABOGADA**.



Sangre humana “de varón y de mujer”.
Sangre divina de Jesús y lágrimas maternas de María:
¡del Divino Redentor y de la Corredentora!
“No separe el hombre lo que Dios ha unido”

“MADRE, ¿POR QUÉ LLORAS?”

*“Lloro porque muchos de mis hijos se pierden, van al infierno.
Lloro porque pocos son los que acogen mi invitación
a orar, a reparar, a sufrir, a ofrecer.
Lloro porque la Iglesia prosigue por el camino de la división,
de la pérdida de la verdadera Fe”.*



“Haced todo lo que mi Madre os diga”

No pudiendo recordar todas sus maternas instrucciones y reconociendo la misteriosa relación entre MEDJUGORJE y CIVITAVECCHIA a causa de la procedencia de las dos imágenes, aun teniendo en cuenta sus diferencias específicas, quisiera recordar algunas de sus exhortaciones, entre las más significativas.

El juicio *oficial y definitivo* tanto sobre MEDJUGORJE, como sobre CIVITAVECCHIA, aún no ha sido dado por la competente Autoridad de la Iglesia.

Sin embargo existe actualmente alguna diferencia entre ambas: los hechos de Civitavecchia (me refiero a las lagrimaciones de sangre de la primera estatua, en 1995) han obtenido un parecer positivo por parte de la comisión diocesana instituida por el Obispo. El cual, en cuanto testigo (no como juez) ha declarado muchas veces su convicción de la autenticidad de lo ocurrido. Por ello los hechos de Civitavecchia ya han recibido un primer reconocimiento diocesano. Lo demuestra el que a partir del 17 de junio de 1995 la “*Madonnina*” fue puesta por el Obispo en la iglesia de San Agustín, expuesta a la veneración pública de los fieles, y desde el 15 de marzo de 2005 esta iglesia es oficialmente “Santuario de la *Madonna* de las Lágrimas”, estando permitidas las peregrinaciones oficiales.

Por lo demás, numerosísimos testimonios privados favorables han sido ampliamente hecho públicos, durante todos estos años, incluso por parte de personas de gran autoridad, tanto en lo que se refiere a las apariciones marianas en la que fue Yugoslavia, como a las lagrimaciones de la Virgen en Civitavecchia.

De todas formas, mi pensamiento es que, cuando se considera el misterio de estas lágrimas y su mudo mensaje, *no se puede ignorar el signo que Medjugorje representa para la Santa Iglesia* en este periodo conclusivo del Segundo Milenio y al comienzo del Tercero, a

parte las características propias de ambos eventos. *Ignorar esta relación sería como decapitar el evento de Civitavecchia, cancelando su origen.*

Puedo entender que por ignorancia y por un cierto temor de comprometer “nuestra” Virgen (que para nosotros es cosa cierta) con “esa otra” que se aparecería en Medjugorje (la cual, dicen algunos, presentaría aspectos inciertos, dudosos, por lo que temen que tal vez un día se diga “que no era verdad nada”, que eran *montajes* humanos), haya quien no vea con buenos ojos el vínculo histórico entre las dos manifestaciones y prefiera ver más bien un vínculo con alguna otra famosa aparición ya aprobada oficialmente y no sospechosa...

Pero no puedo entender que no se quiera ver que la procedencia de la imagen (ide dos imágenes!) demuestra una conexión que objetivamente no existe entre Civitavecchia y, por ejemplo, Lourdes, Fátima o Montichiari...

La conexión con esas otras “apariciones” marianas existe, ¡ya lo creo!, pero en otro nivel: todas las mariofanías son “pasos” de una única intervención materna o asistencia a la Iglesia, y entre ellas existen múltiples relaciones, de contenido, de fechas, de numerosos aspectos que bien merecerían un estudio detenido en su conjunto.

A quien mira con recelo la conexión entre Civitavecchia y Medjugorje yo le diría solamente: ¿es que Dios puede poner una firma auténtica en un documento falso? Con lo cual no estoy afirmando que ambas manifestaciones tengan el mismo contenido ni finalidad ni modo de desarrollarse. Dios no se repite.

Y añadido que todas las cosas que Dios nos propone (no impone, como más bien nosotros solemos hacer) tienen suficiente luz para quien quiere verlas y suficiente penumbra para quien no las quiere ...

* * *

*“Queridos hijos míos, he venido a vosotros para conducirlos a la pureza del alma y de ese modo hacia Dios. ¿Cómo me habeis acogido? Al principio, sin creer, por miedo y por desconfiar de los muchachos que yo había elegido. Después la mayoría me acogió en su corazón y empezó a poner en práctica mis peticiones maternas. Pero por desgracia tampoco eso duró mucho. A cualquier sitio que yo vaya –y conmigo está también mi Hijo– se presenta también Satanás. Sin daros cuenta le habeis dejado que prevalezca en vosotros, que os domine. A veces os dais cuenta de que algún gesto vuestro no está permitido por Dios, pero rápidamente sofocais ese sentimiento. ¡No cedais, hijos míos! **Enjugad de mi cara las lágrimas que derramo observando lo que haceis...** ¡No cedais! ¡Orad conmigo! No os engañéis pensando: «Yo soy bueno, pero mi hermano que está a mi lado no vale nada». No estaríais en lo justo. Yo, como Madre vuestra, os amo y por eso os reprendo. ¡Aquí hay secretos, hijos míos! ¡No se sabe de qué se trata, pero cuando se conozcan, será tarde! ¡Volved a la oración! Nada hay más importante que eso. Quisiera que el Señor me permitiese aclararos los secretos, al menos en parte; pero ya son demasiadas las Gracias que os ofrece. Pensad cuánto es lo que vosotros Le ofrecéis. ¿Cuándo ha sido la última vez que habeis renunciado a algo por el Señor? No quiero regañaros aún más; lo que quiero es invitaros de nuevo a la oración, al ayuno, a la penitencia...” (27 de enero de 1987).*

*“Queridos hijos, ya os he dicho que os he escogido de forma especial, así como sois. Yo soy la Madre que os ama a todos. En cada momento, cuando tengais dificultades, no tengais miedo, porque yo os amo incluso cuando estais lejos de mí y de mi Hijo. Os ruego, **no permitais que mi Corazón llore LAGRIMAS DE SANGRE por las almas que se pierden en el pecado**, Por eso, queridos hijos, ¡orad, orad, orad! ¡Gracias por haber respondido a mi llamada!” (24 de mayo de 1984).*

“Queridos hijos, hoy también os invito a la oración, ahora como nunca, cuando mi plan ha empezado a realizarse. El demonio es fuerte y quiere bloquear los planes de paz y de gozo y haceros pensar que mi Hijo no es firme en sus decisiones. Por eso os invito, hijos queridos,

a orar y ayunar aún más. Os invito a ofrecer renunciaciones durante nueve días, para que con vuestra ayuda se cumpla todo lo que quiero realizar mediante los secretos que he comenzado en FATIMA. Os invito, queridos hijos, **a que comprendais la importancia de mi venida y la seriedad de la situación.** Deseo salvar a todas las almas y presentarlas a Dios. Por eso oremos, para que todo lo que he empezado se realice completamente. ¡Gracias por haber respondido a mi llamada!” (25 de agosto de 1991).

* * *

“EL LLANTO DE UNA MADRE” ²¹

Esos mensajes son importantes y graves. No hay que tomarlos con ligereza... Las lágrimas silenciosas de María dan a sus palabras una elocuencia excepcional, que no tiene nada que ver con los artificios de la sabiduría humana.

Una Madre, cuando no se la escucha, ya no habla. Calla y llora.

Contemplamos la delicadeza de amor y la profunda humildad de María, la Madre de Dios, que llora por sus pobres hijos que demasiado ofenden a Su Hijo tan amado y se vuelven así desgraciados.

Debilidad del amor... Humildad del amor materno... Pero esa debilidad, esa humildad son su fuerza más grande. ¿Quién podrá decir la potencia de las lágrimas de una madre? ¿Quién dirá la potencia de las santas lágrimas de la Madre de Dios?

No sé cuántos años tenía yo, pero me acuerdo que hice llorar a mi madre, hasta el punto de obligarla a agarrar el palo para corregirme... En realidad, la vara le rompía antes el corazón a ella, que no mi exagerado orgullo y mi terrible amor propio. ¡Pobre mamá, qué pena debía darle!... Pues mientras blandía la vara flexible, veía su bella figura ofuscada por la pena y sus hermosos ojos azules llenos de lágrimas... No recuerdo los golpes, es como si no los hubiera sentido, pero bien me acuerdo de sus gruesas lágrimas brillantes, más bellas que todas las perlas del mundo, que corrían en abundancia... y sentía la profunda humildad de su amor que la hacía llorar.

Creo que después nunca más la he hecho llorar, sino tal vez de alegría, incluso cuando ya no tenía más lágrimas por haber llorado demasiado, en el momento de irme a la misión, sin esperanza (en aquella época) de volver a ver a sus dos hijos misioneros, en 1949.

Si las lágrimas de una madre ya son tan potentes en el corazón de un niño que quería hacer su capricho, ¡qué diremos de la omnipotencia de las santas lágrimas de la humilde e Inmaculada Madre de Dios en el corazón de sus niños grandes, pecadores, rebeldes e ingratos? *Es la última súplica de un amor que busca desesperadamente ser amado.* Y cuanto más grande es el amor, mayor sufrimiento es el amor.

Si la Santísima Virgen llora, es porque su Corazón se siente tocado en lo vivo. Entonces hay que hacer lo que sea por consolarla, por consolar su Corazón doliente e inmaculado de Madre. La Stma. Virgen María en Siracusa (Sicilia) ha llorado sólo durante tres días y medio. En Akita (Japón) ha llorado 101 veces, durante casi siete años. Esa superabundante efusión de lágrimas de la Madre de los siete Dolores revela la sobreabundancia de los pecados del mundo, que son su motivo.

Las santas lágrimas de María son el tesoro de Dios, pero son derramadas por nosotros. Unidas a la preciosa Sangre de Jesús son la doble efusión de un mismo Corazón. ***Es todo el misterio de la Pasión, de la Redención y de la co-Redención, de la Mediación y de la Intercesión*** de los dos Corazones unidos en el Espíritu Santo, que se perpetúa en el mundo. *La aflicción del Corazón Inmaculado de María no es sino la aflicción del Sagrado Corazón de Jesús.*

²¹ - Del libro “*Las últimas apariciones de la Santísima Virgen en el mundo*”. Ed. Segno (Udine, Italia), pág. 203-206.

SIGNIFICADOS ESPIRITUALES

El sudor y la sangre que brotan de la estatua de María quieren recordar el sudor y la sangre de Jesús en el Huerto de su agonía y renovar la devoción a su preciosa Sangre, inseparable de la devoción al Corazón santo y misericordioso de Jesús y al Corazón doloroso e inmaculado de María.

Afortunados pecadores que somos, al tener una Madre omnipotente respecto al Corazón de Dios, que llora con tanta preocupación por sus hijos ingratos y extraviados. Los infelices hijos de tan grandes lágrimas y de tan profundo dolor no pueden ser sino salvados. Cuando la Mamá, María, llora por sus hijos, sus lágrimas son un rocío benéfico, un verdadero diluvio universal de Sangre divina, *de la cual Ella es la dispensadora soberana*. Esa efusión es a la vez la más perfecta de todas las ofrendas.

“Oh Madre tan amada, ¿por qué lloras?... ¿Por quién lloras?”... ¡Oh, lo sé demasiado bien! El mundo entero se ha entregado al pecado y por tanto está bajo el dominio del demonio. Sin embargo, sin temor a equivocarme, que las lágrimas ardientes de nuestra Madre del Cielo son provocadas por sus mismos hijos, que hoy en gran número viven en total olvido de Dios, sumergidos en los falsos placeres del mundo y de la carne, despreciando los Mandamientos de Dios y de la Iglesia y corriendo irremediamente hacia su perdición.

Y nosotros, Sacerdotes, en este pueblo de Dios, ¿no hemos de ser los primeros en golpear el pecho, diciendo un *“mea maxima culpa”* de ardiente reparación? Nosotros los consagrados, la pupila de sus ojos, los nuevos Juan de su Corazón, ¿acaso no somos la razón principal de las lágrimas de nuestra Madre común, que es en especial *“la Madre de nuestro sacerdocio”*? *¿No es por nosotros, Sacerdotes, por quienes llora ante todo?*

Oh, sí, en lo hondo de mi Corazón lo sé, lo siento, que su más grande dolor es ver a sus queridos hijos consagrados a Ella, que ya no la aman, que ya no escuchan las palabras de su Hijo, que ya no siguen al Santo Padre, que traicionan al Evangelio para seguir el gran error demoniaco del marxismo y del modernismo, que ignoran a Jesús presente en la Eucaristía, Lo abandonan dejándolo solo en el Sagrario y Lo ofenden demasiado, a menudo con sacrilegios repetidos y con demasiadas negligencias...

Es lo que he sentido profundamente cuando una monja de la comunidad me ha dicho: *“Es la primera vez que la Virgen María muestra sus lágrimas a un Sacerdote”*.

Desde luego es una Gracia grande ver las santas lágrimas de la Santísima Virgen... Pero esas palabras me hicieron ser aún más consciente de mi responsabilidad y de mi solidaridad con todos mis hermanos Sacerdotes... En ese pequeño convento dedicado a la Eucaristía he comprendido que Jesús sufre sobre todo por la frialdad, por la indiferencia y por los ultrajes recibidos por sus predilectos, precisamente en el gran Sacramento de su Amor.

PROFECIAS QUE SE CUMPLEN

En Caserta (Italia), Teresa Musco, llamada a volver a Dios en 1976, ya había anunciado de parte de la Santísima Virgen que sus lágrimas se habrían visto también en otras ciudades y en otras naciones... Y la Virgen María añadía tristemente: *“¡Cuántos hijos míos predilectos, los Sacerdotes, me traicionan y me han echado de su corazón!”*.

¡Qué dolor insondable!... Y no obstante, en un estremecimiento de amor, su Corazón de Madre trataba de tocar todavía el corazón de sus hijos con esta última declaración: *“Será suficiente un poco de arrepentimiento –decía– pues yo soy su Mamá, yo los amo aún más que antes”*.

Pero incluso ese “poco de arrepentimiento” nuestra dulce Madre no lo encuentra y por eso llora, buscando consoladores para su Hijo y almas reparadoras.

Y como Ella es la única Madre según la naturaleza que tiene derecho a adorar a su Hijo Jesús, Ella es también la única Madre según la Gracia, que tiene el poder de hacer que Lo adore

la innumerable multitud de todos sus demás hijos, sólo mediante la virtud omnipotente de sus santas lágrimas.

En el Calvario, después de habernos dado a su Madre por medio de la persona de San Juan, Jesús gritó: “¡Tengo sed!”. En aquel momento bebió a grandes sorbos aquel auténtico cáliz de su Pasión, que era el Corazón traspasado de la Inmaculada...

La Santísima Virgen María, durante toda su vida, pero sobre todo bajo la Cruz, ha sufrido todo lo que ha sufrido el Corazón de Jesús.

Las aflicciones, los dolores, las pasiones, se han unido de un modo indisoluble porque los dos Corazones se han unido en el Espíritu Santo para el último sacrificio: No es más que una sola Pasión que hace sufrir a la vez los dos Corazones.

Ver el dolor de su Madre que asistía a su atroz agonía, ha abreviado su Vida. Su Corazón de Hijo ha podido resistir más a los sufrimientos físicos que a esa pena indecible. “¡Mamá!” fue su última palabra, “el gran grito” con que expiró en la Cruz (“La Santísima Virgen a sus hijos predilectos, los Sacerdotes”, 01.08.1973; “El Hombre Dios”, de M. Valtorta, edición italiana, vol. IX, pág. 362).

“Consummatum est”.

Sí, todo se había cumplido. Jesús había bebido aquel “Cáliz de Amor” lleno de lágrimas de su Santa Madre, en el momento de ser nuestra Madre.

Sobre este océano de lágrimas dolorosas y amorosas de María, la Madre, se levantará pronto en el país del Sol Naciente, el verdadero Sol: de Justicia, de Luz y de Amor, que lo sanará de todas sus miserias. Se realizará entonces la promesa de la Señora de todos los Pueblos: “*El Japón se convertirá*” (21ª visión, del 15. 02.1950).

Padre Joseph Marie Jacq (de las Misiones Extranjeras de París)

(Traducción española del texto italiano, que a su vez es traducción del original francés publicado en París en 1985, con aprobación de Monseñor Itô, Obispo de la diócesis de Niigata, donde ocurrieron los hechos sobrenaturales de Akita, reconocidos por El, el 22. 04.1984).



*“¡Animo, pueblo mío, tú, resto de Israel!
Habeis olvidado a Aquel que os ha creado, el Dios Eterno;
habeis afligido a quien os ha nutrido, Jerusalén...
Con alegría os había nutrido y he tenido que dejaros **con lágrimas** y gemidos.
Id, hijos míos, id, Yo me quedo sola. **Me he despojado del hábito de la Paz,**
he ceñido el cilicio de la súplica; gritaré al Eterno por todos los días de mi vida”*

(Baruc, 4)

MADRE, ¿POR QUÉ LLORAS?

“Lloró porque era la Corredentora y la Madre del género humano renacido a Dios, y debía llorar, por todas las madres que no saben hacer de su dolor de madres una corona de gloria eterna”. (“El Hombre-Dios”, vol. II, pág.16).

* * *

“De los ojos de una madre cada hijo comprende, en diferentes ocasiones, el afecto de aquella que, al concebirlo, le dio a su propio hijo la imagen de sí misma. Mirar a una madre significa leer nobles sentimientos o penas maternas. Pues bien, pensad por un momento cuando, clavado en la Cruz, crucé mi mirada con la de mi Madre, casi moribunda a mis pies. ¿Qué cosa puede suscitar más piedad que ver a María que me mira en un estado de inmensas penas? La Madre dolorosísima no olvidó jamás mi mirada, con la que le traspasé la última partícula de su Corazón que le quedaba aún sana, y tuve que realizar un gran prodigio para mantenerla todavía viva...

*iMamá querida, qué cosas te hice pasar, **asociándote a Mí en la Redención del género humano!** Tus ojos ahora brillan, pero mi Corazón no estará satisfecho hasta que no haga conocer a cuantos más quieran tus penas, tus amar-guísimos dolores.*

Quien me ama, me siga también en ésto, es decir, en el recuerdo frecuente de aquellos ojos maternos...”.

* * *

*“Hoy recordais los dolores de mi Madre y os haceis la idea que podeis. Hoy Yo recuerdo aquellos dolores, aquellas penas, aquel Corazón hecho pedazos por Mí y por vosotros, que era tan bello y puro y tan palpitante de santísimo amor, que por sí solo formó un dique al gran mar tempestuoso de las almas y me trajo, como medio deseado por Mí, a todos vosotros, sus hijos. Ella, purísima desde su Concepción, no hubiera tenido que sufrir las consecuencias del pecado, y sin embargo, **conmigo**, ha recibido y sostenido todo el peso del mundo. **Yo he redimido, Ella ha cooperado conmigo** por amor mío y vuestro. Yo, Hijo divino de la Inmaculada, he sufrido mi grandísima Pasión como solamente el Padre puede conocerla, pero no estuve solo, porque **Ella estaba conmigo** y me comprendía hasta el punto de haberse transformado en una antorcha de dolor.*

*iOh, si supierais qué es lo que me pedís a Mí y a Ella cuando nos rogais que os hagamos sentir algo de nuestros sufrimientos! ¡Si supierais! Pero no podeis hacerlo bien si no teneis una grandísima unión con Nosotros; y si os lo concediera, sería un sufrir muy ligero en comparación conmigo y con Ella. La Pasión mía y la de María, en efecto, **jamás serán comprendidas por las otras criaturas** humanas o angélicas, porque Ella y Yo estamos altísimamente solos ante mi Padre, aunque estemos unidos a vosotros en unión de Caridad”.*

* * *

*“Todas las veces que María, **llorando, recordaba mi Pasión**, Yo, desde el Cielo, donde había ascendido cuarenta días después de mi Resurrección, no dejaba de acompañarla para confortarla en las crueles penas que se renovaban en su corazón de Madre. En efecto, Ella es **la primera continuadora** de mis mismas penas y, por así decir, ha inaugurado la legión innumerable de los que han de completar lo poco que falta a mi Pasión, porque es algo reservado a mis seguidores. A mayor motivo en María, la primera entre todos, tenía que realizarse **una excepcional unión a mi Pasión**, a la que había participado directamente, siendo en Ella parte viva y aceptada. Por eso, pensad a menudo en Ella, los que os habeis acogido a mi Pasión, pues Ella sabe, puede y quiere ayudaros a meditar mis sufrimientos. Conmigo y con Ella no tengais miedo, por tanto, de entrar en el surco doloroso de mis penas atroces, desde el Huerto hasta el Calvario”.*

* * *

“Quien quiera contemplar a mi Madre dolorosa en el Calvario, me lo pida, y Yo, que viví aquellas horas terribles, con mucho gusto le daré luz y compasión hacia Ella, que quiso asistir a mi Muerte.

Me había seguido, como podía, en el camino que lleva al lugar de mi martirio, y cuando pudimos vernos fue para Ella y para Mí una herida inmensa. La acompañaron al pie del Calvario, pero no pudo acercarse enseguida a mi Cruz. No obstante eso, su vida dependía más que nunca de la mía y Ella se sentía morir lentamente, atenazada por una presa cruel. Los latidos de su Corazón languidecían cada vez más y el dolor la había casi petrificado. Pobre Madre mía ¡cuánto la he hecho sufrir! No quería que mi Madre estuviera viendome desde lejos; por eso hice de modo que le fuera posible acercarse a mi Cruz. Yo era Dios, pero sufría en cuanto Hombre y como tal he deseado que mi Madre estuviera cerca de Mí. A mayor motivo que eso correspondía a mi Proyecto divino de hacerla partícipe excepcional de mi Pasión. Así pudo **cooperar** conmigo y **concurrir** conmigo a la salvación del género humano. Ya era digna de ser partícipe de mi obra de Redención, pero haciendo que estuviera bajo mi Cruz, quise expresarle mi gratitud con esta elección mía.

Así que mi Madre se había acercado a Mí y Yo podía distinguirla a través del velo de sangre que me tenía los párpados casi del todo cerrados. Aun estando ya muy próximo a la muerte, mi Corazón de Hijo tuvo un palpar del todo especial por aquella pobre Madre que me había secundado divinamente durante toda la vida. Estaba a punto de irme de la tierra y ¿cómo podía no saludar a Aquella que me engendró, que compartió todas mis preocupaciones y que estaba por entero ofreciéndose verdaderamente por Mí y por vosotros?

Ya sabéis cual fue mi despedida. Mi despedida fue hacer la sustitución de Mí mismo con vosotros, por medio de Juan. Ella comprendió y acogió, con inmensa gratitud, en lugar de su Hijo único e insustituible, una multitud de hijos que había de cuidar y de formar con el mismo amor que había tenido a Mí.

María agradeció el don, porque procedía de Mí, moribundo, y porque Juan habría sido mi recuerdo vivo, cuando de allí a poco la hubiese dejado. Además Juan era también otro símbolo, casi una corona a la Madre de los lirios, y eso lo percibió María enseguida con gratitud.

Adios, Mamá, adios; pero no pasará mucho tiempo que nos volvamos a ver y entonces ya no estarás afligida, como ahora. Mamá, adios. Te dejo como la protectora de mi Iglesia naciente, que Tu nutrirás como antes me nutriste a Mí. Adios, Madre dolorosa, adios. Voy al Padre y vuelvo, como dije, y Te prepararé un trono de luz y de majestad. Hoy me ves en la humillación, pero bien pronto te extasiarás por mi Gloria. Madre, adios. Mi primera mirada fue para ti y ahora también la última está reservada para ti. Mamá, adios...”

* * *

“Siento la necesidad de decirles algo de los atroces sufrimientos que casi sofocaron a mi Madre a causa de mis penas. Desde que Yo era niño, Ella comprendió que la dulzura casi infinita que sentía de ser mi Madre tenía como contrapeso estados de dolor y de tormento que La tenían suspendida entre la vida y la muerte. De manera que bien pronto se convenció que ser Madre del Varón de dolores llevaba consigo **la efectiva participación** a todas mis penas. ¿Cómo puede una Madre no sentir los sufrimientos de su Hijo? ¿Cómo podía no ayudarme a sufrir Aquella que escogí para que fuera la que **me ayudase a redimir**? Por lo tanto, su vida, para vosotros por ahora súmamente desconocida, era para Mí totalmente conocida, **porque era el altar sobre el que he preferido inmolarme**. Sí, mi Madre ha hecho en cierto sentido de altar a todos mis ofrecimientos, ya que ninguno hice sin Ella.

¡Amad, amad a la Madre dolorosa! Comprendedla, por lo menos un poco, ya que pocos tratan de estar a su lado por todo lo que ha sufrido por Mí.

Y ahora quiero hacerlos saber una cosa. Cuando Juan pudo hacer que mi Madre se acercase a mi Cruz, donde Yo estaba clavado desde hacía casi una hora, sucedió que todos

mis dolores fueron comunicados a Ella, que en un instante le fueron participados, de manera que desde entonces **Ella sintió estar crucificada conmigo**. Toda su alma ardía de dolor, mientras su cuerpo recibía rayos dolorosos **que le traspasaban las manos, los pies y el Corazón**. Entonces hice el primer milagro de ese tipo, de modo que **María fue la primera estigmatizada por Mí**.

¡Bendita Madre, que soportaste heridas tan crueles, ardiendo de dolor abrasador!

Quien no la compadece, no es digno de Mí. Quien la olvida, merecería ser olvidado por Mí. Por eso la recuerdo a vosotros, la muestro a vosotros y quiero seguir alabandola y amandola en vosotros”.

* * *

“HIJO, NO TE OLVIDES DE LAS LÁGRIMAS DE TU MADRE”

(Sirácida, 7, 27)

3333 M 3333

"Madre de los hombres y de los pueblos,
Tú que conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas,
Tú que sientes maternamente todas las luchas
entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas,
que sacuden el mundo contemporáneo,
acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo,
dirigimos directamente a tu Corazón Inmaculado:
abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor
este nuestro mundo humano, que Te entregamos y consagramos,
llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna
de los hombres y de los pueblos”

(Juan Pablo II, 25 de Marzo de 1984,
Acto de consagración del mundo a María)

COMO APÉNDICE, con el fin de profundizar otro posible significado, ya que considero elocuente la coincidencia entre el signo de las lágrimas de Sangre de la “*Reina de la Paz*”, “*Ntra. Señora de las Rosas*”, en Civitavecchia, **el 2 de febrero de 1995**, con lo que se lee en los escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, añado aquí dos textos significativos:

“Hija mía, el mundo se ha desequilibrado porque ha perdido el pensamiento de mi Pasión. En las tinieblas no ha hallado la luz de mi Pasión que lo iluminaba, con la cual, al hacerle conocer mi Amor y cuántas penas me cuestan las almas, habría podido volverse a amar a Quien de verdad lo ha amado, y la luz de mi Pasión, guiándolo, lo habría puesto en guardia contra todos los peligros. En la debilidad no ha hallado la fuerza de mi Pasión que lo habría sostenido. En la impaciencia no ha encontrado el espejo de mi paciencia, que le habría infundido calma, resignación y, ante mi paciencia, avergonzándose, habría sentido el deber de dominarse a sí mismo. En las penas no ha hallado el consuelo de las penas de un Dios, que, sosteniendo las suyas, le habría infundido amor al sufrir. En el pecado no ha encontrado mi santidad, que estando frente a él, le habría infundido odio a la culpa... Ah, en todo ha prevaricado el hombre, porque se ha separado en todo de Quien podía ayudarlo. Por eso el mundo ha perdido el equilibrio; ha hecho como un niño que no ha querido reconocer a su madre, como un discípulo que, no queriendo saber del maestro, no ha querido oír sus enseñanzas, ni aprender sus lecciones. ¿Qué será de ese niño o de ese discípulo? Serán el dolor de sí mismos y el terror y el dolor de la sociedad. Eso es lo que se ha vuelto el hombre: terror y dolor, pero dolor sin piedad. ¡Ah, el hombre empeora, empeora siempre, **Y YO LLORO POR ÉL CON LÁGRIMAS DE SANGRE!**” (Volumen 11, **2 de febrero de 1917**)

“Continuando mi habitual estado, me he encontrado afuera de mí misma en medio de una multitud de gente, y en lo alto estaba la Mamá Reina que hablaba a ese pueblo y **lloraba tanto que, teniendo un manojo de rosas en el regazo, las mojaba con sus lágrimas**. Yo no entendía nada de lo que decía, sólo veía que el pueblo quería hacer tumultos y la Madre Celestial, **llorando**, le rogaba que se calmase. Después ha separado una rosa y, mostrándome en medio a tanta gente, me la ha lanzado. Yo la he mirado y **la rosa estaba emperlada de lágrimas de mi Mamá querida, y esas lágrimas me invitaban a pedir por la paz de los pueblos**.” (Volumen 13º, 1º de mayo de 1921)

“He creído, por eso he hablado”

(2ª Cor. 4,13)